

PICTORIAL REVIEW

DECEMBER, 1917

SPANISH EDITION

PUBLISHED MONTHLY BY

THE PICTORIAL REVIEW COMPANY

THE PICTORIAL REVIEW BUILDING, 214-226 West 39th Street, NEW YORK

PRESIDENTE . . . WILLIAM P. AHNELT 2DO. VICE PRESIDENTE . EVERETT D. TRUMBULL
1ER. VICE PRESIDENTE . . CHAS. W. NELSON SRIO. Y TESORERO . . . LEON LEWIN

Entered as second-class matter April 17, 1914, at the Post Office at New York, under the Act of March 3, 1879

Yearly Subscription:
\$2.50 Oro. Amer.
Subscripción anual
Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES
Neptuno 90, Habana
Rua General Camara 78, Río de Janeiro
Sarandí 544, Montevideo

Single Copies:
25 cents Oro Amer.
Número suelto
Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES
S. A. Smart, Alcalá 48, Madrid
22 Boulevard Poissonniere, París
217 Piccadilly, Londres

Para el hogar y la familia

LOS COLORES AFECTAN A LA FELICIDAD

Por F. M. González



LA señorita Maynard White, notable artista de Filadelfia, Washington y Nueva York, donde se ha distinguido por la originalidad y belleza de sus retratos, es también una entusiasta partidaria del sexo, conceptuándole como la piedra fundamental donde descansa el progreso de las naciones. En sus deseos de ayudar a éste, dentro de las amplias investigaciones que ha hecho en su carrera artística, se dirigió recientemente a toda la humanidad femenina, por conducto de las novias y recién casadas, extendiendo hacia ellas el fruto de sus veinte años de estudios y experiencias en el campo del color y sus relaciones con la felicidad.

Compendiaré en breves palabras las muy curiosas reflexiones de la señorita White. "Sabemos que el color no es otra cosa que un conjunto de vibraciones.

Ondas de luz de variantes longitudes y rapidez producen color. Las vibraciones, al herir la retina, son llevadas al nervio óptico y transmitidas por éste al cerebro, donde se ofrecen como lo que llamamos color en nuestra percepción. El nervio óptico es una prolongación valvular del cerebro, y está ligado íntimamente con los centros intelectuales que nos dan la lógica, la caridad, el patriotismo, el amor, el odio, etc. Esos grandes y complejos centros son afectados profundamente por las vibraciones de color; e igualmente sus manifestaciones."

El crédito que merecen las palabras de la señorita White, está cimentado en su diploma de la Universidad de Pensilvania y de la Academia de Bellas Artes de Filadelfia, habiendo estudiado además en París, Viena y Roma durante seis años. Desde entonces, o sea veinte años atrás, se interesó por la psicología del color, al notar los efectos que produce en los niños cada uno de los que componen el espectro. Y descubriendo una maravillosa influencia de ciertos colores en las imaginaciones infantiles de los incorregibles, organizó una clase libre de color para los jóvenes. El éxito fué completo y sorprendente: niños y niñas de carácter díscolo e indomable cambiaron por dulce y obediente; sus torceduras se habían enderezado, llegando con el tiempo a ser buenos ciudadanos y varios de aquellos estudiantes del color ocupan hoy muy prominentes puestos en la sociedad.

ALENTADA por aquellos éxitos con los niños, dedicóse a estudiar los efectos del color en las personas mayores, y hoy afirma que "la carencia de conocimiento del color ha infligido desgracias sin número a la presente generación."

"Clasifico al rojo como al peor del espectro; color sin conciencia, molesto, batallador, que goza diabólicamente con las retumbantes notas de discordia que reparte entre la humanidad. El rojo está enlazado, desde los primitivos siglos, a la ruina y la perdición, recordándonos la destrucción de Troya por la roja cabellera de Elena, y el desquiciamiento del imperio romano por la roja cabellera de la hermosa vampira Cleopatra. El rojo es un rompedor de hogares, un instigador de disputas, un desequilibrador del juicio y un alimentador de discordias. Las jóvenes casadas deben evitar toda sombra roja, huir de ella como si fuera una pestilencia: muchas de las maravillosas creaciones de la moda en donde el rojo ha dominado son responsables de la mayoría de los divorcios."

"Todo marido joven que quiera entablar una fuerte discusión con su esposa para fines particulares, sin querer ser el iniciador, le bastará ponerse una corbata roja. Puedo probar que el papel rojo en las paredes, las alfombras, tapices y demás decorado rojo de las habitaciones han sido la causa de constantes discordias entre familias apreciadísimas y entre seres que se querían entrañablemente. El rojo, en resumen, ha sido convicto de millones de crímenes desde el principio del mundo y debería ser desechado de la sociedad civilizada."

No menos energía pone esta señorita al sostener que "el amarillo, el violeta y el verde son los mejores amigos de la familia humana; son colores que llevan la alegría y la felicidad al hogar, que han ayudado a moldear amores y confianza, y han estimulado a millares de personas para alcanzar éxito en sus empresas."

ESTAS curiosas reflexiones me hicieron volver los ojos hacia el estudio del color, si bien muy por encima, y encuentro que tomó parte importantísima en la terapéutica egipcia de los primeros tiempos y quizá contribuyera a la preferencia que dieron al verde y al amarillo en sus templos.

Recuerda la señorita White que una de sus amigas la visitó desconsolada por el cambio tan radical que se había operado en el carácter de su esposo, después de un año de feliz matrimonio. Lo apunto aquí porque las novias y recién casadas pueden tomar la lección y servirles de provecho la experiencia de otras, escarmentando en cabeza ajena, que no hay duda es mucho más preferible que en cabeza propia.

—No es el mismo, no sé que le pasa; está de un humor de perros, encontrando faltas en todo, y por más que me esfuerzo en prepararle, por ejemplo, los platos que sé le gustan mucho, los retira con disgusto, llegando anoche

hasta decirme lo imbécil que fué en casarse conmigo, con una inutilidad semejante.

—¿Cuánto tiempo hace que llevas ese sombrero?—la preguntó su amiga como distraídamente.

—No hará más de un mes,—dijo la interesada con candidez, sin comprender la relación que podría guardar el sombrero con sus disgustos matrimoniales.

—¿Y cuándo empezaste a notar ese cambio en tu marido?—siguió preguntando la amiga?

—Un mes próximamente,—replicó después de pensarlo unos momentos.

—Estaba segura de ello: ahora quitátelo y dámelo.

Con la boca abierta y los ojos de sorpresa miraba la visitante cómo le quitaba dos plumas rojas, una gran rosa encarnada y algunas cintas color escarlata, de gran valor por cierto, que adornaban a aquél, hasta que saliendo de su estupor se atrevió a preguntar: ¿Quiéres hacerme creer . . . ?

NADA de eso; quiero salvarte del naufragio doméstico: teniendo un marido tan casero como el tuyo no deberías atreverte a llevar nada rojo, como tampoco deberías tener ese color en los muebles y decorado de las habitaciones: acuérdate siempre de esto y serás feliz.

En la expresión de su semblante conoció la artista que su amiga la tomaba por trastornada. Pero como su consejo no la costaba gran cosa, lo siguió al pie de la letra y dos semanas después le volvió a visitar con la cara como unas pascuas, y abrazándola estremosa la dijo:—¡Cuánto te debo! ¡qué agradecida te estoy! ¿Me perdonas lo mucho que he dudado de tí? Ya no dudo que fué aquel maldito sombrero lo que trastornó a mi esposo y me hizo pasar tan malos ratos. Hoy es el mismo de antes, cariñoso, atento, bueno, dócil como un cordero: tan convencida estoy de tu teoría que ayer no pude resistir más y recorrí toda la casa quitando de enmedio cuanto hallé con tan maldito color.

El caso de esa joven no es solo; ni tampoco es la mitad de patético que el de otra amiga mía, casada por supuesto, y ya con sus bodas de plata celebradas, en las que se brindó por la no interrumpida felicidad de aquel matrimonio, que ni una sola palabra dura se habían dirigido en aquellos pasados veinticinco años. Pues bien; no muchos días después de aquel acontecimiento, me sorprendió su visita y entre copiosas lágrimas contóme el cambio tan radical operado en el carácter de su marido sin poderlo comprender, que la hacía imposible la vida a su lado. Desde la celebración de nuestro aniversario de boda, está encontrando faltas en todo, reprochándome duramente cuanto hago, se queja de las comidas, de la casa y de cuanto tropieza a manos; me temo que su cerebro esté sufriendo una opresión y no sé lo que hacer, y vengo aquí a desahogarme y a que me aconsejes.

Sabiendo la teoría de la artista y habiendo visto muchos casos prácticos, la interrogué detenidamente y supe que entre los regalos recibidos había una alfombra oriental para el dormitorio. Queriendo hacer yo un ensayo, para ver por mí misma los efectos del descubrimiento hecho por la señorita White, la recomendé escondiera aquella alfombra, donde ni ella ni su marido pudieran verla y no dejase de contarme el resultado.

MUCHA era la necesidad que mi pobre amiga tenía de creerse y normalizar su vida, así es que sin protestar, sin discernir mejor dicho, siguió al pie de la letra mi consejo y en breve volvió a reinar la paz en aquel hogar tan feliz de siempre.

Inmediato al rojo está el púrpura como enemigo de la humanidad entre los colores del espectro. En China, a principios del siglo XVIII, se condenaba a los criminales a ser confinados en habitaciones pintadas de púrpura, sabiéndose por experiencia que de tal manera influye en el ánimo que con frecuencia los lleva al suicidio. Y es que el color púrpura enfra la sangre y llena el corazón de desesperación.

El color violeta es el más amigo de la raza humana. Yo experimenté con niños incorregibles alcanzando éxitos asombrosos. Recuerdo de un caso particular, de un ladronzuelo—nos dice la misma artista—El muchachuelo parecía haber nacido ladrón y pendeñero, habiendo empezado su carrera de crímenes juveniles, hiriendo gravemente a un policía. Me hice cargo de él y lo llevé al estudio, sentándolo en una habitación pequeña, rodeada de colgantes de raros tonos violetas; le dí pinturas violetas y le enseñé a pintar cosas caprichosas. La primera hora la pasó entretenido pensando qué robarme y se metió en el bolsillo mi saquito de mano y un reloj de oro, pero antes que trascurriera la siguiente hora, sufrió la influencia del color y volvió a poner en su sitio los objetos robados. Al cabo de un mes había cambiado el muchacho y sus padres pudieron hacerse cargo de él, entre llorosos y sorprendidos, pero felices, pues eran muy honrados: el violeta, ese color amigo que vemos en el espectro, había tocado la cuerda del sensible pequeño cerebro y llevado a él la necesaria armonía. Eso fué diez y ocho años ha; hoy, el pilluelo aquel es uno de los mejores artistas americanos: quizá algún día escribiré su biografía, pues está llena de interesantes anécdotas.

Después de esto, ¿qué recurso nos queda si apreciamos en algo la felicidad y la paz de nuestros hogares?



Victrola XVII, \$250
Victrola XVII, eléctrica, \$300
Caoba o Roble

El mejor instrumento Los mejores artistas La mejor música

La música alcanza el grado máximo de belleza y produce un placer más grande, más íntimo, más duradero, sólo cuando está ejecutada por los primeros artistas del mundo y en los instrumentos más perfectos.

Poseer una Victrola es lo mismo que tener el placer constante, eterno, infinito, de poder oír la música predilecta interpretada por los colosos de la lírica, como Caruso, Galli-Curci, Journet, Martinelli, Ruffo, Tetrizzini, y muchos otros artistas que han escogido a la Victrola por ser el instrumento más fino, más acabado, más artístico, para llevar sus bellas voces y su arte divino a todos los hogares del mundo.

Si todos estos grandes artistas, que han conquistado por entero la voluntad y el interés del público, han decidido unánimemente impresionar sólo en discos marca Victor, ¿no cree Vd. que es lógico el que podamos afirmar rotundamente, y sin temor de equivocarnos, que la Victrola es el instrumento indicado para su hogar?

Cualquier comerciante en el ramo Victor se complacerá en hacerle oír la música que sea de su predilección, así como en enseñarle los diferentes modelos de los instrumentos Victor y Victrola, cuyos precios varían desde \$10 hasta \$400.

Escribanos hoy mismo solicitando nuestros catálogos ilustrados, en español. Se remiten gratis y franco de porte.

Victor Talking Machine Co., Camden, N. J., E. U. de A.

Para evitar imitaciones, exíjase siempre la famosa marca de fábrica de la Victor, "La Voz del Amo." Esta marca registrada representa lo mejor que existe en materia de música, y aparece grabada en todos los instrumentos Victor, Victrola y Discos Victor de fabricación legítima.

Victrola



Ayuntamiento de Madrid

PICTORIAL REVIEW

AÑO V. NUM. 11

DIRECTOR: RÓMULO M. DE MORA

DICIEMBRE DE 1917



Ese espíritu de independencia que estás sacando es preciso que desaparezca o lo vas a escapar mal—la decía con agriez.

NUEVA NOVELA ORIGINAL DE CARMELA G. LAYNEZ ESPIRITU DE INDEPENDENCIA

Estudio Práctico

Sobre la errónea educación que se da a las jóvenes

ILUSTRACIONES DE
CHARLES E. CHAMBERS

DECLINABA la tarde de un ventolero día de septiembre, triston y desapacible, aunque no lo bastante para privar a las señoritas de Almortas de su diario paseo a la estación del ferrocarril, donde el humo de la locomotora parecía traerles alientos capitalinos para soportar otras veinticuatro horas de aburrimiento puebluno.

De entre el grupo de aquéllas se distinguían cuatro graciosas y bien agraciadas muchachas: Rosita, la dicharachera sobrina del cura párroco; Obdulía, la más pequeña de las hijas de un rico fabricante de botones, y las dos niñas de Don Casimiro Almortas, Martita y Sara, cuya prominencia local se la debían a ser sus antepasados quienes dieron nombre al pueblo.

Obdulía y las niñas de don Casimiro se reunían todas las tardes y, cogidas del bracete, perdían el tiempo comprando chucherías o inventando pretextos para dar unas vueltas por la población, sin olvidarse nunca de pasar por delante del casino, donde los jóvenes y elemento desocupado se sentaban a la puerta para echar flores y piropos a sus pizpiretas, graciosas y bonitas convecinas.

La monísima sobrineta del cura no iba con ellas a diario por ese orgullo de superioridad que dimanaba de una prolongada estancia en la capital, así como también por las deferencias que recibía del elemento aristocrático de Almortas, bien apartado de las Carrasquillas y de las niñas de don Casimiro, compuesto de las dos familias, Portero y Fresneda, bajo cuya razón social giraba la

única casa de banca que había en Almortas, y cercanías.

El origen de los Portero y Fresneda estaba enlazado a la prosperidad del pueblo. Ciriaco Fresneda y Gracian Portero llegaron allí en sus diez y ocho años y se enriquecieron al unísono, hasta llegar a ser una honra regional. En aquellos días Almortas no era sino un montón de chozas mal distribuidas, con una absurda mansión en el centro, rodeada de eucaliptos, la de don Casimiro, donde sobresalían torreones y ventanas de buhardillas recargados de cristales rojos, amarillos, azules, verdes, para desesperación de los rayos solares que, en sus inútiles esfuerzos por destellar las riquezas doradas que atesoran, se retorcían y revolían furiosos desparrramando su cólera verde-rojiza-azulada-amarillenta, cual cielo cargado de electricidad, por los míseros ámbitos de Almortas. El caserón de don Casimiro, incongruente, pretencioso, feo, sugería al amo.

Don Casimiro no contaba entonces con rival alguno: era el reyezuelo de la ignorancia, poco comunicativo, muy preciado de su alcurnia puebluna y, como consecuencia, intransigente, intratable hasta en su hogar, donde el gesto imperialista había impreso un malestar constante.

Pero aquellos tiempos habían pasado y ya Almortas no era la misma: su crecimiento no contaba precedente en la

región: iglesia, escuela, establecimientos, fábricas, molinos y bodegas cambiaron su aspecto: hasta un tranvía eléctrico circundaba la ciudad. Y todo esto contribuyó a enriquecer a los Fresneda y Portero, tanto como a oscurecer a los Almortas.

DON CASIMIRO no mantuvo nunca una buena armonía, ni con sus convecinos ni con su tiempo: sus inversiones fueron tímidas, conservativas; su fe en la ciudad era dudosa la mayoría de las veces: en su espíritu, eminentemente reaccionario, luchó siempre la desconfianza contra las mejoras reclamadas por el pueblo: los presupuestos para pavimentos, alcantarillado, luz eléctrica, etc., encontraron en don Casimiro al más encarnizado enemigo; y no recordemos el proyecto municipal para levantar el suelo de su calle, la más céntrica de la población, porque sería tanto como abrirle la herida mortal que recibió al publicarse el acuerdo y empezarse las obras. Pero con todo, no le quedó otro remedio que el poner tres escalones de bajada al descuidado jardín fronterizo a la calle, que a juicio de las niñas afeaban la mansión paterna, hasta el límite de creérsela edificada en un sótano sombrío.

La tarde a que nos referimos sentíase Martita Almortas vagamente inquieta por la confidencia que Obdulía le había hecho sobre abandonar su posición de señorita acomodada, sin otra ocupación ni responsabilidad que las labores propias de su sexo, para pasar a ser cajera en la fábrica de su padre. Varias veces habían discutido las

dos amigas sobre la independencia de la mujer, sus probabilidades y sus consecuencias; pero nunca llegaron a un común acuerdo. Martita fué siempre la promotora de la discusión, por su espíritu inquieto e independiente, que tan mal se acomodaba al constante refunfuño de su casa, a las inmotivadas intransigencias de su padre; mientras que por parte de Obdulia sólo había la necesidad de hacerse la vida lo más grata posible, ocupando su imaginación en algo práctico: además, contaba ya su vigésima-cuarta fiesta onomástica, algunas de las cuales se llevaron un buen jirón de sus ilusiones, y no la quedaba tiempo que perder si quería evitarse morir de hastío en aquel pueblo tan limitado de recursos recreativos.

LA RESOLUCIÓN de Obdulia estaba basada en que su hermana mayor, cajera de la fábrica durante los últimos cinco años, se casaba con el ingeniero, director técnico, hombre de treinta y cinco años, viudo desde dos años atrás, quien apreció en ella a la mujer inteligente y trabajadora que, en la práctica de su cotidiana obligación mercantil, aprendió a corregirse muchos de sus pueriles defectos, interruptores a veces de la dicha en el hogar.

Martita no sentía el menor deseo de trabajar fuera del ambiente casero, de unirse al montón de obreras que a diario veía salir de los comarcanos talleres, incluso de los propios paternos; aunque, al igual de toda la juventud juiciosa e inteligente, sentía una necesidad indefinida: a su corta experiencia de la vida se le ocultaba que una naturaleza como la suya, un tan marcado espíritu de independencia, necesitaba la propia expresión, como los pulmones el aire o el corazón la sangre, para vivir. Así no era extraño que anduviese a tientas, dudosa, anhelante, por los recónditos y oscuros rincones de su alma. Contaba entonces diez y ocho primaveras; era de complexión robusta, bien proporcionada, facciones correctas, pies y manos pequeños y muy bonitos; su cabello, aunque siempre tratado con cierto descuido, tenía un hermoso color de bronce sedorino; y su cutis, de un crema claro perlado transparente, que pudiera ser la envidia de las envidias, no la quitaba atractivos, pero tampoco la daba toda la belleza que era de esperar y que se consigue con el esmero en la selección de los alimentos y con el arreglo en las comidas. Su afición al dulce y la natural indolencia de una educación descuidada tenían algún tanto deformada su apariencia juvenil.

En ese estado de inquietud indefinible la sorprendió Rosita con su despedida por tener que marchar a la capital, en relación con sus exámenes para profesora de música, los cuales se habían adelantado a sus cálculos.

Aunque la compenetración con Rosita no era perfecta, ni mucho menos, debiéndose a la inconstancia de ésta con sus amistades, y a la envidia que despertaban los interesantes relatos que contaba de sus paseos, reuniones y distracciones en la capital, sus frases picarescas, su alegría perenne y su sonora risa llenaban las calles de Almortas de un colorido sui géneris que dejábase notar más en sus ausencias e influía en las imaginaciones de sus amiguitas. Marta no dejaba de comprender que las ocurrencias de aquella inconstante amiga, que lo mismo paseaba con ella y su grupo, que se iba con las Fresneda y Portero, sosteniendo diplomática destreza con las dos fracciones aristocráticas del pueblo, encerraban ambiente de la vida en la capital, murmullos de risueñas esperanzas y delicadas fragancias de bellas flores desconocidas. Nada había de extraño en ello, pues Rosita vivió siempre en la capital hasta hacia dos años, cuando la muerte de su padre obligó al tío a tráersela consigo.

Para Sara Almortas, inocente y cándida a sus veinte años, Rosita era la dulzura franca personificada, sin pizca de artificios ni supercherías; es decir, todo lo contrario de lo que pensaba su hermana, dos años más joven que ella. Marta vivía siempre avisada en contra de Rosita, no faltándole deseos de despreciarla, pero teniéndose que contentar con mortificar su amor propio en todo aquello que venía a mano. Sara no fué nunca celosa ni altiva, pero Martita ardía de envidia y de celos por las cosas más insignificantes; por las preferencias del pueblo hacia Rosita, por los preciosos y nuevos vestidos que lucía, por su intimidad con las aristócratas, por su rizada cabellera rubia y por sus éxitos musicales. De esta envidia no se libraban las Fresneda y Portero, al verlas montar a caballo o pasar al vuelo en sus automóviles. Ni aun el propio hermano de la muchacha, Leonardo, pudo escapar de su encono por la relativa independencia

que gozaba en su cualidad de hombre. ¡Oh, libertad!

Ya de regreso, después de acompañar a Rosita hasta su casa, las dos hermanas iban charlando con animación cuando se les acercó a saludarlas Rodolfo Portero. Si aquel encuentro casual fué para las jóvenes un motivo de sincera satisfacción, para el joven Portero fué un oasis en el desierto de su aburrimiento puebluno, después de su reciente llegada a Almortas; tras cuatro años de permanencia en la metrópolis; fué la oportunidad, para ambas partes, de romper la monotonía de sus vidas y charlas con nuevas vidas y nuevas charlas durante unos minutos.

Rodolfo era un muchachote muy simpático, nada pretencioso y eminentemente agradable e interesante en sus conversaciones. Los cuatro años que pasó en Madrid, para hacerse perito mercantil, completaron su desarrollo intelectual y físico, le dieron un aire de distinción muy marcado y un dominio absoluto de su persona: era todo un hombre de mundo sin asomo de pedertería; la vida de la Corte no le hizo cambiar su natural sencillo, continuando el mismo de siempre, el amigo de todo el mundo.

Aun en aquel encuentro casual, sin etiqueta ni cumplido, como correspondía a sus recuerdos infantiles, fué a Martita a quien dedicó su preferente atención, no separándose de su lado hasta dejarlas en la puerta de su jardín.

—No has cambiado gran cosa, Martita; te encuentro tan monísima como siempre, con la sola diferencia de haberte subido el cabello, lo que te favorece mucho.

—En cambio tú, Rodolfo, has cambiado bastante... también para favorecerte—, replicó la muchacha picarescamente.

Y SU cutis crema perlado, la brillantez de su cabello abierto en forma de abanico semejando una aureola; las bien marcadas curvas de su juvenil figura, y aquel aire de confianza en sí propia, que caracterizaba a la joven, sugiriendo una inteligencia superior, mal dirigida, que se sublevaba ante las planchas de acero puestas a su paso por las convencionalidades pueblunas; todo en ella contribuyó a brindarle a Rodolfo un dulce, irracional abandono de razón. Es cierto que, según su familia, nunca fué un muchacho razonable, y entre muchas de las pruebas estaba la de criticar a sus propias hermanas por haber apartado a Martita del grupo de sus amigas íntimas, constándolas que era una muchacha muy buena, muy inteligente y muy digna de todo respeto y consideración; además de que la conocían desde pequeña.

La verdad de todo aquello estaba en que los Almortas habían ido cayendo, despacio pero seguros, en la escala social por las intransigencias del ignorante y altanero don Casimiro, aunque no dejasen de ser Almortas, lo que era tanto como reconocerles el derecho a ciertas supremacías de origen y de antigüedad. Nadie olvidaba que un Almortas fué el fundador del pueblo. Aun todavía, con

herían en su amor propio de vasallos de los banqueros, exclamando: "Pues Sara Almortas estuvo para casarse con el chico de los Fresneda."

De entre las otras trivialidades que hablaron los jóvenes mientras llegaban a casa de Martita, surgieron gratos recuerdos de la niñez, las diabluras cometidas cuando chicos: hasta se atrevió Rodolfo a preguntarle si aun conservaba aquel espíritu de independencia que la hacía dominar a chicos y chicas con facilidad portentosa.

—Eso no se pregunta, hay que averiguarlo por uno mismo—replicó la joven no sin cierta intención maliciosa.

—Pues lo averiguaré; y te advierto que quizá haya sido una de las razones que tuve para regresar tan pronto, pues la sola de tener agachada la cabeza sobre los libros de contabilidad no me seduce, aunque sean los de mi propia casa.

En efecto, había vuelto al lado de sus padres antes que éstos lo esperasen. Y confidencialmente dijo a Martita que esperaba morir allí y que ella tenía que ayudarle a pasar tan duro trance.

¿Cómo llegaron a hablar de baile? Marta no supo explicárselo. Rodolfo tenía anunciada la visita de un antiguo compañero de colegio, y se devanaba los sesos por buscar algún entretenimiento que contribuyera a hacerle pasar el tiempo lo más agradablemente posible.

—Vosotras podríais arreglar una reunión distraída,—habíale propuesto el joven.

—Claro que podemos arreglarla; nuestra sala es inmensa de grande.

Y como habían llegado a la verja del jardín, se despidieron entre promesas de nuevas entrevistas y risueñas esperanzas del arreglo para una fiesta grandiosa, la nunca vista en el pueblo.

Era ya casi el oscurecer cuando las dos hermanas bajaron los peldaños de su casa y se introducían, sin hacer ruido, por la puerta falsa. Conteniendo la respiración subieron hasta la enorme alcoba que la previsión paterna les tenía dedicada en el piso alto, con vistas al corral; enorme por su tamaño, pero mezquina y escasamente amueblada, acusadora de un quier y no puedo modernizamiento. La silueta de una gran cama de nogal era visible en la penumbra, y las oscuras cortinas que ocultaban dos ventanas salientes no permitían ni aun eso respecto del tocador, y dos silloncitos de aneas, en uno de los cuales estaba recostada negligentemente, medio soñolienta, medio ensimismada, la hermana mayor.

Al aproximarse las dos muchachas al tocador, para arreglarse el cabello después de haber dejado sus sombreros sobre la cama, se desentumeció la hermana mayor y empezó a increparlas por la tardanza.

—Mamá está furiosa con vosotras—, las dijo; —y en verdad tiene más que razón; son ya las siete; habéis estado correteando por el pueblo más de dos horas, y solas hasta tan tarde. ¿Qué habéis hecho por ahí?

—No lo pudimos remediar, Catalina. ¿Está papá en casa?—dijo Marta con cierta ansiedad o como si quisiera prepararse a repeler la mayor agresión que pudiese sobrevenirle.

—No, ha debido perder el tren de las cuatro.

—¿Ni tampoco Leonardo?—volvió a preguntar Marta, ahora sin temor alguno, pero sí como en busca de argumento donde apoyar la lógica de sus futuros razonamientos.

—No, tampoco ha llegado todavía.

—Me alegro, Catalina. Tú, Sara, dile a ésta quien nos ha acompañado—. Y así diciendo corrió escalera abajo y entró en el comedor tan tranquila como si se hubiera olvidado de la furia que Catalina le había dicho encontraría al ponerse delante de su madre.

AUN extremo del gran comedor había una enorme despensa que comunicaba con la destartada cocina: en ésta, al reflejo de una bombilla eléctrica muy gastada, se movían de un lado para otro, en los últimos preparativos de la comida, la mamá de Marta y una pequeña sirvienta, única de la familia.

—No me gusta eso, Marta,—empezó a decirle su madre, agitando la cabeza con energía.—¿Dónde habéis estado hasta tan tarde?

—No lo pudimos remediar, ya te lo contaré. ¿Llegó papá? Ni sospechamos que era tan tarde—Dijo esto con desparpajo y sin pizca de temor alguno a la furia materna, que tan acostumbrada la tenía a

toda falta de carácter y de aptitud para gobernar a una familia.

—Me obligaréis a contárselo a vuestro padre si volvéis a repetir lo de hoy: regresar a casa después de obscure-



Y como habían llegado a la verja del jardín, se despidieron entre promesas de nuevas entrevistas y risueñas esperanzas.

ocasión de las fiestas oficiales de todos los años, los Almortas, Fresneda y Portero se ofrecían como iguales y como antiguos amigos. Y más de una vez se oyó protestar a los almortanos, cuando intencionadamente les

cido. . . Catalina tuvo que suspender su costura para poner la mesa y eso no está bien: ya que no la ayudáis, no debéis tampoco robarle su tiempo—Y la paciente, quejumbrosa voz de la madre se levantaba y bajaba con monotonía, como si fuese martillo mecánico de una fábrica movida por la electricidad.

Marta puso el pan sobre la mesa en el preciso momento en que entraba su padre al comedor.

—¡Ola, papá! ¿Perdiste el tren de las cuatro? Te hemos estado esperando con impaciencia, no hubiera ocurrido algo desagradable,—se anticipó a decirle la joven.

DON CASIMIRO echó unamirada cargada de sospechas a su hija menor, pero sin encontrar causa para otra cosa se abstuvo de increparla tanto como de contestarle. Sólo tras un momento de silencio desplegó los labios y con desabrimiento preguntó:

—¿Dónde está tu hermana?

—Arriba en la alcoba arreglándose el cabello para bajar al comedor. ¿Quiéres que la llame?—La voz de Marta no podía ser ni más dulce ni más complaciente.

—No, déjalo: toma esto—Y le alargó el abrigo y el sombrero que la joven colgó en la percha.

Don Casimiro se sentó ante la chimenea, no porque estuviese encendida, sino por ser allí donde siempre vió sentado a su abuelo primero, y después a su padre, antes de sentarse a la mesa. Allí empezó a quitarse las botas, costumbre también de sus antepasados, mientras preguntaba a su hija.

—¿Ha llegado tu hermano?—Y repartió la vista entre Catalina, recién entrada, que estaba llenando los vasos de agua, y Sara que acercaba las sillas a la mesa.

—Todavía no—replicaron al unísono las dos muchachas.

Marta, delante de él en actitud expectiva, le miraba solícita, preguntándole si quería las zapatillas.

Don Casimiro no la contestó a la inmediata, en su constante mal humor, comprimido o suelto, y en la busca del motivo que lo desahogase.

—Sí, dámelas; y no te quedes como una boba mirándome—, replicó de repente, haciendo que Marta se precipitase a coger las botas y salir escapada, para volver segundos después a arrodillarse ante él a ponerle las zapatillas.

—¿Dónde está tu hijo?—preguntó a la inmediata viendo entrar en el comedor a su esposa dispuesta a sentarse a la mesa y como si ya hubiera encontrado un motivo de armar la gorda que siempre tenía cuajando en su mollera.

—No lo sé, Casimiro; comamos nosotros que él no tardará.

Don Casimiro levantóse de la butaca y se acercó a la mesa, obligando con ello a todos los demás a imitarle.

—Ese muchacho sale y entra a su capricho en la casa de su padre como si fuera en un hotel: tu táctica es desastrosa y la peor a seguir—refunfuñaba el hombre con las cejas levantadas y extrema agriez en las palabras.

—No seas así; llegó del colegio y me pidió permiso para ir con unos amigos: no encontré razón alguna para negárselo. Ahí le tienes.

Efectivamente; para alivio de la apurada madre se oyeron los pasos de Leonardo acercándose al comedor. Era un muchachote alto, bien desarrollado, de unos diez y siete años, orgullo y consuelo de su madre y la secreta esperanza de su padre por un digno sucesor de las tradiciones de los Almortas.

—¡Cuánto siento venir tan tarde y haberos hecho esperar! He venido corriendo todo el camino. Estuve en la estación para esperarte, papá, hasta el último tren, y viendo que no llegabas me supuse que estarías aquí sin yo haberte visto bajar.

EL INEVITABLE mal humor de Don Casimiro se disipó en gran parte con tales explicaciones que acusaban un cálculo muy certero en favor del varón Almortas; y las muchachas pudieron ya respirar entablando las conversaciones que las pareciera. Marta fué la que suspiró más fuerte, pues la anegaba una ola de dicha, ola dorada para su espíritu inquieto que la tenía consiente, aun bajo la sordida actualidad de la casera comida, de que algo dulce, muy dulce se la ofrecería en su camino o estaba para ocurrirla. En su cabecita juguetona se revolían bien distintos pensamientos: Obdulia iría a la fábrica a ocupar el puesto de su hermana; Rosita había vuelto a la capital; Rolando Portero estaba de regreso en el pueblo.

De todo habló la joven, atropellándose las palabras en su boca hasta llegar a Rolando.

—Es un gran muchacho; ha venido hasta casa con nosotros,—terminó diciendo con fruición y lentamente.

—¿Con nosotros? Contigo, querrás decir,—la interrumpió Sara,—a mí no me dirigió la palabra más

qué para preguntarme cómo estaba y para decirme adiós.

Terminada la comida se fueron las tres muchachas a la sala con su madre, don Casimiro al despacho y Leonardo a despedir a unos amigos.

La sala era grande, fría y poco confortable: las paredes estaban cubiertas con papel obscuro; los muebles, de colores opacos, carecían de esbeltez y de belleza. Allí se acomodaron, cada cual con arreglo a sus gustos: Sara leyendo los idilios de un Rey; Catalina y su madre cosiendo; y Marta haciendo solitarios que la permitían dejar

caso de amor a la primera vista; os conocéis de tiempo atrás. . .

—¡De zopetón!—Apenas pronunció estas palabras, dichas al tuntún, como quien necesita decir algo mientras su imaginación va directa al lugar de sus anhelos, sintióse embargada de un éxtasis dulce, dulcísimo, que asomó a sus labios en forma de sonrisa impulsada por el agitado corazón.

—¿Váis a estar así toda la noche?—oyeron prorrumpir a su padre, con su característica agriez.

—¿Te incomoda, papá, nuestra charla?

—No, porque me voy a la biblioteca.

—¡Oh, no, papáito, aquello está muy frío y, sobre todo, ya son más de las diez y nos vamos a subir.

Y así diciendo y haciéndolo, se levantaron, encaminándose a la escalera, para sus habitaciones. Pero Marta sintió la necesidad de airearse, de respirar a sus anchas, y abriendo la puerta del jardín avanzó por él.

ERA una noche hermosa de otoño; la luna brillaba esplendorosa. Marta no podía verla, pero al fondo del jardín contempló sus plateados reflejos. Aun allí, bajo las sombras de los árboles, rompiendo el espeso ramaje, atravesaban partículas de luz con radices fantásticas. Marta oyó el ruido de voces, el ladrido de perros, el lejano movimiento de la población nocturna. El mundo se la ofrecía hacia allá, fuera de la verja de su jardín, pasado el pueblo. . . Pocos años atrás no era más que una niña, una muchachita dichosa que confiaba en los consejos de su madre y de sus hermanas mayores, muy obediente a su padre sin pensar lo que la exigía. . . La intransigencia de éste, su egoísmo e irritabilidad constante y las trivialidades o debilidades de su madre la habían hecho cambiar; suponía que los amaba; pero era tan grande el anhelo de su alma por participar de la vida, que desde algún tiempo a esta parte luchaba con la idea de borrar los obstáculos que se la presentasen, para agarrarse a la primera oportunidad puesta en su camino, por la suerte, seguramente, o por la misma vida.

En esas ansias locas, veía al mundo, más allá del límite del pueblo, con un halo brillante de luz envolviendo las galanterías de Rolando: un mundo de amor, de confianza en el porvenir, de expresión propia. Y se vió comprando el ajuar, yendo de tienda en tienda, interrumpida por cariñosas felicitaciones, comiendo en la mesa de los Porteros, y . . . ¿por qué no? Rolando tenía que casarse con alguna. Inclino su cabecita, siguiendo el curso de sus pensamientos. Si todo ello ocurría, sería buena para todos, viviría para él y nada más pediría a Dios. Al levantar los ojos al cielo, momentos después, muchas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

POCOS días después se volvió a ver juntos a los jóvenes, acompañándola Rodolfo hasta la puerta de su casa. ¡Cuánto había aprendido! ¡cuánta experiencia se desprendería de su conversación! Para Martita, criada y educada en el pueblo, las palabras de Rodolfo eran profesías, luz del alma, encantos y aspiraciones que cuanto más expresión ponía Rodolfo en ellas, más hacía resaltar la ignorancia de la joven. Había en ella la admiración por las muchas referencias que Rodolfo la hizo de personas, de lugares y de libros.

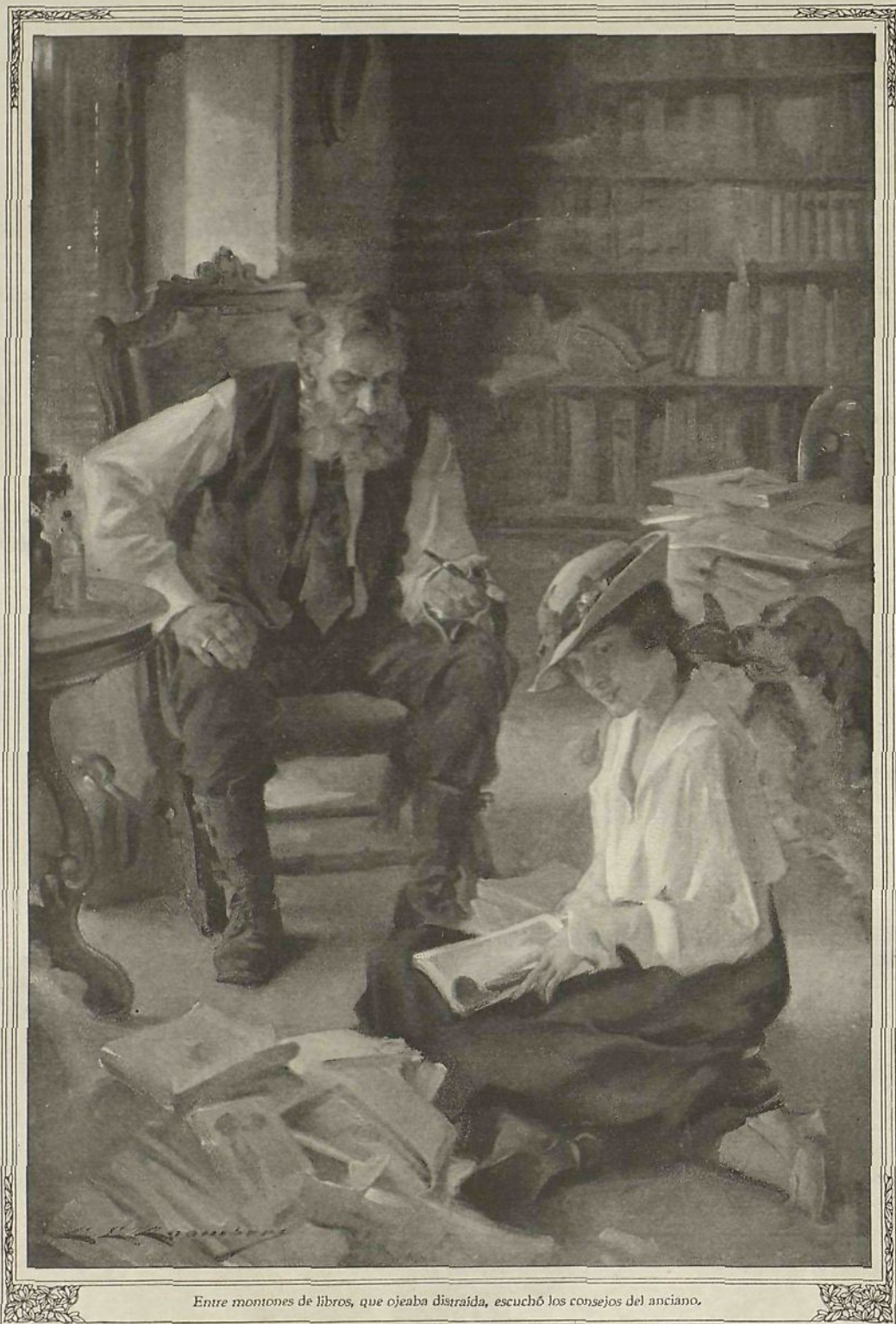
¡Cuántas cosas dulces tuvo que recordar de aquella conversación insustancial, si bien llena de significantes insinuaciones! La memoria de todas éstas, pues las recordada una por una, hacía saltar a su corazón al sentarse a la mesa aquella tarde.

Las dos semanas que trascurrieron viéronse muchas veces. Marta sentíase feliz, olvidando las tristezas de su vida y de su casa, el futuro incierto que se la ofreció hasta entonces, su viejo sombrero, sus usados vestidos y su peinado pasado de moda. Nadie la dijo que tenía que esmerarse, que cuidara su cutis, que vestirse y comportarse como en otro ambiente del acostumbrado; su esencia de mujer la descubrió ese y muchos otros secretos femeninos. La familia también se comportaba de diferente manera, pues en aquellas relaciones veían la consumación de todos sus deseos, la elevación al justo rango social que la pertenecía.

A la semana siguiente fué Rodolfo a invitarla a tomar un te en su casa.

—¿No crees que tu familia presentará objeciones?—se atrevió la joven a preguntar algo confusa.

—Al contrario, todos se alegrarán de verte, pues tu característica de sincera te abre las puertas. A tí te gustan las mismas cosas que a mí—, continuó Rodolfo,—ambos somos distintos de cuantos nos rodean. No creas que es para echarnos flores, sino que es verdad; conceptúo



Entre montones de libros, que ojeaba distraída, escuchó los consejos del anciano.

correr a su imaginación por los amplios campos de la fantasía. Al arreglar las cartas pensaba, claro es, en Rolando; y su corazóncito flotaba entre nubes de color de rosa: recordaba sus primeras preguntas: "¿Serás todavía un pequeño diablillo? Ya lo sabré y bien pronto, pues vengo decidido a averiguarlo." Y aquello otro de: "¿Cuántos te han dicho que estás cada vez más bonita?"

—Al fin y al cabo tendremos que caminar juntos." Hasta ahí llegó y se detuvo, con los dedos encrespados y vaga la mirada: el éxtasis del recuerdo la hizo temblar su cuerpo juvenil como brisa de calor a una lamparilla de aceite. Y respiró profundo y despacio, conteniendo la respiración con el pecho en alto, para dejarla escapar al cabo en largo suspiro silencioso.

Don Casimiro entró en la sala y se acercó a la lumbre acabada de encender por Sara, pues el frío de la noche empezaba a sentirse en aquel destartado de sala. Después se acercó a Marta, que seguía entretenida con su solitario.

—¿No es verdad que Rodolfo es un buen muchacho?—la dijo su hermana de zopetón, como respondiendo a un deseo mental de su hermana.

—Así lo creo—prorrumpió Marta sin darse cuenta y subiéndosele el color a las mejillas.

—Todas las muchachas querrán disputárselo—siguió diciendo Sara.

Un arrebató de celos, un vago sentido de inquietud se apoderó de Marta. Había estado tan insinuante con ella aquella tarde, primera de su regreso, que la costaba trabajo creer fuera lo mismo con las otras amigas. ¿Caería Florencia Fresnada, tres años mayor que ella, víctima del encanto que rodeaba a Rodolfo, tan rápidamente como ella había caído?

—Yo creo que le gustas mucho—continuó Sara.

—No digas eso, Sara.

—¿Por qué no? Recuerda como estuvo contigo, sin apartar sus ojos un solo instante; aparte de que no es

maravilloso el que viviendo siempre aquí seas tan inteligente.

Llegaron a casa de Rodolfo y la primera persona con quien tropezaron fué con el señor Portero, hombre genial, frisando en los cincuenta y cinco años: hallábase solo fumando, y Martita lo saludó decidida, antes de sentarse erecta en una mecedora, cuyas invitantes curvas hacían difícil su rígida postura. Al buen señor le gustaba la juventud y entretenido, y riendo con las ocurrencias de Martita, pensó vagamente, desde los rincones de su hospitalario corazón, en el ¿por qué las hijas de Almortas no frecuentarían aquella casa más a menudo?

Al cabo de un buen rato presentáronse Elena y María, y sus primeras miradas fueron dirigidas a los ruidos zapatos de la niña de los Almortas, a su usadita blusa, a sus descuidadas manos sin guantes y a la falta de costumbre social que la hicieran quitarse el sombrero antes de habersele indicado por ellas.

El instinto femenino de la joven la tuvo inquieta toda la tarde; y aquella noche no cesó de pensar en las causas que tuviera Rolando para no haberla acompañado hasta su casa, dejándola sola con la criada.

Al siguiente día tuvo que soportar la reprimenda paterna cuando preparaba la mesa para la comida.

—Ese espíritu de independencia que estás sacando es preciso que desaparezca o la vas a escapar mal—la decía con agriez, ante el desconsuelo de Sara y con la aprobación de la madre que creía su deber advertirle de las tardanzas de sus hijas.

Pero la joven no se intimidaba por tan poco y entre suplicante y decidida le contó su estancia en casa de los Portero y la invitación pendiente de llevarla al teatro en compañía de la familia. Y cosa sorprendente; a la intransigencia materna sucedió un cambio en don Casimiro, partidario de las contrariedades.

—Pues no veo inconveniente alguno en que la chica vaya al teatro.

LANOCHÉ fué de éxito completo.

Todo Almortas estaba en el teatro. Marta sonreía mirando y saludando a todos lados. Las hermanas de Rodolfo le devolvían sus sonrisas. Y como complemento, las calurosas palabras que Rodolfo la dirigía, sus estímulos de admiración, el no separarse de su lado. ¡Cuán hermoso era aquello! ¡Cuán diferente de su vida ordinaria! Había encanto en el aire; la sangre corría ligera por sus venas; el teatro se convirtió en un paraíso, en un país de ensueño.

—Esto es vivir, Rolando—prorrumpió Martita quedamente al oído del joven cuando, muy cerca el uno del otro, salían del teatro, camino del restaurant de moda.

La mayor sorpresa de la muchacha la recibió en el restaurant, al presentarle Rolando a su íntimo amigo, el que esperaba y para quien convinieron el baile. Era aquél el galán joven de la compañía que acababa de actuar en el teatro; joven de familia distinguida, que recibió una educación completa en los mejores colegios de Madrid, pero que no pasó a la universidad por haberle faltado sus padres cuando apenas contaba diez y seis años.

Aquello fué para Marta el momento más emocionante de su vida: el joven galán se sentó al lado de ella con naturalidad de hombre de mundo.

Juan Batista no tenía más de 25 años; era alto, elegante, de facciones correctas, lleno de vida y entusiasmos. Huérfano en esa edad en que los jóvenes necesitan más de la férrea voluntad paterna, le atrajo el magnetismo de la escena y en ella alcanzó muy señalados triunfos. No puede extrañar, pues, el que Marta lo mirase como un semidiós, y de sus labios saliera la misma exclamación que antes: ¡Esto es vivir!

Rodolfo acompañó a Marta hasta su casa y entre una y otra interrupción de los que formaban la partida, tuvieron tiempo para repetirse palabras y promesas que anegaron de esperanzas el corazón de la joven.

Pasan los días con los preparativos para el baile y llega la víspera de tan deseado acontecimiento. Marta salió a comprar los últimos detalles y cual no sería su sorpresa al toparse manos a boca con Rosita.

—Vienes en la mejor ocasión, pues mañana tenemos baile en casa. ¿No faltarás, verdad?—Marta dijo esto con cierto aire de duda al notar la palidez del rostro de Rosita. Otro sentimiento la embargó de pronto viéndola vestida a la última moda y más interesante y atractiva que nunca.

—En verdad no sé que decirte, aunque creo que por ser mi primera noche en casa debo consagrarla a la familia; de modo que te ruego me disculpes por anticipado caso

de no poder ir; además me encuentro algo indispuesta y ese ha sido el motivo de mi inesperado regreso.

Pero llegó el ansiado momento y Rosita se presentó echa un encanto, con un precioso vestido color rosa, que realzaba su belleza y gracia infantil.

—Rodolfo me comprometió a venir; no he sabido negarme—, fué la razón que dió a Marta. Esta creyó leer en los ojos de su amiguita cierta malicia y alegría que la inquietaron momentáneamente; pero entretenida atendiendo a los invitados olvidó aquello hasta darse cuenta que Rodolfo no apartaba los ojos de Rosita y bailaba con ella preferentemente que con las otras jóvenes.

Marta se revolvía de uno a otro lado inquieta mortificada, riendo con histerismo comprimido, mientras cumplía sus deberes de hospitalidad como en sueño opresivo.

Al llegar la hora del buffet se sentó Rodolfo entre ella y Rosita, repartiendo su conversación galantemente entre las dos, sin marcada deferencia para ninguna: sólo al final le oyó decir que él le acompañaría hasta su casa. Y aunque en arranque de amor propio herido, dedicó Martita mayor atención al joven actor. Bien a las claras se notó en sus ojos, secos y ardientes, la impresión que la embargaba al verlos partir, sintiendo un estremecimiento de dolor que nunca había experimentado.

Desde la verja, sin atreverse a entrar en el caserón, miraba al espacio ennegrecido como pidiendo a la noche que templara el ardor de sus mejillas, mientras arrojaba al espacio la mayor parte de sus esperanzas. Y no pudo dormir aquella noche, revolviéndose en una inquieta agonía de recuerdos.

Lo que Catalina, su madre y Sara convinieran a la mañana siguiente nunca lo dijeron; pero que hubo un acuerdo mutuo no lo dudó Marta, pues ni se comentó el baile, ni se habló de Rodolfo y Rosita en muchos días después. Y la joven, en su fiebre de amor propio herido, no podía agradecer el silencio, incapacitada para com-

—En efecto, así lo estaba ayer; pero el nuevo contrato en la capital me permite tres semanas de descanso y las he querido pasar aquí; no pude olvidar a usted en estos últimos días; ¿le habrá ocurrido a usted lo mismo?

Con ese acento de alegría interior que la mujer pone en sus inciertas palabras, quedaron en verse al día siguiente como toda contestación. Aquella noche no soñó Marta con Rodolfo y Rosita, cambiando la expresión de su semblante de un modo radical. Y era que Juan Batista reinaba en su cerebro con el esplendor de la escena que la hizo exclamar “Esto es vivir”.

Clara fué la única que protegió aquellos amores, no sin las protestas de su suegro que no podía tolerar se burlasen del señor de Almortas, su antiguo amigo; y un día llamó a Marta a su despacho, cuando se preparaba a partir para una excursión de caza, por ser aquel momento el más oportuno para no despertar sospechas y ante el temor de que en su ausencia volvieran a repetirse las entrevistas de los enamorados, allí precisamente donde él veía más peligros.

Entre montones de libros, que la joven ojeaba distraída, sentada sobre la alfombra como niña consentida que escucha una canción soñolienta, escuchó los juiciosos consejos de aquel anciano, sin hacerle cambiar un ápice su voluntaria condición, el deseo de vivir aquella fastuosa vida de halagos que Juan Batista la prometía. En su inocencia puebluna sólo contemplaba los encantos del viajar, el brillo de los vestidos escénicos, las multitudes entusiasmadas aplaudiendo al actor genial, los grandes éxitos. . . .

* * *

TRES meses después, en la agonía del terror, oyó la cruel confesión: Juan Batista no había aparecido aquella noche por su casa, y Marta le vió entrar por la mañana con los ojos desecados, y arrojarle de rodillas ante la cama donde la joven procuró olvidar su terrible situación.

—¿Qué te pasa, dí?—exclamó sobresaltada, aunque poca o ninguna fe ponía ya en sus palabras acostumbrada como estaba a sus exageraciones. Pero entonces había lágrimas verdaderas en los ojos de Juan Batista, y una agitación visible le dominaba.

—Tú bien sabes que te quiero con toda el alma, más que a nadie en el mundo, que eres mi primer, mi único amor. . . .

Siguió un silencio, durante el cual los ansiosos ojos de Marta estudiaban las facciones de aquel hombre que había comprometido la felicidad de su vida.

—Cuando las circunstancias me lanzaron a esta vida del arte, era un niño todavía; casi al principio conocí a una mujer cuatro años mayor que yo, que estaba enloquecida. . . .

Marta empezó a experimentar un terror muy grande como adivinando la revelación. Nunca se la ocurrió pensar en la vida juvenil de Juan Batista: él le había dicho que todos los jóvenes hacen locuras y ella lo había aceptado como artículo de fe, sin darle mayor importancia; pero ahora veía presentarse el pasado, amenazando al presente, y el suelo perdía solidez, y temblaba la cama. . . .

—Un día encontré a la joven llorando,—continuó Juan Batista:—era un día lluvioso y estábamos solos en su habitación. Me dijo muchas cosas que luego comprobé no eran verdad, pero lo bastante impresionantes para instigarme a salir con ella secretamente y preparar lo preciso para nuestro casamiento.

—¡Casamiento! — balbuceó Marta aterrada, perdiendo el color y desvaneciéndose.

Grandes trabajos costó a Juan tranquilizar un poco a su joven esposa, ante las protestas de amor y confianza que la daba, rogándola le escuchase hasta el fin.

—Mi tío Gonzalo, a quien confidencialmente le conté todo, cuando creí no tener salvación, saltó asombrado de su asiento: él sabía la clase de mujer de quien se trataba; yo no. Y dándole dinero la embarcó aquella noche para remotas tierras, con la

promesa, por parte de ella, de no volver a presentarse ante mi vista. Desde entonces no la he vuelto a ver. Mi tío se encargó de anular el casamiento por ser yo menor de edad y ella haber cumplido los veintidós años.

—¿Y se anuló?—preguntó Marta con la agonía en sus labios.

—¿Cómo había yo de saberlo? Mi tío me lo prometió antes de yo partir a cumplir una contrata: recuerdas que yo no era más que un niño.

(Continúa en la página 20)



Los ansiosos ojos de Marta estudiaban las facciones de su esposo.

prender que era en su beneficio. ¡Cuanto sufría!

* * *

UNA de aquellas tarde en que iba sola desde su casa a la de Clara, la hermana de Obdulio, ya casada, no lejos de allí, se le acercó a saludarla el joven actor Juan Batista, a quien no había vuelto a ver desde la noche del baile.

—Le creí a usted a muchas leguas de distancia—, se anticipó Marta a decirle.



PARA LEAL no existía más mundo que el encerrado dentro de las tapias de Villa Montana. Fuera de allí había un cierto número de leguas de tierra y un incierto número de personas. Pero las leguas no le inspiraban interés alguno, excepto para un paseo con el amo, y las personas le eran antipáticas por lo mucho que le molestaban con golpecitos en la barriga o cariñosos tirones de las orejas, que siempre odió Leal.

Leal era un perro escocés, color canela con manchas blancas, de más de treinta kilos de peso, ancho de pecho, ágil y enérgico, apesar de tener los ojos más dulces y hermosos de toda la perrería. Su genealogía era tan larga como la de un príncipe de los Romanoff, y su alma tan pura como su cuerpo. Había nacido, vivido y educado en Villa Montana, de la que se creía dueño por las muchas veces que le aseguraron la posesión de ella, la guarda de ella, desde la entrada hasta el lago, desde el lago hasta la casa, y en ésta desde los sótanos a la azotea, con entera libertad de recorrer a capricho todas las habitaciones. Aquél era su mundo.

Como los habitantes de todos los mundos tienen que tener una deidad, Leal tenía la suya; el amo. Para mejor decir, Leal tenía dos deidades; el amo y el ama. Y como era fuerte de alma y la caballerosidad se paseaba por todo su cuerpo, y como el ama era adorable, no dudó Leal en colocarla por encima del amo en el altar de sus devociones perrunas.

En Villa Montana había más habitantes, gentes con quienes un perro tiene que ser cortés. Frecuentemente, también, venían invitados que le obligaban a guardar las sagradas leyes de la hospitalidad, que desde chiquitín le enseñaron; y sufría las impertinencias de aquéllos, y les alargaba la pata al acercarse a saludarle, y hasta les besaba las manos cuando se lo permitían. Pero tan luego pasaban los primeros momentos de la etiqueta, volvía grupa en silencio, quitándose de la presencia de los extraños y aun de su vista.

De todos los perros que habitaban Villa Montana solo Leal tenía libertad absoluta de acción para andar por casa, tanto de día como de noche. Con el amo estaba siempre deseoso de solazarse dándole brincos y alegres aullidos; con el ama jugaba en abandono, rodando por el suelo a sus pies, haciendo como que iba a cogérselos y destrozarlos entre sus potentes patas; enroscándose y levantando las patas por alto cuando ella quería rascarle en el pecho; y en todo momento comportándose con el más completo abandono de dignidad, como si aun tuviese la inocencia de la niñez. Para los demás era completamente inacercable, acordándose de su estirpe aristocrática; y se mantenía apartado, moviéndose entre sus súbditos con dignidad y arrogancia.

Aquella plácida, dulce rutina de la casa no la vio interrumpida nunca, ni jamás creyó pudiera interrumpirse. Pero el Horror, ese monstruo acechador de la felicidad humana, entró de repente por la puerta y metió a Leal en un mar de confusiones. Fué en un tempestuoso día de octubre. El ama quiso pasear por el lago en su débil canoa y Leal no podía dejarla sola, acurrucándose en la proa sobre un montón de pieles. Al regreso, a unas cincuenta brazas de la orilla, chocó la débil embarcación con un enorme leño medio sumergido, al mismo tiempo que una fuerte ráfaga de aire cogía la canoa por enmedio y la hacía zozobrar.

POCO tardó el perro en salir a flote y su primer cuidado fué buscar al ama adorada para recrearse con ella en la nueva treta que le jugó, no tardando en convencerse que aquello no era juego, sino veras y muy veras de una ocurrencia desgraciada que le ponía en gravísima situación. El ama se hundía, embarazada por el vuelo y peso de la falda y del abrigo, y hacia ella acudió Leal con tal impulso de energía que pudo vérselo sus poderosos hombros y la mitad del cuerpo flotando en la superficie. En un segundo llegó hasta la joven y la cogió entre sus dientes por el cuello del abrigo. Ella tuvo la bastante presencia de ánimo para dejarse arrastrar como cuerpo flotante, aminorando el esfuerzo del perro mucho más que si hubiera pateado. Pero aun así no avanzaba mucho, y tras corta reflexión se agarró a la espesa melenas de Leal y, permaneciendo quieta y rígida, le permitió soltarla y hacerle más fácil alcanzar la orilla.

El regocijo de Leal no tenía límites, sintiéndose orgulloso de su azaña y agradecidísimo a las caricias de los amos, las cuales sonaban en sus oídos como arpegios musicales de dulzura suma. Aunque en forma indefinida comprendió que había hecho algo maravilloso y que todos los habitantes de Villa Montana hablaban de él y querían acariciarle.

¡CALLA!

Historia de un perro que sufrió la agonía del silencio

Por
José Torrijo (Español)

ILUSTRACIONES DE ENRIQUE J. SOULEN

Por algún tiempo toleró Leal el molesto manoseo, hasta que ya cansado se retiró a su lugar favorito, bajo el piano, viendo desde allí que la casa se aquietó pronto, pareciendo terminado el incidente, aunque en realidad no había empezado, pues una hora después sintió el ama, resfriada de días atrás, un fuerte escalofrío y al llegar la noche se le declaró la pulmonía.

Descendió la tristeza sobre Villa Montana, una tristeza que Leal no podía comprender, y siguiendo la costumbre de todos los días, subió a las habitaciones del ama, al llegar la hora de la comida, para escoltarla hasta el comedor, extrañándose que, a los repetidos golpecitos que dió en la puerta de su alcoba, saliera el amo y le ordenase bajar. Por el tono de voz comprendió Leal que algo terrible estaba sucediendo, mucho más cuando el ama no se presentó en el comedor y a él le prohibieron subir a sus habitaciones, por primera vez en su perruna vida.

AQUELLA noche visitó la casa un señor extraño a la familia, con quien el amo se encerró en la alcoba. Leal pretendió escabullirse entre las piernas y meterse en el cuarto; pero el amo no se lo consintió, obligándole a volverse atrás y cerrando la puerta tras sí. Solo un recurso le quedó al perro y fué el de esperar acurrucado delante de la puerta, oyendo el murmullo de la conversación que sostenían allí dentro. Solo una vez llegó a sus oídos la voz del ama, pero tan cambiada y confusa que apenas pudo reconocerla. Y movió la cola esperanzado de que le abrieran la puerta, sin atreverse a llamar.

El doctor estuvo para caer al suelo del tropezón con el perro al abandonar la alcoba. Como dueño que era de otro perro, ni se molestó siquiera, comprendiendo lo que aquello significaba, pero le recordó algo y, mientras bajaba la escalera, aconsejó al dueño de la casa que retirase lo más lejos posible a todos los perros de la finca, los cuales ladraban desesperadamente al sentir el ruido de su carruaje, y hasta la alcoba no debía llegar ruido alguno.

Miró el amo atrás, hacia los escalones, y vió que Leal permanecía pegado a la puerta de la alcoba, extendido a todo lo largo como cerrando el paso a cualquier intruso, y aquella actitud del animal le conmovió.

—Los enviaré lejos, lo más lejos posible, donde sus ladridos no molesten, a todos menos a Leal,—replicó al médico.

—¿Y por qué no a Leal?—inquirió aquél, entendiendo de cual perro se trataba.

—Porque tengo la seguridad de que permanecerá callado si así se lo mando. El y yo hemos de pasar juntos esta racha.

Todas aquellas interminables noches de octubre, durante las cuales bramaba el recio viento al rededor de la Villa, Leal permanecía pegado a la puerta de la alcoba,

la nariz entre sus patas, sus tristes ojos abiertos, sus orejas alertas para coger el más mínimo ruido que partiera de la habitación. Así lo encontraba su amo todas las mañanas al amanecer cuando se retiraba soñoliento de la cabecera del lecho de la enferma, y allí lo encontraba el médico al hacer sus visitas; sumiso, callado como el amo le ordenó.

Leal había comprendido la importancia de su silencio; Leal comprendía siempre. No debía ladrar, no debía hacer ruido fuerte: lo que el amo no le prohibió fué el gruñir, con suavidad llena de aversión, a la detestable enfermera cada vez que pasaba por encima de él, mirándole de reojo y protestando de aquel estorbo que en más de una ocasión estuvo para caerla. Ese gruñido suave era el único consuelo de Leal. Pero un día le llamó el amo con cariño y le puso fuera de la casa, pues después de todo, un perrazo de más de treinta kilos de peso echado delante de la puerta de una alcoba que guarda un enfermo grave, no deja de ser un gran inconveniente.

A todo estaba dispuesto Leal menos a que le echaran del puesto de portero de su ama, y tres minutos más tarde había encontrado la entrada por la ventana del sótano, no tardando en subir las escaleras y acostarse delante de la puerta, con la cabeza entre las patas delanteras.

El doctor se veía obligado a saltar por encima de Leal en sus tres visitas a la enferma. La enfermera pasaba veinte veces al día y siempre con la misma indignación. El amo salía y entraba a la habitación, dirigiéndole de cuando en cuando algunas palabras de cariño por lo triste que le veía, sin perjuicio de echarlo una y otra vez al jardín por complacer a la nurse. Pero Leal le agradecía las caricias y no le tomaba en consideración las ofensas, encontrando siempre algún camino expedito para introducirse en la casa y echarse ante la puerta del ama. Y nunca se abrió la puerta y le

cogió dormido; por el contrario, siempre ponía sus mejores deseos por entrar, sin importarle el fracaso de la intentona anterior.

Cuando alguno de los obligados a entrar se olvidaban del



Con su boca de fiero echando espumarajos, abarcó la muñeca del negro, no soltándola hasta arrancarle toda la carne.

perro y le pisaban, sufría el dolor en silencio, sin prorrumper un ladrido, sin exhalar una queja: el amo le había dicho ¡calla! y Leal obedecía. Así se pasaba los terribles días y las infinitamente peores noches.

Leal no comía ni apenas bebía, como no hacía ejercicio alguno. En vano le invitaban las glorias del otoño; los conejos podían correr a su gusto por todas partes de la finca, e igualmente las ardillas, contra quienes Leal tenía declarada guerra sin cuartel: la gran ambición de toda su vida era coger a uno de ellos. Para él no existían ya esas cosas, no existía nada halagüeño; su instinto estaba lleno de odio para el algo desconocido que le cerraba la puerta de su ama, cerca de cuyo lado quería estar para

guardarla del peligro que estaba asediándola. Por eso permanecía a la puerta, su cuerpo cerrando el paso y esperando.

Mientras tanto, en el interior de la alcoba había entablada una terrible batalla, entre la muerte y el napoleónico hombre desconocido, por la vida de la todavía blanca figura, en la gran cama blanca.

UNA noche no fué el doctor y hacia el amanecer salió el amo de la alcoba para dejarse caer pesadamente sobre un sillón, poniendo la cabeza entre las manos y sollozando. Entonces abandonó Leal su puesto ante la puerta y, vacilento, con la debilidad del hambre, se llegó hasta sus pies, gruñendo suavemente; dejó descansar su cabeza entre las rodillas del amo, su gran boca acercándose con timidez a las manos. De pronto se levantó aquél y dirigióse de nuevo a la habitación, dejando a Leal en las tinieblas, maravillado, escuchando y esperando.

Ofrécese al cabo una mañana esplendorosa y el doctor salió de la alcoba con aire de conquistador: hasta la odiosa enfermera le pareció a Leal que sonreía al saltar por encima de su cuerpo. El amo también salió y miróle con más contento que nunca, volviéndose a entrar a la inmediata. Todo expectante, oyó Leal gratos cuchicheos y, sobre todo, escuchó de nuevo aquella voz que le era tan querida, muy débil, aunque no tan velada y tan extraña como antes, cuando tanto temor le impuso, tras lo cual un "entra, Leal, mi fiel Leal, que ya era hora". El perro entendió perfectamente, y de un solo brinco se halló en medio de la alcoba.

Leal sintió la necesidad de prorrumpir en lamentos estentóreos, capaces de ensordecir a cuantos se hallaban allí reunidos, pero el amo se anticipó con un ¡calla! y Leal contuvo la explosión del deseo, no sin que le costara un terrible esfuerzo de voluntad. Tan suavemente como pudo se fué aproximando a la cama de la enferma que, muy blanca, muy delgada, muy débil le estaba sonriendo, con la mano izquierda fuera de las sábanas esperándole para acariciarle, mientras le repetía con voz dulce:—Leal, mi fiel Leal, ya te pagaré tanto cariño con cariño.

No le dijo más, pero era bastante con sentir la caricia de la que tanto amaba y por la que tanto había sufrido aquellos días pasados. El amo, en el interín, la decía cómo Leal no había consentido separarse de la puerta ni para comer. Y Leal escuchaba, no las palabras del halago, sino las interrupciones de ella, del ama querida, sintiendo el escalofrío de la satisfacción correrle desde la cabeza hasta la cola.

Luchó de nuevo el animal contra sí mismo por contener el rabioso deseo que le dominaba por ladrar a su placer; pero ya le habían dicho que aquél no era lugar oportuno para hacer ruido, y se aguantó sin que nadie se lo advirtiese. Otra cosa también comprendió; que el peligro negro había pasado, que el ama vivía, y aquello era bastante, acometiéndole el deseo de divulgarlo con ruidos salvajes de irresistible empuje. Entonces oyó que el amo le decía:—Vete ya, Leal, pero sepas que puedes volver de cuando en cuando, sin hacer ruido.—

Leal emprendió el camino fuera de la alcoba y aun de la casa, gravemente al principio, como loco después. Nada más que una fuerte picada de loco podía excusar sus actos de unos minutos después, actos muy impropios de un perro de pura sangre, educado en los rigores del buen tono; ni nunca anteriormente, en toda su impecable vida aristocrática procedió como aquel día.

El ama está viva, el Horror fué ahuyentado, parecía exhalar de todo su cuerpo con alegres contorsiones: la reacción se impuso de pronto y, como antes decimos, Leal sentía las picadas de los locos.

Zapaquilda, la cínica y temperada gatita negra, se paseaba distraída por la verde esplanada de delante de la casa, cuando Leal apareció en el jardín. Por lo general Leal la miraba con fría tolerancia, con marcada indiferencia; pero entonces se avalanzó hacia ella con rencor, con furia de tempestad desenfrenada. Y la gata, en atrevida defensa, arañó su nariz con una completa virulencia, sin dejar por eso de huir y encaramarse a un árbol, bufando y maullando, con la cola como un limpia tubos.

Viendo Leal que Zapaquilda había recurrido a una táctica poco deportiva, encaramándose donde él no podía llegar, se guardó mucho de amenazarla con ladridos que hubieran llegado hasta los oídos del amo y acusándole la falta de respeto a su orden de ¡calla!: en su lugar, galopó hacia el establo y, viendo que la puerta solo estaba entornada, entró como un torbellino acosando a cuanto bicho viviente se halló al paso, sin prestar la menor atención a los gritos del mozo que cuidaba de aquello.

A la salida del establo tropezaron sus ojos con la vaca roja, que hallábase trabada no muy lejos de allí, pastando a espaldas de la casa. De antiguo se conocían los dos animales; ella estaba en Villa Montana mucho antes que



Acariciándole con la mano izquierda le repetía: Leal, mi fiel Leal, ya te pagaré tanto cariño con cariño

Leal naciera. Pero aquel día

no respetaba el perro derecho alguno, no reconocía antiguas amistades, y atravesando el prado como una flecha, se fué directo a la vaca roja atolondrándola con una acometida de sorpresa, más imponente cuanto que no fué precedida de ladrido alguno; con el terror retratado en sus grandes y expresivos ojos levantó la vaca roja su cola y se dispuso a huir con toda la velocidad que le permitieran sus cuatro extremidades; pero estando trabada, sólo pudo correr en círculo pequeño, y tras ella Leal, hasta que el jardinero acudió jadeante en su auxilio, con la más convincente de las razones, un grueso garrote de alcornoque que a Leal no le pareció oportuno reconocer de cerca.

NO POR eso dejó de solazarse

Leal ni contener sus ansias de retozo loco; eran muy poco para él el jardinero y el garrote. Y corrió alegre a resguardarse en la casa, donde el jardinero no tenía entrada, dirigiéndose a la cocina. Allí tropezó con una sartén recién preparada para ponerla al fuego y de ella sacó una pierna de carnero entre los gritos descompasados de la cocinera que le amenazaba con las manos por alto, corriendo a todo correr de sus gordiflonas piernas. Los lamentos de la pobre mujer, o quizá la influencia del silencio impuesto por el amo, hizo que Leal se compadeciera de ella y a medio camino del prado abandonase la carne. En aquel momento pasaba un cansado caballo, arrastrando el carro de los comestibles que surtía a Villa Montana, y Leal no encontró mejor sustituto del bocado que acababa de perder, que la pata trasera del animal: por supuesto, tuvo que soltarla a la inmediata ante el respingo de protesta que dió el bruto, para que no le alcanzara la coz. A las voces e intento de acometida por parte del que guiaba el carro, arremetió Leal al pescante, logrando hacer presa en la manta que servía de asiento al hombre y dar con ellos en tierra.

Manta en boca corrió Leal hacia un hermoso matorral de zarzas moras, no muy apartado del sitio de la ocurrencia, perseguido de cerca por el maltrecho caído que se vengaba con gruesas palabras, ante su impotencia por alcanzar al perro y poderlo hacer con gruesos actos. Leal seguía corriendo con ganas, burlándose de su perseguidor y preparándole una ingeniosa treta con más picardía que mala intención: llegado que fué a los zarzales depositó la presa en medio de ellos y salióse por el lado opuesto sin prisa alguna, sabiendo que la barrera que le separaba del enfurecido mozo era infranqueable para aquél.

Una vez allí, en seguro, sintióse cansado y volvió grupa hacia Villa Montana, rehusando llevar adelante sus travesuras. Mas no pudo remediarlo, no fué su culpa el que estuviese en su camino un estorbo detestable: tendida al sol estaba una prenda, que le era muy familiar por las veces que pasó por encima de su cuerpo durante aquellos días de martirio, de agonizante espera a la puerta de la alcoba de su querida ama; el blanco uniforme de la nurse, al que Leal saludó con una mueca de satisfacción. En menos

de dos segundos se hizo dueño del uniforme, desfigurando su tersa superficie planchada con tres buenos desgarrones; y en menos de medio minuto descansaba sobre la negra superficie del fango inmediato al lago, revolcándose el animal sobre él con marcados signos de alegría suma.

—¿Cómo no pensó hasta entonces en sus constantes enemigos los conejos y las ardillas? No podía comprenderlo y, queriendo aprovechar el tiempo perdido, se dirigió hacia el monte a toda prisa, sintiéndose idiotamente, criminalmente dichoso con la ocurrencia.

En todo el día no cesaron de llegar quejas sobre la conducta incomprensible de Leal: Leal desparramó la

leche y rompió los cacharros; Leal asustó a la vaca roja corréndola un buen rato; Leal mordió en la pata al caballo de los comestibles; Leal se llevó una pata de carnero de la cocina, que estaba hasta aliñada para ponerla al fuego y servirla a la mesa aquella tarde; Leal había destrozado el uniforme de la enfermera: Leal por aquí y Leal por allá, como si fuera lo único importante de la casa, de la familia, de los alrededores, del mundo entero. Y a todas aquellas quejas contestaba el amo lo mismo: —Dejadlo: Leal y yo hemos salido hoy del infierno; él está haciendo lo que yo no tengo coraje para hacer.

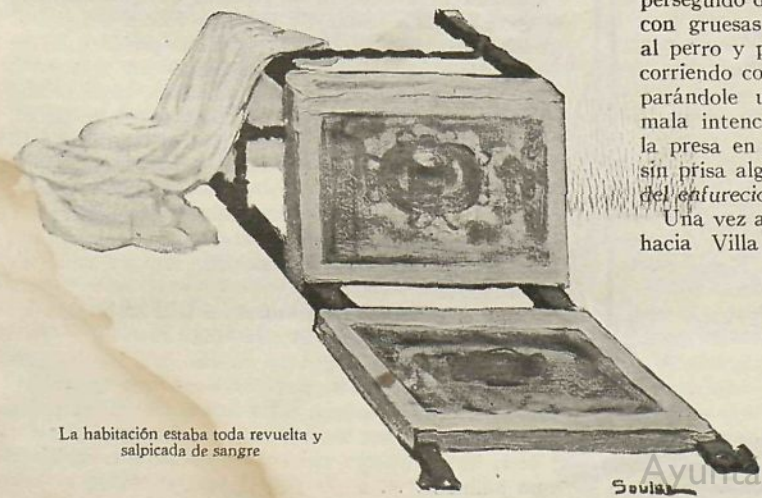
HASTA después de oscurecido no se entró Leal en la casa: venía muy cansado y ya repuesto de su ataque de locura, ofreciéndose el respetuoso, aristócrata perro de siempre, aunque sin una pizca de remordimiento, sin ofrecer señales de estar avergonzado de cuanto había hecho. El ama estaba salvada, y si

bien es cierto que la locura había pasado, no así la dicha que anegaba su cuerpo perruno. Con ésta se durmió en su sitio favorito bajo el piano.

Todas las noches acompañaba Leal al criado que se encargaba de cerrar las puertas de Villa Montana; pero aquella noche dormía tan profundamente que no se apercibió del chirrido que hizo la puerta que daba al pórtico, con estar tan cerca de ella, ni aun el de las ventanas que daban al jardín en la propia habitación del piano; y era que Leal corría alegremente tras los conejos por las forestras de la tierra de Morfeo, durante las primeras horas de la noche. Pero sí le despertó el deber que le estaba encomendado de guardar la casa: de muy lejos llegaron hasta sus finas orejas los pasos sigilosos de un hombre: alguien había escalado las tapias y cruzaba oblicuamente los prados de la finca en dirección a la casa.

Ningún ser humano hubiera podido oír el tenue ruido; era preciso el oído avisador de un perro. Si los otros compañeros de Leal hubieran estado en la finca, menudo fuera el escándalo en aquel momento: tanto el olfato como el oído los hubiera advertido de la presencia de un extraño. A Leal le estaba imposibilitado el husmeo, encontrándose dentro de la casa, pero no le impedía oír la aproximación de los pasos que su instinto le decía eran de un hombre temeroso de que le vieran y escucharan, por lo cual estaba poniendo los medios de precaución y sigilo que le dictaban sus propósitos y tenía a sus alcances.

Un rugido bramante, un ladrido fiero de alarma llegó hasta la garganta de Leal y allí murió. El mandato



La habitación estaba toda revuelta y salpicada de sangre

severo de ¡calla! resonaba aun en sus orejas: ni aun en las locuras de aquel día se atrevió Leal a romper el silencio que el amo le impuso. Contentóse con levantar su pesado cuerpo sobre las patas traseras y escuchar atento, la cabeza baja y las orejas levantadas, arrastrándose al cabo hasta el centro de la habitación y hacia una de las ventanas, para mejor escuchar.

Los pasos se acercaban; crujía la arena de debajo de los árboles, crujía la grava del camino, rechinaron las suelas de unos bastos zapatoles: el hombre saltaba el barandal del pórtico y avanzaba tan quedamente que apenas se oían sus pasos sobre el suelo de aquél. A la inmediata se oyó un apagado crujir de la ventana, el roce de una hoja de acero y el casi imperceptible chirrido de la falleba al levantarse, tras lo cual empezó a abrirse una de las hojas de puerta que cerraban la ventana, y Leal supo que se trataba de un negro con quien él no estaba familiarizado.

Otra pausa, seguida del crujido de la madera y del avance del negro a la habitación: un segundo más de escucha y, sin darle tiempo a respirar, arremetió Leal contra él en la tenebrosa negrura de la noche: los treinta kilos de carne perruna cayeron sobre el pecho del negro, sin que el más sordo gruñido de aviso le advirtiera del peligro.

Unas ráfagas de aire caliente llegaron hasta la garganta del negro, como si fueran buscándole las yugulares, y un grito de espanto acusó que el perro había hecho presa y corría la sangre: un instante después, menos del tiempo preciso para referirlo, se oyó otro grito de angustia y dolor; Leal apretaba sus fuertes dientes, hasta hacer correr la sangre y crujir el hueso del hombro derecho del asaltante.

Es costumbre de todos los perros de la casta de Leal el acometer con furiosos ladridos cuando las circunstancias les obligan a salir de sus calmosas actitudes; pero Leal no ladraba entonces; se lo había prohibido el amo y había que respetarlo: en silencio acometía sin darse punto de descanso, y en silencio buscaba y hallaba presa. El ¡calla! seguía resonando en sus oídos con la fuerza bastante para impedir que se olvidara, aún en aquellos momentos tan supremos.

El negro, por el contrario, hacía ruido por los dos; se conocía que no estaba acostumbrado al confort de la casa ni a la obediencia perruna, y sus gritos hubieran despertado a las momias de egipto de hallarse por aquellos alrededores. En sus ansias por librarse de las terribles acometidas del animal, saltó hacia atrás y faltándole el equilibrio cayó al suelo, arrastrando consigo una mesa y produciendo gran estrépito con la lámpara, que sobre la misma había, al romperse contra el suelo.

EN LA duda de si algún demonio enfurecido le estaba acometiendo, no cesaba el negro de prorrumpir alarido tras alarido de terror mortal, antes de prepararse a deshacerse de su enemigo, de aquel peludo monstruo que no podía distinguir en la completa obscuridad de la habitación.

Había oído decir el negro que todos los perros de Villa Montana fueron llevados muy lejos de allí para que no interrumpieran con sus ladridos el silencio impuesto por el médico con motivo de la grave enfermedad que padecía la señora, siendo esa la principal impulsiva razón que tuvo para saltar las tapias, introducirse en la casa y arrebatar lo que las circunstancias le permitiesen, en una muy probable impunidad. Por eso no se daba cuenta de la acometida de Leal, tan inesperada, y su pánico era inmenso vislumbrando poderes imaginarios, supersticiones incensatas, fantasías negras como su cuerpo y como su alma.

Al caer al suelo se arrojó Leal encima, y los dedos de las encrespadas manos del negro quedaron enmarañados con la espesa melena del perro. Allí murió el terror supersticioso del asaltante. Bien sabía éste que, con el ruido producido por la caída de la mesa y la rotura de la lámpara, así como por los gritos que le arrancó el dolor de las heridas, no quedaría un solo habitante de la Villa sin estar apercibido y despierto; pero aun le quedaba tiempo para escapar si lograba deshacerse de aquel monstruo del silencio que le había caído encima; y vacilante sobre sus pies, habiendo podido rechazar un nuevo ataque, hirió a su adversario con el cuchillo que todavía conservaba en sus crispados dedos.

Para un perro como Leal, que tiene algo de las propiedades de los lobos, no era extraño que buscara el sitio más conveniente para hacer presa y, en momento oportuno, lo cambiara por otro mejor, pudiendo morder una docena de veces, en menos de diez segundos y en más de diez distintas partes del cuerpo de la persona agredida. Esta propiedad distintiva de los perros de su raza fué la suerte de Leal; de otro modo hubiera muerto a manos del enfurecido negrazo que no cesaba de dirigirle tremendos mandobles.

Un bulldog o un bullterrier, al atacar a un hombre, busca un mordisco seguro, y cuando lo afirma no hay fuerzas humanas que se lo hagan soltar; puede cortársele la cabeza antes que lo suelte, resultando que están a merced de cualquier brazo armado que mantenga la frialdad bastante para buscarle el corazón.

Leal no aguardó a que el negro le buscara el corazón. Al movimiento del brazo, su instinto animal de conservación hizo que soltara la presa del hombro y se agarrara a la muñeca armada, consiguiendo la caída del cuchillo al suelo, si bien no pudo evitar que le cortara un buen mechón de pelos y parte de la piel, poco más de un arañazo. Esto lo acabó de enfurecer, y con su boca de fiera echando espumarajos, abarcó la muñeca del negro, no soltándola hasta arrancarle toda la carne y dejarle el hueso al descubierto, desde la mano al codo.

Volvió a rodar el negro por el suelo, y a medida

que gateaba para alcanzar la ventana y huir, le cogió Leal por el cuello e hincó sus terribles dientes en la nuca, haciéndole caer al jardín casi sin sentido. Retorciéndose con la desesperación de la impotencia, buscó el negrazo el cuello de Leal para estrangularle, y lo hubiera conseguido a no tener tan poblada melena: ésta fué la coraza que le libró de una muerte segura.

Sin conciencia ya de sus actos pretendió el malvado ponerse de pie y escapar corriendo a través del mullido prado; pero Leal no era ya un perro, era un lobo hambriento, cegado por el olor de la sangre: la locura picardihuela del día se había convertido en ataque tremebundo, y saltó de nuevo a la garganta del ladrón, cayendo ambos sobre la yerba y rodando hasta mitad del camino. Todo el combate no había durado más de treinta segundos.

Mientras esto ocurría, oyó el amo los gritos del negro y el ruido de la lucha y, pistola en mano, siguiéndole algunos criados, bajó por las escaleras. Viendo la habitación toda revuelta y salpicada de sangre, pero sola, encaminóse a la ventana abierta, haciendo que un criado asomase una luz. Abajo, sobre la blancura del camino divisaron sus ojos una masa negra, extendida, sin movimiento, boca abajo, y encima de ella a Leal, con sus

potentes dientes aun clavados en la garganta del asaltante.

Noble y obediente, como todos los perros para con sus amos, no importó el estado de fiera en que se encuentren, Leal acudió al llamamiento del suyo con la cabeza baja, la cola entre las piernas, temiendo la reprimenda de haberse quebrantado el silencio impuesto por el amo. Pero éste no le miró siquiera y Leal aprovechó el trastorno y el excitamiento de los habitantes de Villa Montana, para internarse sigilosamente en la casa, arrinconarse bajo el piano y lamerse la herida, que empezaba a esco-cerle. Sentíase muy cansado y nada satisfecho de su conducta, pues a pesar de todas sus precauciones para mantener el silencio, no pudo evitar que el negro hiciera demasiado ruido. El mandato ¡calla! había sido quebrantado, y él, Leal, se sentía responsable; había sido su culpa, ahora lo reconocía, de que el hombre atolondrase la casa: si del primer salto lo hubiera estrangulado se ahorraría ahora del justo castigo que le impusieran. Bien es verdad que él no faltó, que ni un solo ladrido se había escapado de su boca; pero ¡tienen los seres humanos tan extrañas ideas de justicia!

Horas después, le examinaron personas extrañas: no comprendiendo lo que decían, optó por no moverse de debajo del piano donde estaba acurrucado, sufriendo en silencio su desventura, y cuando menos lo pensaba apareció el amo llamándole hacia sí. Despacio, con la cabeza gacha, la cola baja y la mirada lánguida del delincuente, salió Leal de su rincón favorito, sugiriendo al inocente perrillo que acabase de romper un preciado jarrón.

¡CUÁN grande fué la sorpresa de Leal! El amo y cuantas personas se hallaban en la habitación empezaron a acariciarle y dirigirle palabras gratas a su oído, palabras que le eran familiares y que entendía perfectamente; palabras de alabanza por su heroica conducta. En ello, vio el amo la herida, por el mechón de pelos que faltaba y la tenía al descubierto, y comenzó a curársela con sumo cuidado, sin cesar de animarle con las más dulces expresiones de cariño. Para completar su regocijo fué conducido al cuarto del ama, recibiendo de ella el colmo de sus caricias; un fuerte abrazo y muchos besos repetidos.

Cuando al cabo se le envió abajo, era ya bien clareado el día, y aunque apenas había dormido aquella noche pasada, en vez de arrinconarse bajo el piano, marchó Leal fuera de la casa y fuera de la finca, al monte, lo más apartado posible, donde su instinto le dijo que podía ladrar sin temor a quebrantar la orden impuesta, por ser imposible llegase a oídos del amo. Y allí, solo, sentado cuan cómodamente pudo empezó a ladrar con todos sus pulmones, sintiendo como nunca la necesidad de ese desahogo, como nunca hasta entonces comprendiendo la felicidad canina que se deriva de unos ladridos; conoció que su mayor sufrimiento estuvo en las atrasadas ansias de ladrar que guardaba dentro de sí, y por más de media hora estuvo despojándose de aquélla, tras lo cual, sintióse completamente aliviado y regresó a Villa Montana, a seguir la vida normal de antes, interrumpida por quince días de martirio; el ¡calla! el mayor de todos.

LOS MOMENTOS MÁS FELICES

Por MANUELA MATEOS

SI LA curiosidad nos lleva a pensar algunos instantes sobre cuáles fueron los momentos más felices de nuestra vida, tres conclusiones previas interceptarán el paso de la idea, cuales son: que hemos gozado muy pocos, que pasaron rápidamente, y que no nos costaron ni esfuerzo ni dinero el disfrutarlos.

De mí sé decir que uno de los momentos más dichosos de mi vida lo pasé contemplando una puesta de sol, cuya belleza no pude comparar con ninguna otra de las infinitas que llevaba conocidas; fué en compañía de una antigua y querida amiga a quien no había visto en muchos años. Sagrado momento de mi existencia que vinculó en Dios mi cuerpo y mi alma.

Y así pudiéramos ir entresacando todos los momentos de felicidad que archivan nuestros cerebros, para verlos asociados a casos y cosas que se ofrecen gratis porque no hay riqueza bastante en el mundo para comprarlas; tales casos y cosas, como por ejemplo: regresar al seno de la familia después de una larga y accidentada ausencia, esperar a un ser querido, consolar a un desgraciado, sostener una conversación íntima, aconsejar con éxito, una sorpresa agradable, la llegada de un hijo, una sencilla merienda en el campo, . . .

A los que nunca pensaron sobre ello les he oído decir con mucha frecuencia: "Si yo tuviera bastante dinero haría feliz a varias personas que conozco lo merecen". Y siempre les repliqué de igual manera: "¿Por qué no tratar de hacerlos felices sin poseer esas riquezas?" Nadie en el mundo puede hacerse sentir la misma felicidad que inundó mi corazón a la vista de una mesita de pino basto, pintada con almazarrón, y por tapete un viejo papel de pared, que me regalaron mis pobres padres un día de mi santo; nada ni nadie podrá hacerme sentir aquel temblor de alegría que recorrió mi cuerpo al tomarme de la mano una bondadosa señora para llevarme a su casa y enseñarme su gabinete, que yo creí mansión de la más refinada suntuosidad, aunque sólo era una modesta vivienda.

Con el trascurso de los años fuí feliz en la placidez de mi hogar junto a mis seres más queridos. Asistí a costosos banquetes, viajé mucho, obtuve honores y triunfos personales; pero las horas que más felicidad me proporcionaron están enlazadas con un paseo por el monte, una lectura en noche invernal al amor de la lumbre, una sonrisa a un pobre, una caricia a un animal. . .

¡LEJOS!

Por ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGA

(Colombiano)

YA la noche descende. El ave busca albergue tibio en las inhiestas palmas. El día es sombra que la mente ofusca, y la noche la aurora de las almas.

¡Cuán bella, oh noche, estás! . . . Desgarra el velo

que a mis ojos te cubre, ángel proscrito. De dos almas la unión festeja el cielo; nuestras nupcias celebra el infinito.

¡Ven a mi lado, ven! La una asoma y nos bendice Dios. Sigue mis huellas: las flores todas nos darán su aroma, y sus fulgores todas las estrellas.

Recordar es vivir. ¡Oh pensamiento, rompe tus ligaduras, bate el ala! Despiértate a la voz del sentimiento; sea la escala de Jacob tu escala.

Recordar es vivir. Como solías hablar a mi alma, sin tu amor desierta, haz que revivan los pasados días, haz que reviva la esperanza muerta.

¡Solo! . . . Lejos de tí. . . ¡Martirio horrible!

Hoy, al perder tu amor, todo lo pierdo. ¡Quién hiciera posible lo imposible y quién hiciera eterno mi recuerdo!

¡Ya estás aquí! Mi corazón te siente, ya oigo el ruido que forman tus pisadas. . . . Parece envuelta tu marmórea frente en la luz de las tibias alboradas.

De la vida en la senda borrasca mi planta siempre seguirá tu huella: somos perfumes de una misma rosa, somos fulgores de una misma estrella.

¡No huyas, visión! En tu sonrisa veo tu ardiente amor . . . , la súplica . . . , el reproche.

En tus pupilas, que encendió el deseo, parpadea la luz . . . , duerme la noche.

¡No huyas, visión! En dulces embelesos, unido a tí con invisibles lazos, quiero en mi boca el fuego de tus besos y en mi pecho el calor de tus abrazos.

¡Canta! El dolor al corazón avanza y quiero oír tus notas virginales, tristes como el amor sin esperanzas, bellas como las noches tropicales.

¡Canta! . . . Tu voz a mis oídos llega remediando en cadencia arrulladora las vibraciones de la lira griega y el dulce ritmo de la guzla mora.

Tú siempre para mí serás consuelo y de mi frente apartarás las sombras. Haces brotar estrellas en mi cielo como de flores mi camino alfombras.

¡Huiste ya del corazón, mentira! De tu paso ante mí no quedan rastros. Huyes en tanto que la tarde espira, mientras la noche se corona de astros.

En la selva plegó la flor su broche, la luna irradia en la extensión vacía. ¡Es hora de soñar! . . . ¡Cayó la noche aurora de tu alma y de la mía!



Un Regimiento en prácticas Pintoresco relato de unas maniobras

Por Pablo Parellada

FOTOGRAFÍA DE P. R.



Tendido rápido de un puente sobre pontones durante maniobras

PREPÁRENSE para montar!
¡A... caballo!

Con los albores de una mañana de otoño salimos en dirección a B. primer pueblo en que se ha de pernóctar. Antes que nosotros salió el carro con las ollas para condimentar la comida de la tropa. El oficial aposentador se adelantó al trote largo para disponer los alojamientos. A los cinco kilómetros hacemos alto para apretar cinchas y revistar si todo está como es debido.

Continuamos la marcha. Atravesamos algunos caseríos sin detenernos. Es motivo de sabrosos comentarios este letrado sobre la puerta de un ventorro: "¿Dónde váis tan de prisa?" Este año hemos visto en los pueblos letrados tan memorables como este: "Parador Heconómico" en el que pudo economizarse una hache mayúscula. Y este otro de encantos gedeónicos: "Se blanquean habitaciones a domicilio."

Ya estamos a la vista de B. El oficial aposentador sale a recibirnos. Los chiquillos del pueblo nos esperan a la entrada. El alcalde, secretario y otras personalidades vienen a ofrecerse. El cabo de la Guardia Civil, correcto, respetuoso y de indumentaria impecable, se pone a las órdenes del Jefe del Regimiento. Los vecinos aceptan gustosos los alojados que les corresponden. Hay alguna excepción: un oficial viene a decir al alcalde que no le quieren admitir donde su boleta de alojamiento indica. Motivo: el amo de la casa está ausente y a su esposa no le parece prudente, en tales circunstancias, albergar a un oficial joven y bien parecido. Se toma en consideración y se envía al oficial a otra casa donde el esposo esté presente.

Comemos en un café cuyo dueño, por lo que allí se observa, es un decidido protector de las moscas. Viene a servirnos a la mesa una gallarda moza de aspecto ciudadano más que puebluno; de ojos rasgados y sombreados con carboncillo, cara empolvada, labios pintados y exquisitamente perfumados. Su presencia produce en la oficialidad el efecto de un "¡Alto! ¿Quién vive?" A los postres se franquea y declara que es de Madrid propio; que fué cupletista conocida con el sobrenombre de La Bella J.; perdió la voz y dió con sus huesos en el café de este pueblo.

A la mañana siguiente salimos para C. villa en que se nos dispensa un recibimiento entusiasta y cariñoso. Sus buenas gentes se anticipan a disputarse el honor de llevarse a sus casas a los soldados. El alcalde ha publicado un bando de tonos patrióticos en el que da instrucciones y recomendación que se nos reciba con todo género de consideraciones. Por nuestra llegada el pueblo está de fiesta y las jóvenes lucen galas y flores. En los pueblos no hay que pensar en el descanso: después de comer, las personas de viso nos llevan a ver cuanto de notable hay en el lugar; una bomba de incendios que acaba de adquirir el Ayuntamiento; la escuela en construcción; un molino de aceite con maquinaria a la moderna; algún huerto notable; la iglesia y sus ornamentos, etc., etc. En este pueblo nos enseñaron la imagen de un santo tenido en gran veneración y del cual las gentes de los otros pueblos comarcanos, para mofarse de los de C. inventaron la guasa siguiente: Cuentan que, in illo tempore, la propiedad de aquella imagen fué disputada por los de otro pueblo; a punto estaban éstos de ganar el pleito y llevarse al santo, cuando el cura párroco de C. subió al púlpito y señalando al santo, al que precisamente le había colocado una maleta en la mano, dijo a sus feligreses: "no consintáis que nuestro santo se marche de este pueblo; miradle, ya está a punto de emprender el viaje". Desde entonces, la gente socarrona de los pueblos cercanos llama a esta imagen *El Santo de la Maleta*. Pero, ¡ay! del que tal diga si lo oye alguno del pueblo de C.

LOS oficiales han sido invitados a bailar en casa de unos señores, al son de un gramófono, hasta las dos de la madrugada. Se toca diana a las cuatro. Este régimen de vida se sucede de continuo. Cuando duermen los oficiales no lo sé.

Salimos para otro pueblo. A un pastor le pregunto: ¿Cuánto falta para llegar a D.? y me responde: Cuatro kilómetros, pero yendo de prisa se puede ir en tres.

En D. la oficialidad es alojada en una espléndida quinta de recreo propiedad del Conde de X X X. Hermosa finca. Parque, jardines, caballerizas, cochera, de todo,

hasta cementerio para los perros. Una mansión de hadas. Voy a ver el pueblo. Entro en la posada con excusa de escribir una carta. Digo "con excusa" porque siento un gran atractivo por las posadas; entre su vetusta y destartada arquitectura me figuro ver flotar una comedia, una novela que he de escribir algún día. Me proporcionan tintero y pluma. No hay papel. Una jovencita bastante linda, pobremente vestida, calzada con alpargatas, y que tomo por hija del posadero, se me ofrece para ir en busca de papel, sobre y sello y, terminada la carta, corre a echarla al correo. Un hombre como de cuarenta años, de chaqueta, boina y alpargatas está sentado en un poyo de mampostería. Mientras escribí la carta no apartó la vista de mí, y cuchicheó con la joven. Ahora me mira sonriente y me dice: Don Pablo; nosotros representamos muchas comedias de usted.

—¿Aquí en esta posada?

—En todas partes. Yo soy el director de una pequeña compañía dramática formada por mi mujer y mi hija, esa joven que ha ido a echar la carta; hoy queríamos dar una función en honor de usted, pero no puede ser porque hace viento.

—¿Y qué tiene que ver el viento con la función?

—Mucho, porque nosotros representamos al aire libre; así no tenemos que pagar alquiler de local; en ese carrito que ve usted en el patio llevamos lo necesario para armar un tinglado, y en cuanto a los asientos, cada espectador se trae una silla de su casa.

Gratifico a la damita joven y bendigo al viento que me ha evitado la tristeza de ver representar a aquellos desdichados.

Salimos de D. Por la carretera nos los volvemos a encontrar; van a pie al lado del carrito tirado por un borriquito, a debutar a otro pueblo.

Es más de medio día cuando en la plaza de E. se distribuye la comida a la tropa. Los vapores del condumio se esparcen y atraen a buen número de perros que banquetean con las sobras. Lo mismo sucede en la comida de la noche. Cuando a la mañana siguiente salimos del pueblo, nos siguen varios perros. Esto nos ocurre al salir de todos los pueblos. No se trata de perros hambrientos que en nosotros vean su pitanza asegurada. Es una inexplicable atracción que sienten por la tropa; prueba de ello es que del pueblo E. salieron varios *perros bien*, entre ellos, un precioso setter y un galgo señorial; este último fué reintegrado a su casa por el dueño que vino a buscarlo en automóvil; a los demás se les alejó a pedradas hasta perderlos de vista, pero el setter estaba decidido a ingresar en el Ejército: estábamos a punto de cenar en el pueblo F. cuando noté un lametón en mi mano. Era el tal perro que había seguido nuestras huellas.

—¡Ah, tunante, has abandonado a tu amo!—le dije. Como si comprendiera mi recriminación se agazapó y arrastró hasta debajo de mi asiento. De allí le sacaron los oficiales a los que tantas caricias y zalamerías hizo que determinaron protegerle, comprarle espléndido collar y darle nombre: El Morrocotudo. Desde entonces, como todos los perros que se encariñan con la tropa, su puesto en formación y en marchas es junto a la banda de trompetas y no abandona el cuartel más que cuando sale el Regimiento.

En F. preparamos una operación un tanto penosa: una marcha de noche y construcción de un puente sobre el río Z. sin más luz que los primeros albores del amanecer. Hemos de pasar por un camino abandonado desde hace muchos años. Hay quien asegura que está intransitable. Preguntamos a personas conocedoras del país.

—Diga usted, buen hombre, ¿usted conoce el camino que va al río Z.?

—Ya lo creo, como que voy y vengo por él, a pie, dos o tres veces cada semana.

—¿Y en qué estado se encuentra?

—Muy malo; no se les ocurra a ustedes meterse en él con esos carros que llevan, porque volcarán; está imposible.

En el pueblo hay un tabernero que también nos podrá informar. Vamos en su busca.

—¿Qué tal está el camino que conduce al río Z.?

—Muy bueno.

—Si nos han dicho que está imposible.

—No hagan ustedes caso; está como un salón de baile.

Esto es lo que se saca en limpio cuando se pregunta a las gentes de los pueblos. Emprendemos el discutido camino a las

tres de la madrugada. Siempre que se camina de noche los soldados montados cantan. A trancas y a barrancas llegamos donde nos proponíamos. Amanece. Un oficial dentro de un pequeño bote plegable sondea y dibuja el perfil del río. Se empieza el tendido de un puente de ciento veinte metros. Y aquí se repite lo que en toda operación análoga: por lejos que estemos de poblado, por intempestiva que sea la hora, siempre tenemos espectadores; hombres y mujeres del campo, chiclelos y algunas señoras que llegan en automóvil. ¿Cómo se han enterado? Replegamos el puente en cuarenta minutos y cargamos el material en otros cuarenta. Al ver la precisión con que trabajan los soldados, un mozo de aspecto rudo, dice: de buena gana me iba con ustedes. Cuando rompemos la marcha hacia la villa de G. una vieja se me queda mirando y exclama: ¡Qué maja es la tropa!

Al atardecer de un sábado llegamos a G. villa poética, risueña, circundada casi del todo por el río Z, adornada de alamedas y ubérrima campiña. Figuró mucho en tiempos del feudalismo. Aun queda en el culmen de elevado cerro un castillo de esbeltas torres, parte de una muralla defensiva y casas señoriales con blasones sobre las muchas puertas. Al día siguiente, domingo, tenemos misa de tropa en la iglesia mayor. Diez o doce señoritas elegantemente ataviadas se arrojan fervorosas cerca del grupo de oficiales. Estos las esperan a la salida. Ellas desfilan entre sonrientes y ruborosas. A las doce hay revista de ganado y atalajes en las eras, bastante lejos del poblado. El sol es abrasador. Las señoritas vienen paseando y se establecen a la sombra de unos árboles. Los oficiales las saludan al pasar. ¡Oh, fuerza de la afinidad electiva! Terminada la revista, los conductores montan en sus mulas. Una se espanta, salta y se rebota como potro salvaje. El conductor cae al suelo. Las señoritas se asustan. Un oficial se acerca a ellas a decirle que no se asusten, que no ha sido nada, el conductor está ileso. Con este motivo traban conversación los oficiales y las señoritas. Uno las pregunta como se llaman. Ellas titubean, se miran y ríen. Decir sus nombres les parece demasiado atrevimiento. De pronto, la de más edad y menos agradecida dice en un arranque: Miren ustedes; ésta se llama Julia; ésta, Mercedes—empezó por las dos más lindas—y así sucesivamente las va indicando y nombrando a todas, y termina diciendo: y una servidora, Rafaela, pero yo voy para monja. Esta frase, dicha con delicioso retintín, quería expresar: Si me atrevo a declarar mi nombre no es porque tenga deseos de novio como mis compañeras. Después nos hacen saber que por las tardes tienen costumbre de ir a la estación a ver pasar los trenes y a pasear por el andén. Por la tarde, mientras los soldados bailan en la plaza al son de dulzaina y tamboril, las señoritas pasean por el andén de la estación de dos en dos acompañadas por dos oficiales. Uno de estos grupos son Julia y Mercedes flanqueadas por los tenientes H. y S. De la estación van al casino donde se improvisa un baile. A la hora de la cena faltan en la mesa de la fonda los tenientes H. y S. Cuando nos retiramos a dormir aún no han sido habidos. La noche es plácida. Mi imaginación los presiente en sendas callejas, envueltos en sombra y hablando a través de la reja.

Apuntes de Viajes

LA MUECA DE LA RISA

Por
Felipe de Mora

ILUSTRACIONES DE HARVEY DUNN

Le había visto muchas veces, rodeado de chiquillos, en las bocacalles y plazuelas de varios pueblos andaluces, y siempre me produjo la misma extraña emoción repulsiva; siempre rehuí el escuchar las dolientes notas de su vieja flauta, evocadoras de tristezas infinitas. Mis veinticinco años buscaban sólo alegrías, notas vibrantes y ruidosas, fuertes coloridos, las vivas emociones del placer. Por eso aquella cabeza enmarañada y nublosa, casi blanca; aquellos ojos hundidos, dulces y penetrantes; aquella frente despejada, acusando al genio, me imponía más temor que atracción: y las llorantes notas de su vieja flauta penetraban punzantes en mi cerebro, amargando los pensamientos de mis locas esperanzas de reír. Y huía, en ocasiones hasta del pueblo donde el flautista se encontrara, por no tropezarme más con aquel fantasma del dolor, cuyos ecos cadenciosos me seguían para repercutir en mis sueños durante varias noches consecutivas.

Mi vida había sido hasta entonces un vergel ideal donde las flores no tuvieron espinas y donde los frutos no conocieron las picaduras de los gusanos; sólo fragancias y sabores paradisiacos habían llegado a mis sentidos: vida de ensueños entre mis amantísimos padres, mis cariñosos hermanos, mis amenos libros y la más adorable de las criaturas, una niña angelical que conocía desde los doce años y a quien amaba con todos los ardores de mi corazón: por ella y para ella me lancé al mundo real, lleno de nobles ambiciones, de entusiasmo supremo, de esperanzas risueñas; y todo cuanto se oponía a la fe de mis rientes convicciones era dardo envenenado que emponzoñaba mi existencia, siquiera fuese por algunas horas. De ahí el que huiera de la miseria, del dolor, de las lamentaciones: luz y calor, sonrisas y amores eran mis ansias y tras ellas tan sólo caminaba.

¿Cuánto duró esa vida? A juzgar en el pasado, en los días que la viví, fué un soplo largo, muy largo; soplo que no encontraba el fin de su carrera etérea: a juzgar en el presente, fué un soplo corto, cortísimo, un juntar y abrir de labios rápido: cinco años, desde los veinticinco a los treinta, en que me casé.

La separación provisional que nos impusieron las circunstancias no logró aminorar el amor que nos teníamos jurado. Ella en el sur de España, yo en el norte, raro fué el día que dejamos de comunicarnos nuestras bellas ilusiones y nuestras risueñas esperanzas. Y así por cinco años, hasta mayo de 18. en que fui a pedir su mano, encontrándola más cariñosa, más exagerada, más estremosa, más llena de ilusiones y más confiada en un porvenir de dichas y venturas; pero triste a causa de su delicada salud.

UNA de aquellas mañanas primaverales salí del hotel muy temprano, dirigiéndome a la playa en busca del perfume del alma que embriagaba a mis sentidos. Sonreían las acariciantes olas al avanzar magestuosas sobre la dorada arena; sonreía el paisaje al recibir el primer rayo de sol; sonreía el cielo viendo reflejada la brillantez de su azul purísimo en las reposadas aguas; y sonreía mi alma contemplando tanto esplendor, tanta grandeza, tanta poesía y sonrisas tantas. En ello, avanzó hacia la playa una mujer del pueblo llevando, bajo el brazo derecho, la típica canasta para transportar el pescado, y, de la mano, un muchachuelo de catorce a quince años: un cerrillo de arena la ocultó bien pronto de mi vista, y ya estaba yo para olvidar aquella pequeña interrupción de mi éxtasis contemplativo, cuando empezó a destacarse su figura del blanco plato del horizonte, en actitud de llamada a una tercera persona, a quien las rocas no me dejaban ver. Distintamente llegaron a mis oídos, "Agüelito, agüelito", que el niño acrecentaba uniendo las manos en forma de bocina. Y respondiendo a tal llamada se levantó de entre las rocas la cabeza enmarañada y nublosa, casi blanca, del viejo de la flauta. No quise ver más, temiendo llegar a mis oídos los lamentos de su música llorona con el lejano susurro del mar y con la cadencia de las cercanas olas: roto el encanto poético del paisaje, corrí de allí y me interné en la población.

Transcurrieron los días y los meses y volví al lado de mi amada para consumir nuestras esperanzas. Era a mediados del mes de septiembre, cuando la brillantez de la

primavera, sedienta ésta de verdores, hallábase sustituida por la armoniosa placidez de los colores, por la suavidad de los tonos otoñales. Mi ánimo parecía contagiado con el paisaje, y sentíame, no ardoroso, inquieto, vivaz y alegre como en la primavera; más bien reflexivo, calmoso, pensador. ¿Contribuyó, quizá, aparte de la estación cadente, la trascendencia del paso que iba a dar, jugándome en él la dicha de toda mi vida? No lo creo, ni nunca lo creeré, pues era muy firme la confianza que me inspiraba aquella criatura angelical, a quien había conocido desde niña.

La ceremonia religiosa estaba fijada para las once de la mañana del día veinticuatro, conmemoración de las Mercedes de Nuestra Señora. La noche precedente la pasamos con los últimos preparativos, detalles y recomendaciones, hasta bastante tarde, sintiéndonos anhelantes, nerviosos, poco comunicativos; el alma en suspenso, el cerebro en suspenso, sólo el corazón latiendo con violencia. Y mi sueño fué intranquilo: me desperté varias veces aturdido, sin conciencia ni idea clara determinada. Al clarear el día salté del lecho, en impulso involuntario, y me vestí, encaminándome a la playa como autómatas llevado por fuerza misteriosa, por la misma que tenía en suspenso las facultades del alma. Miré al mar, a las olas, al cielo; y pretendí escuchar los susurros y oír las cadencias matutinas, tanto como ver los primeros destellos del astro rey besando la plateada superficie del océano. Pero a mis ojos y a mis oídos sólo llegaron los rasgos más salientes del viejo de la flauta, su cabeza enmarañada y nublosa, casi blanca, y las notas llorantes de sus canciones favoritas. De repente desperté del letargo por un estremecimiento intensísimo: era muy entrada la mañana y corrí presuroso hacia el hotel, donde impaciente, casi alarmado me esperaba mi futuro padrino, el hermano de ella y jefe de la familia a falta de padre, fallecido éste años atrás. Y a la hora oportuna se celebró la boda y horas más tarde tomábamos el tren para Madrid, para regresar tres meses después con el alma en los labios y el pensamiento en Dios; mi esposa se moría, la ciencia había agotado todos sus recursos; sólo la voluntad de Dios podría hacer el milagro, ayudada por el calor maternal y la dulzura del clima andaluz.

LOS efectos del cambio se hicieron notar muy rápidamente; a los pocos días tenía recuperadas las bastantes fuerzas para dar pequeños paseos por la playa y por el campo, sitios de su predilección. Las calles y los parques la aburrían, el ruido y las personas la molestaban; sólo la placidez de la naturaleza alegraba sus facciones. Una de aquellas mañanas incomparables, sentados en la arena, casi besándonos los pies las inquietas olas, no menos cadenciosas que en la primavera, ni menos poéticas que en el otoño, escuchamos las tristes notas de la vieja flauta que tanto me impresionaron siempre. Hacia nosotros se acercaba el anciano de la cabeza enmarañada y nublosa, casi blanca, ageno de nuestra presencia, mirando con fijeza a la inmensidad del océano, para quien tocaba, como si quisiera arrancarle el secreto de su mágico concierto para traducirlo en notas suspirantes de amor dulcísimo; en sus facciones retratada la inspiración del genio. Lo contemplé extasiado mientras se acercaba y en impulso extraño, misterioso, sabiendo la impresión que siempre me produjo, repulsiva, le invité a sentarse a nuestro lado y contarnos sus emociones. . . .

"No conocí a mis padres ni nadie ha podido darme explicación de mis tres primeros años; a esa edad me recogieron a la puerta de un asilo, envuelto en un paño blanco vulgar, profundamente dormido, ingresando en el asilo con tantos otros abandonados. ¿Soy el hijo de un simple obrero o la imperdonable falta de un aristócrata?"



Hacia nosotros se acercaba el anciano, mirando con fijeza a la inmensidad del océano para el que tocaba.

Esta pregunta no ha cesado de bullir en mi cerebro, influyendo grandemente en mi vida, en mi carácter, en mis gustos y en mis aficiones. En el asilo me enseñaron las primeras letras y las primeras nociones de música, saliendo de allí a los catorce años para cornetín de órdenes afecto a un regimiento de infantería que no tardó en embarcar para África con las primeras divisiones expedicionarias. Mi vida en campaña no logró enducir mi corazón, aunque fueron sin cuento las privaciones que pasé y los horrores que tuve que presenciar; como tampoco las duras alternativas que siguieron a mi desembarco en Cádiz, después de abandonar el ejército; baste decirles que pedí limosnas, serví de mozo de cuerdas, fui mozo de una taberna y, al cabo de cuatro azarosos años, entré a servir en casa de un notable artista, donde más que criado fui protegido, amigo, compañero: allí me educué y me refiné, allí desperté a las dulzuras de la música, triste como mi alma, como las experiencias de mi vida; allí aprendí muchas de las miserias del mundo en batalla constante con los sentimientos nobles y generosos de mi protector. . . .

Por las rugosas facciones del anciano resbalaron algunas lágrimas que no se apresuró a enjugar, no le avergonzaban. Su alma volaba en aquel instante por las remotas regiones de lo infinito, buscando la imagen de sus recuerdos, y su fisonomía fué cambiando paulatinamente hasta vérsela sublimizada con las inspiraciones beatíficas de los mártires cristianos. Entonces vino a mi memoria la repulsión que siempre me hizo huir del viejo de la flauta; y sentí remordimientos, y acusé a la irreflexión de la juventud, que sólo ansía la mueca de la risa, no la verdadera alegría que radica en los goces del alma.

PASADOS esos momentos de emoción indescriptible, reanudó el anciano su interrumpida historia, contándonos el amor que su protector dedicaba a los pobres pescadores, entre quienes se pasaba las horas más alegres y felices de su vida, enseñando a los niños y aconsejando a los mayores, terminando siempre la visita con los más dulces acordes de su flauta que él le indicaba tocar. Cuando a la muerte de su protector se vió sin amparo, lo buscó y encontró entre los pescadores, salvo los meses de invierno que salía con su flauta a recorrer los pueblos andaluces.

"Ya hace años que no me aparto de aquí, desde la muerte de mi esposa, ante cuya tumba rezo y toco todos los días, viniendo luego a la playa a esconderme entre las rocas y aspirar las grandezas del Altísimo, sin que nadie interrumpa mis reflexiones, las reflexiones de un pobre artista que el mundo no puede comprender."

Y sin volver la cabeza, sin pronunciar una frase de despedida, sin notar la emoción que había despertado en nuestros corazones, se alejó de nosotros tocando su barcarola favorita.

No volvimos a verle en los siguientes quince días, aunque ni uno solo faltamos de ir a la playa. ¿Qué había sido del viejo de la flauta? preguntó mi señora a uno de los asiduos pescadores que solía saludarnos todas las mañanas.

—Está en cama, señorita, con una especie de delirio tranquilo, dulce como las notas de su flauta y triste como la grandeza del sentimiento humanitario. En sus tran-

quilas peroraciones, la mayor parte de las cuales no comprendemos, repite la historia de su vida y llora o ríe, pero sin lágrimas ni risa: sus facciones se contraen con un dolor invisible; después cambia por la

más espantosa mueca de risa y prorrumpe: ¡Miseria humanidad! que vas pasando por el mundo sin comprender las bellezas que le animan, creyendo que el dolor es tristeza y el reír es alegría; yo lloro cuando gozo, tú ríes cuando sufres; por eso tu risa es sólo la mueca de la risa.



Ayuntamiento de Madrid

DEL ROSAL DE AMOR

Precioso Tomo de Versos para Mujeres

Por José de J. Esteves (Puertorriqueño)

Divagaciones Románticas

A un Pensamiento

¿De dónde llegas, Pensamiento,
Que en la dulzura azul del viento
Me has parecido una canción?
¿En qué armoniosas lejanías
Supiste las melancolías
De mi hechizado corazón?

Tú no has salido de mi mente. . . .
Tú no has llegado de repente
Como una ráfaga de paz.
¡Oh Pensamiento que has venido!,
¿De qué alma hermana has evadido
El suave y místico solaz?

Yo estaba triste esta mañana,
Y, al acercarme a la ventana
Buscando olvido y distracción,
En un cariño de la brisa,—
Tal que en un ala de sonrisa,—
Tú me trajiste una ilusión.

Era un perfume subjetivo,
Todo enigmático y furtivo,
Como de un sueño vuelto flor. . . .
Era tu gracia, Pensamiento,
Que fué en mi ser florecimiento
De primavera, luz y amor. . . .

¡Oh pensamiento! ¿De quién vienes?
Esas dulzuras que retienes
¿En qué alma fueron resplandor?
¿Acaso fuiste la alborada
De una alegría, despertada
Tras de la noche de un dolor?

¿Acaso fuiste la suprema
Fulguración,— que alumbra y quema,—
De algún artístico ideal?
¿O el rompimiento de un misterio
Que mantuviera en cautiverio
A un alma triste y virginal?

Dí, Pensamiento, ¿acaso has sido
Trino de un ave que hace nido,
Salto al azul de un surtidor,
Beso de espuma de una ola,
O de rocío en la corola
De la princesa de una flor?

Mientras de gozo aquí, en el alma,
Y la amargura se me ensalma,
Todo ha cambiado de matiz. . . .
Si miro al cielo, ¡cuánta risa!
Si miro al campo, ¡se improvisa
Como el oriente de un tapiz!

Y tú me infundes, Pensamiento,
Infantilismos de contento;
Vago regreso a la niñez. . . .
Ganas de besos; de ternuras,
Y repentinas travesuras
De transparente candidez. . . .

Contigo a solas, todo es bueno;
Todo está plácido y sereno
Como un remanso de piedad.
¡Oh Pensamiento! ¡no te vayas!
¡Sé siempre ola de mis playas
En mi viviente inmensidad!

Y si es verdad que me has llegado
De alguien que lejos de mi lado
Vive soñando, como yo,
Que pueda ser de una doncella
Pará adorarla y ser con ella
¡Como ella nunca lo soñó!

El milagro de tu risa

Se desgranó tu risa en el ambiente
Con la clara dulzura de un prelude,
Y el dolor que sin éxito repudio
Abandonó mi alma de repente.
Fué cual si adentro de una selva honda
Penetraran los fuegos de una lumbre
Y un ave negra, en súbito deslumbre,
Se evadiera chirriando de la fronda.
Después de oír tu alegre carcajada,
Se quedó el alma mía ilusionada
De su clara dulzura cristalina
Como se queda un otoñal paisaje
Después que el sol le barre con su traje
La neurastenia gris de la neblina. . . .

I

En la serenidad de tus pupilas
Hay algo de las tardes aldeanas:
Unas dulzuras bondas y tranquilas
En unas vaguedades muy lejanas. . . .

No sé qué ingenuo misticismo hilas
Ni qué emoción de irrealidad devanas
Cuando, bajo las cejas, escintilas
Esas fulguraciones ultra-humanas.

Siempre que a tí, para adorarte, llego,
Con entornar los párpados, alteras
La intención amorosa de mi ruego. . . .

Que, muertas tus pupilas hechiceras,
Me induce a gracia de piedades luego
¡La asfixiada torcaz de tus ojeras!

II

Estuve junto a tí, bajo la grata
Protección del almendro enflorado
Aquella noche en que su paz de plata
La luna ungía en el azul dormido.

Yo te enseñaba el corazón, ardido,
A través vivísimo escarlata
De una frase de amor, que iba a tu oído
Con toda su violencia de insensata.

Tú, silenciosamente conmovida
Y la sensualidad de mis arrojados
En las entrañas de tu amor rendida,

Aun supiste oponer, como de hinojos,
Todas las castidades de tu vida
¡Que se volvieron súplica en tus ojos!

III

"He de ser tuya",—en el papel decía. . . .
Y fué tu mano blanca de princesa
La que sembrara esa floral promesa
En la ardiente aridez del alma mía.

¡Con qué beso larguísimo aun me besa
La ilusión que me diste en aquel día!
Si abarca a un alma una expresión, diría
¡Que el alma tuya me mandaste en ésa!

Después que con asomos de arrogancia
Pusiste en otra senda tu albedrío,
¡Quién sabe si, al pasar al lado mío,

Adviertes a través de tu inconstancia
Cómo pierde la flor, con tu desvío,
Su pompa y su color y su fragancia!

IV

Porque he notado que, al pasar, inclinas
En actitud romántica, la frente
Y me miras después furtivamente
Como si hubiera en mi semblante espinas.

Quizás, al verme, tu memoria siente
Que pasan las palabras peregrinas
De tu promesa dulce, por mi mente,
Como un rayo lunar por unas ruinas. . . .

Entonces—pobre tórtola en azoro—
Hay estremecimientos convulsivos
Bajo los arcos de tus cejas de oro. . . .

Y aun tus ojos culpables y furtivos
¡Cuánto logran de mí, que los adoro
Porque son siempre ¡siempre! sugestivos!

V

Bríndale a otro lo que no me diste. . . .
¡La gloria de tu carne rota en besos!
De tus panales cuanta miel existe,
¡Dásela en una hora de embelesos!

Si en tu palabra su placer consiste,
¡Suelta los ritmos en tus labios presos!
Y si tu seriedad le pone triste,
¡Ten, por su gusto, a la niñez regresos!

Sean d'él la delicia de tu boca,
De tu palida frente, la armonía,
Los helenismos que tu busto evoca. . . .

¡Toda tu eburnescente lozanía!
D'él . . . hasta el rizo de tu crencha loca,
Pero la lumbre de tus ojos . . . ¡mía!

Viudez Temprana

Has enviudado demasiado joven,
Y, aunque de negro tus encantos vistes,
Rabias porque los ritmos de Bethoven
Suelen sacarte de tus horas tristes.

En ser sumisa a tu dolor te empeñas
Y ni saber de distracciones quieres,
Pero entre ratos, sin quererlo, sueñas
Con los endemoniados alfileres. . . .

Se te sube la sangre a las mejillas,
Avergonzada del fugaz pecado,
Y en el reclinatorio, de rodillas,
Te pones a rezar por el finado.

Mas llega un trino del jardín, en eso,
A través de un temblor de enredadera,
Y pasa por tu frente como un beso
Que es una invitación de primavera. . . .

Y entonces la plegaria se te olvida,
Y hasta el nombre de aquel tu viejo esposo
Que se fué (¡ya era tiempo!) de la vida
Cuando estaba reumático y gotoso.

Se te olvida la férvida plegaria. . . .
Y se quedan tus labios entreabiertos
Como aspirando la efusión del aria
Que resucita tus recuerdos muertos. . . .

Y a la postre del éxtasis lejano
Vuelves en tí, de nuevo desolada,
Porque bajo los opios de un arcano
Sientes llena de auroras tu mirada.

Una crisis nerviosa te hace presa
Y un nudo de sollozos te sofoca
Mientras de tus pupilas de turquesa
Dos perlas bajan a buscar tu boca.

Te enjugas con la orilla del pañuelo
Y, después, te levantas bruscamente
Porque añoras los mimos de un consuelo
Y te arde mucho la sedosa frente. . . .

En busca de aire vas a la ventana
Y al bajarle la dócil celosía,
Un oblicuo fulgor de la mañana
Envuelve tu enlutada lozanía.

Aunque no quieres, con furtiva ojeada
Miras del limpio Azul los esplendores,
Y se te va un poquito la mirada
Por unos maceteros en que hay flores. . . .

¡Son los ojos al fin tan noveleros!
¿Quién lo puede evitar? ¡No te obedecen!
Sabes de su prosapia de luceros
Y sueñas con la altura en que florecen. . . .

¿A qué los quieres torturar con llantos
Si es temprano en tu vida todavía . . . ;
Si tu alma juvenil, rosa de encantos,
Aun no puede exhalar melancolía?

Así muy vagamente lo presumes,
Pero tú quieres ser viuda-modelo
Y cierras tu emoción a los perfumes
Que parecen de acuerdo con el cielo. . . .

Te quieres convencer de que padeces
Y dejas de improviso la ventana
A fin de comprobar tus palideces
En la paz de una luna veneciana.

Y entonces un mohín ha contraído
Tu boca, al ver en inconsciente ojeo,
Sin una sola blonda tu vestido
Y tu peinado demasiado feo. . . .

Envío

¿Cuándo podrá el alma mía
Que ahora canta su agonía
Como enantes el juglar
De esta inválida poesía,
Ver a lo lejos brillar
En una hermosa mañana,
El celeste resplandor
De su estrella, en la ventana
Del castillo de tu amor . . . ?

Lo que el hombre necesita saber

EL ARTE DE VENDER Y DE ANUNCIAR

Por el
Lic. Pedro Hernández-Hudson

Comercio

Industria

PASEANDO por la neoyorkina calle 42, una de las más transitadas del corazón de esta inmensa urbe, a muy pocos pasos del incomparable Broadway y en plena zona de todos los grandes espectáculos públicos, un nuevo y gigantesco edificio atrajo mi atención. Alzándose por encima de todos los que allí le rodean, el flamante *rascacielos* me pareció escapado del barrio de los negocios para asomarse, curiosamente, al barrio de los placeres. Junto al *Woolworth Building* le hubiera mirado como un *rascacielos* más. Junto al *Times*, la airosa torre de éste, que hasta ahora dominaba en aquellas alturas, quedó muy por debajo. La nueva gigantesca construcción tiene, 37 pisos. . . .

Aun no está inaugurada. Me acerqué, no obstante, a verla, y pronto supe que se trataba de un gigantesco mercado: el "International Exhibit Building"; esto es, una Exposición Internacional, permanente, de mercancías de todo el mundo. Los billones de dólares que, en toda clase de productos, pasan por Nueva York, ya cuentan con el mercado ideal. En su *Buyers' Club*, que ocupa tres pisos de esta monstruosa casa, se han inscrito más de doce mil mercaderes, que saben todos los secretos de las compras y de las ventas, y que dispónense a aprovechar esta novísima institución, creada por la *Bush Terminal Company* (100 Broad Street, New York), para ensanchar la esfera de sus negocios.

Este mercado, único en su género, cuenta con la más importante Biblioteca Comercial que se conoce, un gran *auditorium*, diversos salones de conferencias, oficinas de información, y, sobre todo, con un selectísimo cuerpo de expertos vendedores, cuyos servicios están a la disposición de los asociados.

La realización de este "International Exhibit Building" no es más que una de tantas consecuencias de los admirables métodos comerciales de los Estados Unidos, de los que todo ciudadano, lo mismo las mujeres que los hombres, poseen una exacta noción. El arte de vender no es aquí intuitivo, sino producto de una larga serie de sustanciosas enseñanzas. Se aprende a vender, como se aprende la ingeniería o la arquitectura. Y de tales enseñanzas prontamente se deduce que para vender son imprescindibles dos fundamentales condiciones: la del estudio de los procedimientos y la de la habilidad para anunciar.

AMBOS conocimientos se adquieren en escuelas especiales, que constantemente funcionan, y que no suelen faltar en ningún gran comercio. Y, sabido ya lo esencial, sólo se necesita saber gastar el dinero en anunciar lo que se quiere vender. La famosa casa "Pears S. C.", tiene presupuesta, para sus anuncios, la cantidad anual de \$5.000.000. Las norteamericanas "Uneeda Biscuit", "Royal Baking Powder", "Fairy Soap", "Gold Dust", "Swift Hams and Bacon", y otras muchas, invierten anualmente en anunciarse cantidades que oscilan entre \$500.000 y \$1.000.000.

Una estadística reciente, basada sobre una minuciosa investigación referente al anuncio y a la circulación de solamente 39 de las principales revistas mensuales de los Estados Unidos—entre las que *PICTORIAL REVIEW* ocupa el primer lugar—revela que la circulación llegó a 45 millones de ejemplares al mes, los cuales, por lo menos, llevaron sus anuncios a manos de mil doscientos millones de lectores; con la particularidad de que el costo no excedió de \$30.000, o sea a razón de las dos milésimas partes de un centavo por lector.

La suma pagada por los compradores de esas revistas fué de 50 millones de dólares al año, a cambio de lo cual recibieron 50.000 páginas de anuncios y 60.000 de texto. Y, en general, puede calcularse que el 90% de los ingresos de las grandes publicaciones procede de los anuncios. ¿Tendrá importancia el anunciarse?

SI PARA muestra basta un botón, como se dice en España, he aquí un pequeño ejemplo, tomado del natural, y que confirma la importancia del anuncio.

En el escaparate de una sugestiva tienda de productos comestibles, ya condimentados, uno de los dependientes colocó dos docenas de hermosos tomates rellenos de pollo, con el siguiente rótulo: "Tomates estofados. 20 centavos cada uno."

Y ni un solo tomate se vendió. Entonces, el encargado de la tienda cambió el rótulo. Y puso: "Ensalada de pollo en tomates estofados. 20

centavos," en letras artísticas y bien claras.

Antes de una hora se vendieron las dos docenas, y hubo que preparar más. . . .

Pues si esto ocurre con un tan insignificante anuncio, ¿qué cuidados no necesitarán los anuncios de verdadera importancia? Hay que estudiar su tamaño, su texto, su dibujo, sus colores. Todo ello es de suma trascendencia.

Lo principal es, sin duda alguna, sugestionar al lector del anuncio. Pero la idea sugerida no siempre es bastante por sí sola. Es menester reforzarla. ¿Cómo?: obligando al lector a que se dé cuenta de que puede perder la magnífica oportunidad que se le brinda, si deja de obrar como aconseja el anuncio. Las virtudes que posea el producto que se anuncie hay que enumerarlas punto por punto, a fin de que las objeciones latentes o activas que puedan existir en la mente del presunto comprador se vayan esfumando hasta que se disipen por completo, vencidas por el cúmulo de testimonios favorables puestos de manifiesto.

UN NOTABLE publicista norteamericano ha escrito una obra titulada: "Maneras de persuadir y convencer", en la que se analiza el proceso mental de los lectores de un anuncio, expresando, de modo tan sencillo como admirable, el modo de obtener de aquél todas las ventajas que se pudieran desear.

Generalmente, ha dicho el aludido publicista, muchas operaciones de venta no llegan a efectuarse por el tiempo que se pierde entre el momento en que el lector del anuncio donde se hace la propaganda del producto que se desea vender se siente dispuesto a comprarlo, y el momento en que ordena la entrega o el envío del mismo. En circunstancias normales, es indispensable que el comprador de una mercancía escriba una carta, la firme y la franquee, o vaya personalmente al establecimiento que la anuncia y la adquiera. Pues bien: la experiencia ha demostrado que disminuyendo el número de operaciones físicas que se requieren entre el momento en que se está convencido y resuelto a comprar y aquél en que se ordena la remisión del producto, pueden efectuarse muchísimas otras ventas. Si un labriego, por ejemplo, recibe una circular que le remite una gran casa proveedora, ofreciéndole un extraedor de crema, y ha decidido comprarlo, no es difícil que cambie de parecer si ha de verse obligado a escribir una carta explicando con detalles la clase y precio del aparato que desea. Y si se resuelve a adquirirlo por el sistema de pagos a varios plazos, teniendo, como es consiguiente, que designar personas que le garanticen antes de que el objeto le sea remitido, este último extremo puede también entorpecer o demorar la operación de venta. Pero si lee un anuncio que dice:

"Si usted es dueño de su finca y desea llenar el cupón que se acompaña, colóquelo dentro de un sobre y envíenoslo por correo, que a la mayor brevedad trataremos de remitirle el extraedor de crema numero 10, descrito en el presente anuncio."

ENTONCES el éxito coronará el anuncio, toda vez que las operaciones físicas requeridas se reducen al mínimo de sencillez, ya que el campesino no tiene más que firmar un cupón, con un simple lápiz.

La esperanza *definida* que pueda alentar el anunciante de cualquier artículo especial, constituye, no cabe duda, una perspectiva en sumo grado satisfactoria y provechosa, mucho más, naturalmente, que una promesa *indefinida* de futura acción. La experiencia en estos casos, según el mismo antes aludido publicista, ha demostrado la superioridad del primer extremo, y, en tal virtud, aconseja que se trate de provocar la ejecución del acto dentro de un período de tiempo limitado. Generalmente, se ofrece cierta gran ventaja a aquellas personas que adquieran determinados artículos dentro de un plazo fijo, y a veces ocurre que un presunto comprador sufre el castigo de tener que satisfacer una cantidad mayor por el precio de su artículo, si no se decidió a obtenerlo antes de transcurrido el tiempo señalado para su venta en las indicadas condiciones favorables.

Durante una victoriosa campaña de propaganda hecha por una importante casa comercial norteamericana, púsose a la venta una obra de gran renombre, fijándose un plazo para que, durante él, tuviera el público la oportunidad de adquirir aquélla

a un precio inferior al corriente. En multitud de periódicos se recordaba a diario que la fecha de la bonificación expiraba en determinado día, después del cual recobraría la obra su normal costo. Según se iba acercando la fecha de referencia, se llamaba más la atención acerca del particular, merced a pomposos reclamos, a fin de suscitar el interés de los remisos e inducirlos a realizar la compra de la obra, haciendo siempre, naturalmente, hincapié sobre la insólita oportunidad brindada al público. Ilustraba el anuncio un telegrama sugestivo, listo para firmarlo, cortarlo, y remitirlo a la casa anunciadora; dando a entender, así, la premura con que había que proceder si se deseaba aprovechar la oportunidad que expiraba en fecha muy próxima. De más está añadir que el éxito más lisonjero coronó dicha empresa.

Teniendo en cuenta que la naturaleza humana es esencialmente dinámica, y no estática, el comerciante debe elaborar sus propagandas de tal suerte que difícilmente encuentre oposición a sus exhortaciones, eliminando casi todos los obstáculos que se le interpongan al paso, para mejor lograr el éxito de sus gestiones, que no es otro que provocar la acción.

LA GENERALIDAD de los hombres de negocios se siente, en verdad, poco inclinada a pensar en el arte como factor virtual, cuando de las actividades mercantiles se trata, sin pensar que para el anunciante resulta el sistema sumamente práctico. Es indiscutible que la idea germinada en la imaginación del lector de un anuncio, o es contraria al objeto que la inspira o induce irresistiblemente a la acción. Ahora bien, aquella que armonice con los principios fundamentales del arte, ¿por qué ha de perjudicarla? Este es un hecho irrefutable, aunque se trate de la imaginación del más prosaico hombre de negocios. La idea placentera es percibida; la desagradable es rechazada.

Es de gran importancia la armonía en la confección de un anuncio, y no lo es menos el uso de los colores. Los oftalmólogos explican como algunos colores suelen irritar la vista en las personas sensibles, y los psicólogos aseguran que aquéllos producen un efecto análogo sobre la imaginación. Los distintos tonos de colores modifican el efecto mental de tal suerte que mientras un matiz verde, por ejemplo, resulta agradable a la vista, otro color puede ocasionar irritación. El gris es sombrío y cualquier asociación de ideas que con el mismo se forme tiende invariablemente a aumentar ese efecto. El rojo es un color vivo, resaltante, y, por lo tanto, perjudicial para la vista; se identifica con la exuberancia, la virilidad y el ardor bélico. Los matices verdes siempre se encuentran asociados, por el contrario, a la pasividad y al reposo; y ciertos tonos azules se identifican con las ideas alentadoras, con el espíritu de libertad y con la sinceridad.

Para la forma de construir un anuncio debe tenerse presente que la claridad y concisión de las sentencias contribuye siempre al mejor éxito. Y como quiera que el propósito que inspira el anuncio no es otro que el de impresionar al lector acerca del servicio que se solicita o del producto que se pone en venta, el lenguaje que se emplee debe ser sencillo y al alcance del mayor número posible de mentalidades. Pocas palabras y bien expresivas debe ser la aspiración del anunciante.

La tarea de transmitir la impresión de un anuncio al cerebro recae sobre la función ocular; mejor dicho, sobre el órgano físico de la vista. Si cuando se contempla el panorama que nos rodea desde un tren que avanza a gran velocidad, los ojos están obligados a forzar su facultad de acción para seguir la del cerebro, llegando hasta cansarse del esfuerzo que realizan, no menor cansancio suelen producir algunos anuncios. La constitución física de los ojos les permite llevar a cabo sus funciones fácilmente, dentro de ciertos límites; pero sólo a costa de gran fatiga cuando se sobrepasan los límites marcados. Los ojos, siempre alerta, deciden de una sola ojeada sobre si el tamaño del tipo de letra y la extensión de la línea, y hasta la composición general del anuncio, son favorables para facilitar y acelerar el movimiento. Si observan que la longitud de las líneas es de tal naturaleza que les permite seguirla desde el comienzo hasta el fin, realizando un esfuerzo mínimo, los ojos elegirán esta lectura con preferencia a aquélla que les obligue a girar dentro de una órbita demasiado amplia y que demande un gasto considerable de fuerza nerviosa para mantenerlos sobre una línea y pasar a la inmediata.

LA HISTORIA DE LA GUITARRA Y LOS GRANDES MAESTROS.



Dionisio Aguado
1784-1849

AUN re-suenan en nuestros oídos las acaloradas discusiones de los genios españoles de la música, sobre la necesidad de introducir la guitarra en los Conservatorios, ante el hecho cierto de haber pasado de las manos del pueblo a las de verdaderos artistas, los cuales han conseguido colocarla en lugar prominente y hacer que se la equipare, con ventaja notable en muchos casos, con los otros instrumentos musicales.

La historia de la guitarra es altamente interesante: su origen se pierde en las tinieblas de los tiempos primitivos. Los hebreos la llamaron "Manchul", diferenciándose de la actual en que tenía ocho cuerdas y un número muy limitado de trastes; la forma era la misma que conocemos. Fué con la guitarra que los persas, los árabes y los moros cantaron sus vagas poesías. A fines del siglo V la vemos entrar en la Iglesia con motivo del bautizo de Clodoveo I, el fundador de la monarquía francesa, y fué tal el grado de admiración que causó al Rey, que en un tratado de paz entre Francia y Teodorico, el Rey de los ostrogodos, se consignó una cláusula por la cual se obligaba este príncipe a mandar un buen guitarrista con un grupo de músicos italianos.

Por aquellos tiempos no tenía la guitarra más que cuatro cuerdas: Mi, Si, Sol y Re; la quinta, LA, fué añadida hace dos siglos aproximadamente; y la sexta, MI, hace solo unos cincuenta años.

De todos los primitivos instrumentos de cuerdas, la guitarra es el único que ha continuado cultivándose, sin duda alguna por su forma graciosa, por la suavidad de su timbre, y sobre todo, por la manera ingeniosa de estar afinada, haciéndola susceptible a la ejecución del contrapunto y a poder seguir el movimiento progresivo musical; mientras que los otros instrumentos, tales como la Teorba, el laud, la sistra, la vihuela, etc., defectuosos por la manera de estar afinados, no eran propios sino para sacar ciertos y determinados efectos, además de no prestarse a ninguna clase de modulaciones.

Hacia la mitad del siglo XVII obtuvo la guitarra un gran favor en la corte más brillante de Europa: el mismo Luis XIV buscaba en ella la distracción de sus ratos de ocio: su maestro, Roberto de Viseo, se expresaba así en un volumen de piezas compuestas para Su Magestad, publicado el año 1686: "... Muy honrado si, por todo fruto de mis desvelos, pudiera distraer a S.M. de los cuidados importantes que tiene constantemente ocupada su real atención para el bien y reposo de sus súbditos."

DESDE Roberto de Viseo, pocos artistas resaltaron en ese género de composiciones; así que cuando apareció Fernando Sor, cerca de dos siglos más tarde, el mundo musical experimentó una muy viva sensación: su arte sorprendió por el encanto y la novedad de sus creaciones, las cuales han quedado como modelo de ciencia y de buen gusto. En efecto; Fernando Sor compuso y legó a la guitarra sus más preciadas joyas: algunas de sus obras, la mayoría de ellas pudiera afirmarse, pueden afrontar perfectamente una escrupulosa comparación con la de los grandes clásicos Haydn y Mozart. Nació Sor en Barcelona el año 1778 y murió en París el 1839.

Pocos años después vino al mundo, en Madrid, Dionisio Aguado, cuyo maestro, el famoso Padre Basilio, fué quien añadió la sexta cuerda a la guitarra. Aguado dió un

gran impulso al mecanismo, y aunque compuso obras de notorio valor musical, su principal esfuerzo lo dedicó a las obras didácticas y en sus métodos se encuentra un estudio tan profundo de la técnica del instrumento, y dió orientaciones tan nuevas

en aquella época, que su nombre ha quedado en lugar prominente de la historia de la guitarra. Dionisio Aguado fué gran amigo de Sor, sintiendo ambos la mayor admiración mutua.

Por aquel mismo tiempo floreció mucho la afición por la guitarra en Italia y varios países de Europa, destacándose la figura de Mauro Giuliani por su brillante ejecución al par que por sus composiciones.



Miguel Llover

simpático, pudimos arrancarle una confesión íntima de su vida y de su arte, y la trascribimos aquí tomándola de sus propias cuartillas.

"Después de perfeccionar mis estudios con el gran Francisco Tárrega, di mis primeros conciertos en Barcelona, mi ciudad natal. Los éxitos que entonces obtuve me llenaron del bastante entusiasmo para seguir mi carrera artística musical, abandonando la pintura, que hasta aquella fecha había cultivado con acierto, si ha de juzgarse por las recompensas que obtuve en varias exposiciones locales. Y viajé por España, empezando por Valencia y siguiendo por las capitales de Andalucía. En Málaga me nombraron Profesor honorario y Socio Facultativo del Conservatorio. Pasé a Madrid y allí obtuve una de las mejores acogidas de entre las que el público me tiene dispensadas: toqué en el Círculo de Bellas Artes, en el Ateneo y en el Teatro de la Comedia, en este último di cinco conciertos que constituyeron la nota más saliente de la temporada, habiendo noche que faltaron localidades. Finalmente, fui invitado a tocar en el Real Palacio ante los augustos soberanos y familia real, haciendo mi presentación el celebrado maestro Tomás Bretón. De Madrid salí a recorrer las principales capitales de España y los triunfos que obtuve alentaron mi ambición para trasladarme a París, donde las más notorias personalidades del arte fueron mis amigos, entre quienes mi arte causó una verdadera revolución, logrando imponer la guitarra en las esferas más elevadas."

"Viajé luego por Francia, Bélgica y Alemania, donde mis éxitos fueron ruidosos, principalmente en Munich. A causa de la guerra me trasladé a los Estados Unidos, estando altamente satisfecho de la campaña realizada. A Nueva York debo una acogida brillante, del público y de la prensa: el diario "El Globo", por ejemplo, dijo que —los tres más grandes artistas de instrumentos de cuerda que hoy se hallan en los Estados Unidos son Kreisler, Casal y Llovet.— Pero lo que más me lleva interesado y en donde más satisfacciones experimenté fué en las sesiones íntimas dadas en mi honor en casa del ilustre pianista americano Mister Ernest Schelling, con público compuesto de Paderewski, Kreisler, Godowski, Zimbalist, Sembrich y demás eminencias europeas que se encontraban en Nueva York aquellos días. Ver a esos genios de la música entusiasmados y calificándome entre los grandes artistas existentes me satisfizo más que las mayores ovaciones de un público anónimo compuesto de miles de criaturas."

"Pero ni aun en esos momentos de orgullo se apartaban de la imaginación mi niña, mi esposa, mi padre, mis hermanos, a todos los cuales tengo en Barcelona, pareciéndome que mis triunfos no son completos sin ellos; me falta a quien comunicárselos, quien los comparta en la intimidad del hogar. ..."

Y el artista, el genio existente de la guitarra quedóse suspenso, mirando al vacío donde se esfumaban las imágenes de sus seres más queridos.

Días después embarcaba para Barcelona, ofreciéndonos no tardar en estrecharnos la mano. Así sea.

Francisco Tárrega

Fernando Sor
1779-1839

Pero nunca llegó a la altura de los eminentes maestros españoles.

Siguió un período que pudiera llamarse de transición, comprendido en la segunda mitad del siglo pasado, durante el cual se rindió en España más culto a la guitarra que en ningún otro país, alcanzando gloriosos triunfos el andaluz Julián Arcas, muchas de cuyas obras merecen mención especial por la abundancia de ideas que encierran.

Una generación más tarde nació Francisco Tárrega en Villa Real, provincia de Castellón de la Plana, el veintinueve de noviembre de 1854, destinado a decir la última palabra del arte que nos ocupa: él fué quien perfeccionó la técnica al grado sumo, o mejor dicho, quien creó una nueva técnica, una nueva escuela, una nueva manera de interpretar la música en la guitarra, llevando a ésta a la cima más alta de la emoción estética.

De Tárrega para acá se nota un acentuado movimiento en favor de la guitarra, pues dejó discípulos que propagan la estética del maestro, a la cabeza de los cuales se halla Miguel Llover.

Este joven maestro no cuenta aun los cuarenta años de edad y ya está confirmado por la crítica como el genio existente de la guitarra: a su natural franco, ingenuo,





Angeles Zabala, Utrera, Sevilla, España

A romper la primera lanza que ésta, mi más querida, revista puso ante los cerebros femeninos de nuestra imponderable raza hispana, he de comenzar rindiendo culto a la juventud talentosa que, teniendo abiertas las puertas de los salones más suntuosos del mundo elegante moderno, vuelve la espalda a las fruslerías y frivolidades de la vida insustancial para acometer y conseguir brillantes éxitos en el estudio y la práctica de una empresa nobilísima.

La señorita Elena Calderón, hija del ministro de Bolivia en los Estados Unidos, decano éste del cuerpo diplomático de los países americanos en Washington, ha sido admitida, después de riguroso examen, en el servicio de la Cruz Roja. Su edad, su belleza, sus atractivos, su vastísima cultura, y la envidiable posición social que ocupa en la capital de la república más poderosa del mundo, son circunstancias muy de tener en cuenta para juzgar con desapasionamiento la capacidad intelectual de esa hija típica de la raza, que sabe sobreponerse a toda superflua vanidad y conquistarse una fisonomía propia, arrancada sin esfuerzo al fructífero árbol femenino "La acción poderosa de la mujer moderna", cuyas raíces se extienden más y más al paso de los días.

Sirva de ejemplo fecundo este hermoso rasgo intelectual de la señorita Elena Calderón a las tímidas y temerosas que aun sufren los prejuicios de las pasadas edades y esconden sus méritos tras las cortinas de la modestia anticuada o del popularizado *qué dirán*, con mengua y perjuicio de sí mismas, de sus familias, de sus pueblos, de sus patrias, de la mujer en general. Y salgan a luz valientemente, intrépidamente a decir al mundo que la mujer es una fuerza viva, una fuerza productiva aprovechable, necesaria en todas las comunidades para el buen equilibrio de la balanza social.

Hasta fecha muy reciente se ha venido creyendo, con marcada injusticia y con incomprensible ignorancia o maldad, que la mujer no contaba con el cerebro bastante para gobernar y dirigir los destinos de sus hijos, dándose como casos excepcionales las lumbreras que la historia registra con nombres femeninos. Muchos esfuerzos y no pocas discusiones ha costado el abrir los institutos y las universidades al elemento femenino, sirviendo como reguero de pólvora seca al que se aplica la mecha de la oportunidad: a ello se debe el que la mujer haya escalado las gradas de los congresos universales y nacionales, tanto científicos como gubernamentales, educativos, artísticos. Pero se sentó en ellos y demostró que sobre sus hombros pesan tantas o más responsabilidades que sobre el sexo contrario, estando dispuesta a afrontarlas con las facultades que indisputablemente puso Dios en ella para ese objeto.

CORROBORANDO con esto y antes de entrar en el fondo de la idea que hoy me anima, quiero traer a colación una carta íntima, remitida desde Barranquilla, Colombia, por doña Virginia C. de Orven, entre cuyos intachables párrafos se lee:

"¿Cómo podrá una madre educar a sus hijos en los más sanos principios si ella no recibió educación apropiada? ¿Cómo podrá la mujer resistir los embates de la suerte si no cuenta con una sólida instrucción? Hay que rendirse a la evidencia; el fin altísimo de la mujer necesita los medios educativos que le asegure su estabilidad. Por mí sé decir que los artículos de PICTORIAL REVIEW, con su espíritu educativo, han hecho nacer en mi alma una nueva vida, indicándome la marcha que debo seguir. Todos mis sueños de ventura, todas mis ilusiones de la juventud estaban tronchadas por la inexorable mano del destino cruel; pero llegó a mí la PICTORIAL y fué como una amiga sincera que, compasiva con mi dolor, sacudió la atrofía de mi alma, me impuso el deber de vivir y consagrar mi vida y mi juventud al cuidado y educación de mi hijo."

Madres como ésta se necesitan a millares en todos los



Señora Elena Calderón, hija del Ministro de Bolivia en Washington

Los Cerebros Femeninos de la Raza Hispana

Grupo de las nuevas colaboradoras que han de ofrecer las primicias de su talento

Primer artículo de
Isabel Romero (Española)
sobre los problemas de la mujer en el hogar

pueblos y en todas las naciones; mujeres que estén capacitadas para resolver los problemas que directamente las conciernen e indirectamente las interesan por y para sus hijos, que son los hijos de Dios, la humanidad. Madres y mujeres, también, que, como las nuevas colaboradoras de esta revista, entre las cuales me honro figurar,—cuyos retratos ilustran estas páginas,—pongan de manifiesto ante la faz del mundo, la extensión y capacidad del cerebro femenino para recoger experiencias propias y ajenas y expresarlas con la claridad y firmeza anexas a las convicciones, a la verdad, a la conveniencia, a lo que debe ser y será con la cooperación entusiasta del elemento culto femenino. Podrá tachársenos de incorrecciones de dicción, de falta de habilidad literaria, de experiencias artísticas, de todo aquello que distingue al profesional del aficionado; pero considérese que no aspiramos a escalar las cumbres del Parnaso ni a obscurecer a los genios del buen decir; nuestra misión es otra, tan alta y tan importante, si cabe decirlo, con su trazo marcado en el cielo, de donde recibe inspiración desde el trono de María, y con sus rasgos abarcando el amor maternal de toda mujer que, no hay duda alguna, nos comprende y nos alienta.

Concretándose ahora, en cuanto a España se refiere, a esos problemas de la mujer en el hogar, puedo decir que de entre todas las cuestiones a resolver, de cuantos ideales están por realizar, ningún otro ofrece tan vital interés, aunque ningún otro se ha descuidado tanto hasta el presente, sobre todo en esta tierra, soñadora e indolente por naturaleza, en la que perdura el enervante perfume oriental que, como hálito ponzoñoso, nos legaron sus antiguos califas con los maravillosos encajes de sus encantados palacios, el ocuparse de la mujer de otro modo que como un *objeto* de placer o de capricho y, cuando más, como una *cosa* bella que puede servir de pretexto para inspirar un canto o una estrofa.

Sólo algunos, muy pocos, espíritus elevados han tenido la visión del verdadero puesto que le corresponde, de la



Cristina Santa María, Badajoz, España

seriedad con que merece ser considerada, mientras que la inmensa mayoría apenas si ha parado mientes en ello, permaneciendo en esto, como en todo, abrumada por la pesada impedimenta de la costumbre inconciente que tan fatalmente gravita sobre el vulgo.

Mas de algún tiempo a esta parte, puede observarse, como síntoma favorable al porvenir de la mujer, un gran empeño en discutir sus derechos, sus deberes, sus aptitudes. Algunos de sus generosos campeones han emprendido brillantísima campaña contra sus sistemáticos detractores, tenazmente aferrados a sus mezquinas ideas ancestrales; empezando a notarse, en lo que a este asunto se refiere, más levantados puntos de vista, algo así como un anhelo de regeneración.

Y es que la Humanidad, tal cual hoy está organizada la vida, ya no se basta a sí misma; es que el refinamiento de la sociedad actual, siempre en *crescendo* por ley indefectible de progreso, no encuentra medio de satisfacerse con los recursos conocidos y explotados, y busca en su derredor, algún otro elemento que le permita seguir avanzando, con esa sed infinita de perfeccionamiento que Dios puso en nuestros corazones, quizá para que eternamente caminemos hacia El, aunque a veces, lastimosamente, nos extraviemos.

Por eso tal vez, los pueblos actuales, unos más pronto, otros más tarde, según el grado de su cultura, dan muestras de efervescencia, de movimiento feminista y antifeminista; y por eso los hombres, que hasta aquí, envanecidos por su mayor fuerza corporal, se han creído suficientes para atender a la necesidad común, rendidos por la lucha, agotados por el esfuerzo, van reparando en que ese elemento, ese auxiliar que necesitan lo tenían junto a sí y no lo habían visto, era carne de su carne y no lo habían sentido, alma de su alma y lo habían despreciado: era, en fin, la mujer, a quien por tan largos años se ha tenido por un ser débil, insignificante, casi inútil para otra cosa que no fuera la conservación de la

especie; y que, por el contrario, no hay más remedio que reconocer, que es, como su compañero, una criatura inteligente, apta, *aprovechable* que no hay ninguna razón para tener alejada, al menos intelectualmente, del rudo combate que exige la vida, de la recompensa que puede ofrecer la victoria.

PERO una vez comprendido este error, precisa no limitarse a deplorarlo, a perder el tiempo en inútiles lamentaciones. Hallado el *filón* aun queda laborar para extraer la riqueza que guarda, separar la escoria del preciado metal, o lo que es lo mismo; quitar el *moho* que entorpece la inteligencia de la mujer; desentumirla del marasmo secular en que se la ha tenido sumida, para que pueda aportar todo el fruto que de sus cualidades, bien cultivadas, hay derecho a esperar.

Siendo este un fin social universal, pudiéramos decir, para más evidenciar su importancia, es deber ineludible que todos y cada uno, pongamos a su servicio nuestro esfuerzo, grande o pequeño: lo que explica que sin pararme a medir mi escasa resistencia, mis pobres aptitudes, yo, una de tantas, cuyos medios de ilustración no han excedido a los de los de la generalidad, me atreva a dirigirme a los cultísimos lectores de esta mundial Revista, alentada por el levantado espíritu que la informa, proponiéndome desarrollar varios temas que no han de tener otro objeto que hacer resaltar la alta misión de la mujer, tanto con el deseo de que si ésta se fija en ellos vaya meditando en la obra que le pedimos, cuanto con el que no se le olvide que es urgente prepararla para que esta obra sea todo lo que debe ser.

Y como el hogar es su campo de lucha, el puesto de honor en donde principalmente ha de desenvolverse, empecemos indicando los problemas más importantes que en él se le ofrecen, aunque, ante todo, para mejor percibir su trascendencia queremos discurrir un poco acerca de lo que es el hogar, de lo que representa esta palabra, pues, frecuentemente ocurre con éstas que cuando llegan a hacerse muy



LA ULTIMA CREACION
DE
GAL

FLORES D TALAVERA

JABON LOCION
POLVOS Y EXTRACIO

MADRID.

PÁGINAS ARISTOCRÁTICAS

POR ENRIQUE CASAL (LEÓN-BOYD)

La vida aristocrática no está aún en su período de animación brillante. No han comenzado los bailes, los banquetes, las recepciones, los *bridges*: hasta ahora no hay más que pequeñas reuniones, elegantes tes, y, eso sí, unos días de abono en los tea-



Srta. Joaquina Topete y Hernández.

tros, que parecen llevarse la palma de la animación madrileña. Este año—aristocráticamente considerado—va a ser un año de teatros. El Real nos presenta una temporada brillante; Lara, unos viernes elegantísimos; la Princesa, sus consabidos miércoles de gala; Eslava, unos lunes benéficos... En fin, que la sociedad aristocrática se verá en los coliseos madrileños más que en los salones de los palacios de la corte. Claro es, que el Ritz y el Palace son los grandes hoteles de siempre, y, claro es, que la gente «bien» acude a ellos encantada. Hay que oír a Boldi. Hay que oír a Berki. Y mientras Boldi y Berki tocan, arrancando al violín sus mágicos acordes, la juventud, que es incansable, no cesa de bailar. ¡Dichosa edad!

Pero la moda—hasta hoy—está en los teatros. Cada palco será este año algo así como un *petit salón* delicioso y encantador.

Mucho contribuye también a este «cierre» de los salones los cambios diplomáticos ordenados por los Gobiernos. La vida diplomática y la de sociedad se unen y se compenetrán de tal modo, que las dos forman una. Y los cambios diplomáticos acaecidos han hecho poner un mohín de sentimiento en la sociedad de Madrid.

Se han ido de España los embajadores de Italia, condes de Bonin-Longare; los de Francia, M. y Mme. Geoffray; los ministros de Bélgica, barones Grennier y los Encargados de Negocios del Japón, M. y Mme. Horigoutchi, ella una dama belga muy amable y muy guapa.

Cuánto cambio, ¿verdad, lectora? Y eso que no «se nos han llevado», como al principio se dijo, a los Ministros de Holanda, M. y Mme. Van Royen, tan queridos de todos los que frecuentan sociedad.

La marcha de todos los diplomáticos citados ha sido en sociedad muy sentida. Tenía que serlo. En primer lugar, que ya llevaban entre nosotros algunos años; luego, que el trato de tantos meses engendra siempre un afecto.

Y como todos ellos fueron muy amables y muy simpáticos, y en sus respectivas residencias se celebraron brillantes fiestas... el recuerdo que dejan en Madrid es mucho más vivo. ¿Cómo vamos a olvidar las fiestas de la Embajada de Francia? Allí escuchamos a Risler, el gran pianista, el extraordinario artista; allí escuchamos a Mme. Buffet, la original cancionista, que recorrió los frentes de batalla entonando canciones patrióticas que hacían renacer en el soldado su más ardiente patriotismo; allí se celebró una noche una fiesta—honrada con la presencia de la familia Real—para la que, por deseo de Mme. Geoffray, vinieron de París artistas de la Ópera Cómica y estrenaron aquella revista *Paris-Madrid*, que tanto encantó a la concurrencia.

¿Cómo olvidar las fiestas de la Embajada de Italia? Allí se celebraron elegantísimos banquetes, bellos conciertos, bailes brillantes; allí, el gran Battistini nos dió su «adiós» una tarde de primavera después de su actuación admirable en el regio coliseo; y merced a la simpatía de los Condes de Bonin-Longare y al espíritu de confraternidad que reinaba en sus fiestas, se rompió una noche la tradición aquella de que los Reyes de España no traspasaban los umbrales de la Representación

del Rey de Italia. Un gran banquete, un gran *apres-diner*, todo encendido, todo adornado, y descendieron los embajadores por la señorial escalera del antiguo Palacio de Abrantes, y de sus coches descendieron a su vez los Reyes, que fueron recibidos magestuosamente a los acordes de la Marcha Real. Se había roto la tradición.

Y no hemos de olvidar tampoco las reuniones, los conciertos—¡Oh, arte admirable y delicado de *made-moiselle Horigoutchi!*—los banquetes, algunos a estilo del país, de la Legación japonesa, a los que acudieron ilustres personalidades de la política y de la aristocracia... Todos han abandonado ya España.

—Pero con un imborrable recuerdo.
—¿De verdad?
—No se puede olvidar fácilmente a un país tan hidalgo.

Así decía el Embajador de Italia; así lo repitió el de Francia; así lo dijeron todos cuando al partir el tren se apretaron las manos en un saludo de afectuosa despedida.

Ahora vendrán los nuevos diplomáticos y empezarán su nueva vida. Esperemos.

Como aún no han comenzado las tardes de *sport*, como no sean las del Hipódromo, que se ven, ciertamente brillantísimas, porque la afición a las carreras va en *crescendo*, como dicen los músicos de los *tiempos* de las partituras, nos detendremos en la nota amorosa, que siempre es una nota feliz en la vida y en las crónicas de la vida. La señorita de Bascaran ha contraído matrimonio con D. Manuel Cañedo y González Longoria, hijo del Conde de Agüera. ¿Conocéis a Blanquita Bascaran, hija del General de este apellido y tantos años Jefe del Cuarto Militar de S. M.? Es una belleza. Su pelo es rubio, su rostro de nacar, sus ojos como el cielo. El día de la boda estaba encantadora; su *toilette*

era de raso blanco con encajes de plata; sobre sus cabellos rizados lucía una guirnalda de azahar; por joyas un collar de perlas, regalo del novio, y unos pendientes de perlas y brillantes, regalo del Conde de Agüera. Los Reyes apadrinaron el enlace.



Srta. Blanca de Bascaran y Reyna.

Otra boda ha sido la de la señora D.^a Sarah Escalante con D. Antonio Maura y Gamazo, hijo del expresidente del Consejo. Sarah Escalante es otra belleza. Jo ven, gentil, con esa dulzura deliciosa de las argentinas. Porque esta dama es argentina; vino a Madrid, conquistóse pronto muchas simpatías y... más tarde el Obispo de Sión bendijo, ante el altar mayor de los Jerónimos, su enlace con el Sr. Maura y Gamazo.

Nosotros la vimos ante el altar cubierto de flores. Vestía un elegante traje corto color azul celeste, bordado en plata. En la cabeza llevaba una graciosa toca color *beige*, que recogía cuidadosamente su peinado; sobre sus hombros dejaba caer airoosamente un cuello de piel; orlaba su garganta con hermoso collar de perlas, y recortando el escote del vestido fulguraba un hilo de brillantes.

La señorita María Teresa Milans del Bosch, hija del teniente general de este apellido, también ha contraído matrimonio con D. José Martínez Varela, sobrino del expresidente del Consejo Sr. Dato; la señorita Joaquina Topete, nieta del difunto almirante de la Armada, con D. Manuel Cortezo y Collantes, hijo del exministro é ilustre presidente de la Real Academia de Medicina, D. Carlos María. La novia estaba lindísima con sus galas nupciales. Como que al salir de la capilla del Asilo del Sagrado Corazón, donde se celebró la boda, le dijeron los pobres reunidos en la puerta:

—¡Cualquiera le ofrece a usted flores, señorita! Las tiene usted todas.

Se han celebrado asimismo los enlaces de la señorita María Luisa Belaunde, hija del exsubsecretario de Gobernación, con D. Vicente Lantero; de la señorita María Conradi, con D. Vicente Santa María y Rojas, hijo del exministro y exprofesor de S. M., Sr. Santamaría de Paredes; de la señorita Amalia Bermúdez y Cárdenas, con D. Manuel Gómez de la Lama, y en Sevilla, el de la señorita Amparo Osborne, con el duque de San Fernando de Quiroga.

Sean todos muy felices.

Y, por hoy, basta ya. Hagamos aquí punto. Los teatros nos han ofrecido algunas novedades. *Esperanza nuestra*, de Martínez Sierra, en Eslava, parece ser que no ha satisfecho a la concurrencia. Los Quintero, en el Infanta Isabel, han triunfado en toda la línea. *Así se escribe la historia* es una encantadora comedia, que bordan, además, los artistas del elegante coliseo...

Los condes de los Corbos se han instalado en su nuevo piso de la calle de Jorge Juan.

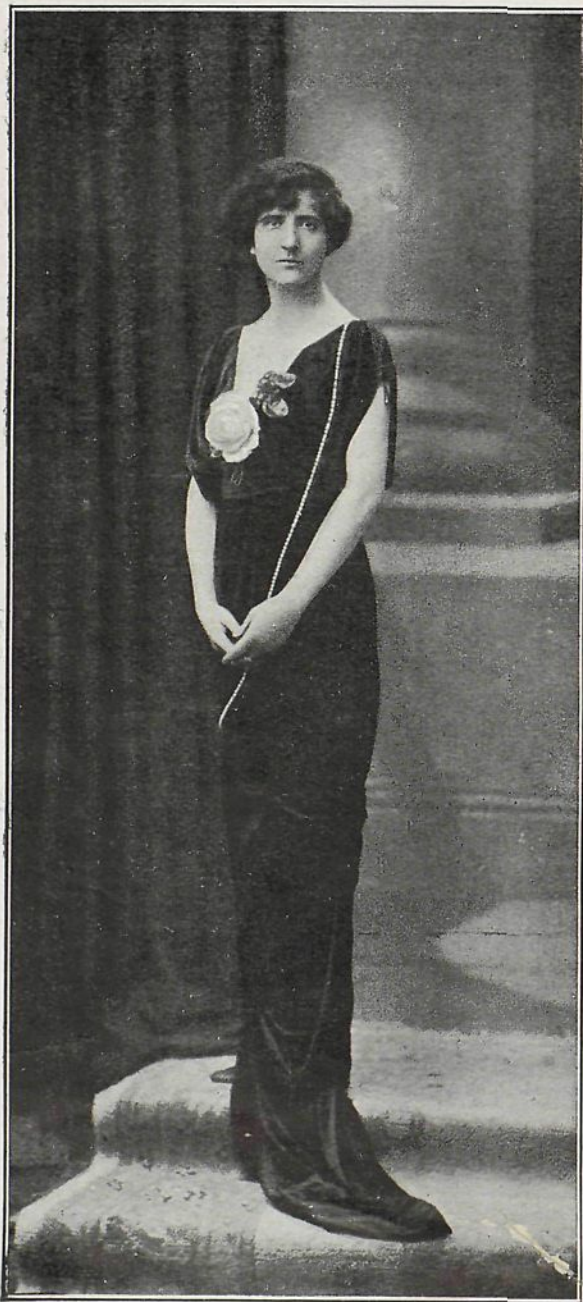
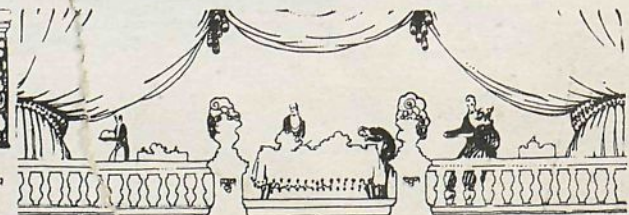
Y los marqueses de Camarasa, en su nuevo cuarto de la calle de Fernando el Santo, porque un terrible incendio les destruyó su hotel de la calle de Zurbarán.

Pero no hablemos de cosas tristes.

Nosotros, que somos optimistas, no queremos pensar en incendios, en desolaciones, en desastres. La vida los mandará... si ha de ser así, entonces los recibiremos.

Por lo demás, no pe... trágicas, sino en algo risueño, alegre, que sea como una sonrisa de nuestro vivir...

Por ejemplo, en una mujer.

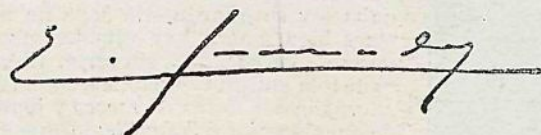

Condesa de Bonin-Longare.
Hasta ahora Embajadora de Italia en España.


El maestro Enrique Granados

y el Duo = Art "Pianola" = Piano

El Duo = Art "Pianola" = Piano, es sencillamente admirable, es mi misma manera de tocar; son tan reales, tan exactos los matices, que confieso ingenuamente que ni mis propios discípulos podrían notar una diferencia.

El Duo = Art "Pianola" = Piano, es tan sorprendente y tan distinto de cuanto hasta ahora se había conocido, que, para mí, está llamado á revolucionar el mundo artístico musical. ¡Parece un sueño convertido en realidad!




Enrique Granados.

El Duo = Art "Pianola" = Piano, reproduce con una fidelidad absoluta la interpretación de grandes artistas que han tocado previamente para este instrumento.

Además de rollos especiales, pueden tocarse rollos corrientes de 88 notas, matizando uno mismo, según su propio gusto musical, sin necesidad de accionar pedales.

Granados, Saint-Saëns, Paderewski, Teresa Carreño, Paquita Madriguera, y muchos otros artistas, han impresionado rollos notabilísimos que harán inmortal su interpretación.

DUO-ART "PIANOLA"-PIANO STEINWAY & SONS, WEBER, STECK, STROUD

Exposición y audiciones en los salones de

THE ÆOLIAN C.^o

(S. A. G.)

Avenida del Conde de Peñalver, 24. = Madrid

Pedid catálogo
ilustrado D = A

EN BARCELONA:
P. IZABAL
PASO DE GRACIA, 35

La palabra "Pianola", constituye una marca legalmente registrada y de la exclusiva propiedad de The Æolian C.^o

AVISO

Si desea Vd. suscribirse á PICTORIAL REVIEW por todo el año próximo, hágalo ahora y se ahorrará

TRES PESETAS en el importe de la suscripción y además recibirá gratis el número del corriente mes de Diciembre.

Precio especial para estas suscripciones:

12 pesetas en toda España
(menos de una peseta al mes)

Desde primero de Enero, debido á las circunstancias actuales, su precio se elevará á 15 pesetas al año y 1,50 pesetas el número suelto.

S. A. SMART

ALCALÁ, 48. — MADRID

APARTADO 684

TÉLEFONO 5172

ORDEN DE SUSCRIPCIÓN

S. A. SMART. — ALCALÁ, 48

MADRID

APARTADO 684

TÉLEFONO 5172

D.
de
desea suscribirse á PICTORIAL REVIEW durante el año 1918 y recibir gratis el número del presente mes, á cuyo fin les envío por pesetas 12.

Ayuntamiento de Madrid

Todo el mundo puede hacer en su casa un café exquisito si emplea el

**Café
de S. Paulo**
(Brasil)

que se expende en la

Gran Vía, 22

Allí se enseña el procedimiento brasileño para prepararlo, que es el mejor y más económico.

Antes de comprarlo se puede probar. Taza 20 céntimos.

Café en grano ó molido, desde 4,50 á 6 pesetas kilo.

Pureza garantizada.
Cueste diario.

Télefono 4.648

Se sirve á domicilio.

DENTICINA
TOLEDO 72-MADRID



LABIAGA

Frotando las encías con este preparado brotan los dientes con facilidad y desaparece la diarrea infantil. **Pedidlo en farmacias.** Sobre, una peseta. Igual precio por correo.

EL DECORADO EN EL HOGAR

PICTORIAL REVIEW es, ante todo y sobre todo, una revista para el hogar. Esto, que nosotros repetimos con mucho gusto, porque el hogar es el reino de las damas, y esta publicación, nació y vive para la mujer, no hay que olvidarlo. Por eso, todo lo que tiene relación con el hogar, es para nosotros importante, y por eso queremos dedicarle a estas páginas, todo el interés que nos inspiran.

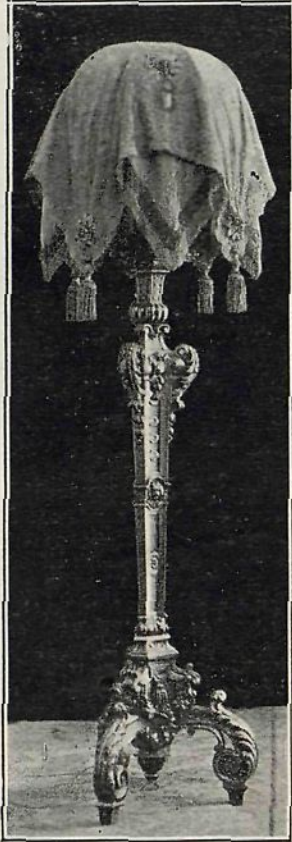
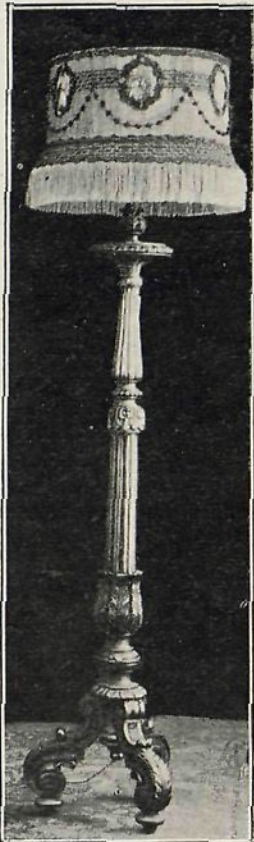
Para nosotros, el hogar es una especie de santuario. En él se concentran los cariños más puros, los afectos más grandes, los secretos más íntimos. Es, algo así, como nuestra alma exterior, como un alma que se asomase al mundo siguiendo sus modas y sus costumbres. Por el hogar en que vivimos, se nos juzga muchas veces. Es gran parte—y principalísima—del exterior de nuestra vida. No hay más remedio que cuidarle con esmero, haciéndole objeto de nuestras mayores simpatías. Es nuestro Reino, nuestro Imperio, nuestro pequeño Estado, nuestra pequeña Nación. Y si de un país se reniega cuando sus Gobiernos son malos, un hogar no atrae—y el hogar debe atraer siempre—cuando no está ordenado, ni cuidado, ni limpio; cuando su adorno no nos es agradable y no está a tono con la moda de la época y la mano de la mujer, Reina o Emperatriz del hogar, no resplandece en los detalles.

Nada tan bello, nada que incite tanto al dulce reposo, á la charla amena, al no quererse mover de allí, como un hogar que se le ve alegre, feliz, elegantemente adornado, aunque sea dentro de una gran sencillez, y presidido por la figura de la señora de la casa, que siempre mueve á respeto y á consideración; nada tan encantador como el hogar, nuestro hogar, en el que sin vanidades y sin mentiras, damos rienda suelta á nuestro corazón y suspiramos con verdad.

Por eso, hay que cuidarle; por eso, hay que atenderle; por eso, hay que no abandonarle; por eso, PICTORIAL REVIEW, que vive para el hogar, puesto que para el hogar nació, consagra á él estas páginas en las que iremos detallando cuanto con el adorno del hogar se relacione. Empezamos hoy, seguiremos en otros números, y en otros, y en otros más; detallaremos todo cuidadosamente y siempre serán para el hogar los desvelos de nuestra pluma.

—Amo el hogar.
Aprendí á amarle por consejo de mi madre, una señora enjuta, delgadita, muy nerviosa, muy atildada, que jamás salió—ni sale, ¡me vive aún!—de su habitación sin haberse hecho su *toilette*. Mi madre, muy femenina, como entiendo yo que debe ser la mujer—por

moso pañuelo de seda violeta, con entredoses de metal y cubierto todo él por un rico encaje metálico de una exquisita elegancia. De los extremos colgaban unas borlas de oro. Una preciosidad. Antes se hacían estas pantallas de seda estampada, pero ahora no; ahora los adornos son de metal, y los pies recuerdan todos los



estilos de las épocas de Luis XIV y Luis XVI, por ser los más decorativos, hasta el punto de que, un saloncito «puesto» Luis XV, los *torcheres* (columnas á las que nos referimos) serán Luis XIV, si se sigue el ambiente de la moda moderna. Los demás estilos casi puede decirse que desaparecieron, de no ser el estilo español, que vive, revive y perdura, á Dios gracias. Estos pies de luz á que aludimos son de una gran elegancia y dan la sensación de que la casa donde están es una casa «bien».

El hogar no debe desatenderse nunca. Hay quien tiene coche porque el coche «se ve», y desampara su hogar porque no lo ve todo el mundo. ¡Grave error! El coche debe ser una consecuencia del hogar. Es decir, que hay que suponer y debe suponerse lógicamente, que el que llega á tener coche es porque antes se ha cuidado de su hogar. Nosotros—¡bien lo sentimos!—no somos maestros en nada. De modo que escribimos por lo que hemos visto en nuestras visitas á las casas que tienen ambiente de elegancia. Muchas veces hemos oído decir:—Yo pondría mi casa de otro modo; yo cambiaría esto ó aquello por otras cosas más modernas; pero ¿dónde encontrarlas? Todo lo iremos diciendo poco á poco.

Conforme hemos dicho lo de los «pies de luz» de tan buen gusto, diremos ahora lo de los «plafones de luz». Sabe, pues, lectora, que en una casa moderna y coquetona un plafón de luz en lugar de la consabida lámpara de comedor es una nota artística y delicada que revela el buen gusto de la señora que la gobierna. Nada de aquellas lámparas de bronce y cientos de bujías; ahora un plafón de luz en el comedor ó en el gabinete es un encanto.

Brevemente te diremos que estos plafones constan de tres sedas de distintos colores combinados, que producen un tornasol suave y agradable; la última de las sedas, la que cubra las otras dos, deberá ser del color de la habitación para «entonar»; por dentro, por ejemplo, de un crema claro; por fuera, de un verde suave que nos dé una luz tenue y agradable; hay, pues, que buscar los tres colores para estudiar el resultado de la luz, porque de una seda sola sería fuerte, y de tres se descomponen en agradable iluminación.

Estos plafones, los de comedor, por ejemplo, constan de un gran fleco de seda que circunda un aro de madera dorado; bordeando este aro hoy adornos de frutas en seda también. Los de gabinete y alcoba son los

¿Dónde hallar estos plafones que tanto nos han agradado y que tan de moda están hoy?

Otra de las notas que queremos recoger en esta página es la de los almohadones de moda. Los hay preciosos. Y para que veáis si están en moda, no hay sino recordar esos escaparates que vemos, que, según frase corriente, «se vienen abajo» de los que tienen expuestos. Imperan, pues, los almohadones; pero detengámonos en los de salón. Los hay lindísimos; todos de seda con grabados, reproduciendo cuadros antiguos, tisú antiguo también y grandes volantes de finísimo encaje. Hay el almohadón «capricho»—podemos llamarle así—todo de terciopelo, con una gran flor de seda en el centro; de terciopelo negro con amapola de seda, resulta elegantísimo y lo mismo de terciopelo fresa con la flor en seda negra. Los colores deben buscarse en combinación agradable con el tono de la habitación.

¿Hemos de olvidarnos de los *sachets*? No. El *sachet* es «un pequeño saquito», según la más apropiada traducción francesa. En esos *sachets* que tantas veces hemos visto á los pies de las camas elegantes, se guardaba—y se guarda—la ropa de noche. Pues bien; ahora hay almohadones que imitan á los *sachets*... sin serlo. El centro es de tela antigua—un damasco, un tisú—adornada con flores de *rococo* y bordeada de encaje *point á l'aiguille*; lo que figura la cartera del *sachet* es de terciopelo y piel de *renard*, y el relleno ha de ser de pluma.

Cuando yo le he explicado todo esto á mi madre, que, ya, por su edad, aunque no por sus achaques, sale poco de casa, mi buena viejecita me ha dicho:

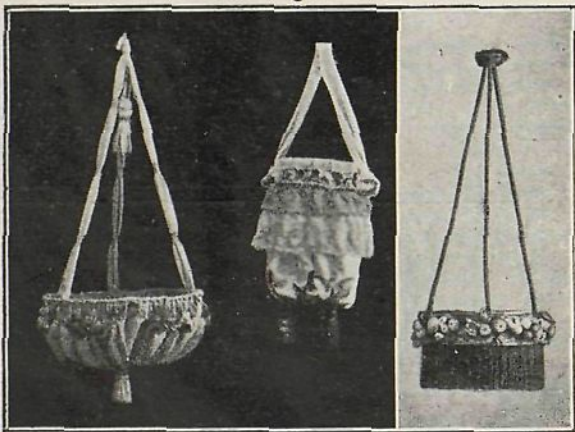
—¡Cómo cambian los tiempos! Yo he de ver todas esas cosas que me cuentas y que tanto me encantaron siempre.

Y yo, entonces, una vez entrenados en esta charla, he derivado mi conversación hacia las bolsas de labor.

—¿Pero también en eso hay modas?—me ha dicho. —También, también.

Y como á ella le encantó siempre sentarse junto al balcón en su pequeña butaquita y coser y bordar y hacer camisitas para los pobres—que no todo había de ser para los de casa—ha escuchado con interés lo que yo le he dicho: que las bolsas de labor más en moda son de raso *liberty* con rosas del mismo raso, con encajes de metal, con pequeñas guirnaldis de diminutas rosas y finos encajes de Bruselas. Esto es lo más *chic*.

En números sucesivos iremos hablando de otros detalles en el adorno del hogar, que tienen indudable in-



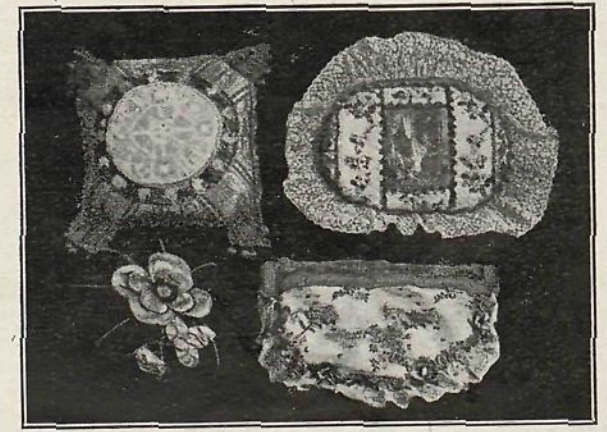
lo menos, la mujer española—se fijó siempre en todas las casas que visitó, en las pantallas de luz, en los almohadones, en las bolsitas de labor. ¡Ya ven ustedes qué rareza! Pues bien; cuando yo he tomado la pluma para escribir estas cuartillas sobre la decoración interior de los hogares, me he acordado de mi madre—como me acuerdo siempre—y de aquella afición que tiene todavía, á pesar de sus años, á las pantallas, á los almohadones, á las bolsitas de labor. Por eso voy á hablar de estas cosas, que tanto embellecen y adornan los hogares modernos.

Es moda muy en boga, es el *dernier cri* de la moda, para decirlo en francés, aunque no debiéramos, tener en todo hogar las pantallas de luz eléctrica colocadas sobre alto pie, que antiguamente era de bronce, y ahora es de madera tallada con elegancia y sencillez. Se desterró el bronce; era pesadísimo; costaba, además, un dineral; vino, pues, la madera á sustituirle con ventaja.

¿No habéis recibido una sensación de agrado cuando habéis entrado en un saloncito ó en un pequeño gabinete y veis cómo en uno de los ángulos se alza gentil un alto pie de un color de oro apagado que remata en una gran pantalla de seda que oculta la luz eléctrica, suavizándola y esparciéndola como calladamente por la habitación? Nosotros vimos una vez una de estas pantallas que era un primor. Acaso alguna de las fotografías que acompañan á estas líneas nos la recuerde. Era una pantalla de cuatro picos, algo así como un her-



de las tres sedas ó gasas, conviniendo advertir que esta iluminación es propia de habitaciones de señora, por ser un adorno femenino de delicada elegancia. Los plafones de alcoba ó gabinete, que forman caprichosos bullones, llevan circundando la armadura de madera unas guirnaldis de rosas.



terés en la vida íntima; por hoy, basta con lo apuntado. Pero queremos que estas páginas sean interesantes, familiares, instructivas, al mismo tiempo que amenas y que nos narren los últimos imperios de la moda dentro de nuestras casas.

La de hoy os ha detallado solamente lo que habéis leído. Todo ello es curioso... ya leeréis nuestras líneas.

Para mayor y mejor idea de lo que llevo dicho, para que te llegue mejor, lectora amiga, van unas cuantas fotografías de pies de luz, de plafones, de almohadones y de bolsas de labor. Nosotros las hemos visto, las hemos admirado; confirmamos que son todos bellos adornos de un hogar, y lo exponemos en estas páginas con entera

sinceridad. Y como somos españoles de los buenos, y como nos encanta divulgar todo aquello que puede proporcionar beneficios, y como es justo indicar á las señoras dónde puede encontrarse lo que ellas desean, y cómo no deben regatearse las felicitaciones á aquellos que las merecen, desde aquí consignamos que cuanto hemos detallado como visto por nosotros en algunas casas elegantes, es confección de la casa R. Rodríguez Hermanos,

trabajadores infatigables que por su constancia, su laboriosidad y su arte y buen gusto, ocupan hoy—como puede ver el público en sus almacenes de la calle del Clavel—lugar preeminente entre los industriales de su clase.

OFELIA.

vulgares, muy repetidas, las pronunciamos maquinalmente, sin desentrañar su sentido, como no miramos las más bellas cosas que encontramos al paso si no logran sorprendernos con su variedad.

Así es muy posible, que si la Naturaleza nos parece siempre hermosa, siempre admirable, si constantemente nos apasiona, tal vez sea, aparte su majestad incomparable, porque ayer nos mostraba los campos cubiertos de nieve, hoy cubiertos de flores, mañana calcinados por el sol, porque a cada punto puede ofrecernos un nuevo y maravilloso ropaje . . . y quizá también por esto la mujer, siempre enamorada por instinto de la suprema belleza, pretende con la continua imitación de su atavío, que tan duras como inconsideradas censuras provoca, imitar en cuanto puede a la eterna *Maestra*.

QUEREMOS decir con esto que la palabra "hogar" que, como tantas otras, encierra todo un mundo de ideas, en fuerza de repetirse resbala por nuestros labios sin despertar en nosotros una emoción, sin hacernos pensar en su interesante simbolismo, en su alto significado. Y no obstante; desde que la planta del primer hombre holló la tierra en la indeterminada lejanía de las edades pre-históricas, ella señaló el lugar apacible en que aquellos hombres primitivos, agrupados al calor de sus hogueras, se comunicaron el de sus corazones en un sentimiento más tierno, más noble, más elevado que los de los demás seres habían podido sentir hasta entonces; el que producen los lazos familiares.

Más tarde, cuando la ciencia ha podido enseñarnos que el calor no es otra cosa que una forma del movimiento, y que éste es la manifestación más esencial de la vida, la palabra aun conserva su primera significación, puesto que, simbólicamente, representa el *Templo* en que la *Humanidad eternamente se renueva* al vivo calor de ese *fuego sagrado* que llamamos amor.

En otro orden de ideas, también podemos considerar el hogar como el elemento *anatómico* de que se forman los *tejidos* que constituyen los pueblos; que a su vez dan origen a los *órganos, aparatos y sistemas* de que se componen las naciones, y de cuyo conjunto armónico resulta el ser gigante de quien acabamos de repetir el nombre; la *Humanidad*.

Y así como muchas y terribles enfermedades no han podido ser combatidas con éxito hasta que se ha conocido y estudiado el microscópico corpúsculo denominado célula, principio fundamental de todo organismo vivo, precisa conocer y estudiar la *célula social* que hemos llamado familia, si pretendemos luchar contra los gravísimos males que minan el mundo; y como en esa célula la mujer forma parte esencial del *núcleo* a cuyo alrededor se agrupan los demás elementos, fácilmente se deduce, no sólo que conviene principiar por ella nuestro estudio, sino también la multiplicidad y magnitud de los problemas que le atañen, a tal punto, que pretender enumerarlos uno a uno casi sería tan prolijo como si pretendiéramos contar las arenas del mar o las olas que le encrespan.

Pero, no obstante, examinando sus dos misiones fundamentales, las de ser *compañera de su marido, educadora de sus hijos*, podrían clasificarse en diferentes grupos y enunciarse en este orden: problemas *intelectuales, económicos, morales, educativos, estéticos* . . . debiendo además tener en cuenta que éstos, como todos los problemas que se refieren a la educación, varían con la época, con el país, con el individuo, y hay que adaptarles a las necesidades del momento, aunque también sea condición imprescindible que estén basados, como las ciencias exactas, en verdades fundamentales e incommovibles.

Deduciéndose de lo expuesto que asunto tan arduo y complejo no es para tratado de una sola vez, ni puede encerrarse en la estrechez de unas cuantas páginas, por cuya razón sólo hablaremos hoy de los problemas que se refieren a la tan disendida intelectualidad de la mujer; esto es, de la que acabamos de decir que es la *compañera del hombre y la educadora de la infancia*.

EN efecto, es un error lamentabilísimo el que se crea por la generalidad que basta a los fines sociales que la unión de éste y de aquélla esté fundada tan sólo en la atracción que determina la diversidad de sexo; es decir, en el instinto. Podrá éste bastar en las especies inferiores, para que la fiera se reproduzca en su cubil, el pajarillo en el nido, el insecto en su pequeña vivienda; pero no puede ser suficiente en el ser humano que por algo se llama orgullosamente *rey de la Creación*; que forma una sociedad, llamada familia; que perdura tanto como la vida; que siente dentro de sí, las nobles ansias de un espíritu inmortal que aspira a elevarse hasta la Divinidad . . .

Por tanto, si la formación de un nuevo cuerpo exige la *atracción, la función de otros, para formar un alma* es también necesario que otras almas se busquen, se conozcan y se fundan al influjo de esa misteriosa *afinidad espiritual*



Manuela G. Castro,
Buenos Aires, Argentina
Seudónimo (Porteña)



María Teresa Sabadi,
Málaga, España
Seudónimo (Indiana)



Isabel Romero García-Tañeño,
Jaén, España
Seudónimo (Flor de Romero)



Plácida María Ranero,
Habana, Cuba



Emilia Botello Rodríguez, Isla Cristina,
Huelva, España
Seudónimo (La Dama del Misterio)



Acacia Usani Caballero,
Valladolid, España
Seudónimo (Amor)

que, en nuestro pobre vocabulario designamos con el nombre de *simpatía*; pero de tal modo que nada sea capaz de destruirla, ya que el espíritu, es decir, las cualidades que han de adornarle, no se obtienen de una sola vez, sino que es una obra lenta, de todos los momentos, imposible de realizar si hay divergencia, oposición de ideas entre los dos que, en primer término, tienen el deber de efectuarla; difícilísima si por incapacidad del uno se deja al otro esta ruda labor.

Vemos pues, que desde este punto de vista, que es el más importante, la compenetración de ideas entre el hombre y la mujer es de una trascendencia extraordinaria; pero aun reducida a sus más estrechos límites, esto es, al interés conyugal e individual, ¿no es, en verdad, insoportable el tener que convivir, uno y otro día, con personas que no nos comprenden, que no nos escuchan, y a las que por otra parte, nada nos ocurre qué decir?

Pues esto sucede, con gran frecuencia, a numerosos matrimonios entre cuyos cónyuges existe tal antagonismo intelectual que apenas si el tedio les permite comunicarse de otro modo que con un prolongado bostezo . . .

Y es que, ya lo hemos dicho, mientras el hombre ha estudiado noche y día para arrancar nuevos secretos a la ciencia, ha trabajado para crear nuevas industrias, ha recorrido nuevas tierras en busca de otros horizontes, la mujer, sobre todo la mujer española, y aun pudiéramos decir, la mujer del mundo viejo, ha permanecido estacionaria, sin ningún ejercicio para su inteligencia, sin ver otro cielo que el que puede distinguir a través de la angosta celosía que enturbia su ventana, entregada a un trabajo rutinario, inconsciente y monótono o consumiéndose en un ocio infecundo, que aun cree de buen tono, y ha ido lentamente atrofiando sus facultades, en lugar de desenvolverlas.

Por eso, salvas raras excepciones que honran nuestro sexo, la mujer actual podría, acaso, ser buena compañera del hombre de los tiempos medio-evaies; pero no está preparada para serlo del hombre de hoy, que ha recorrido solo un largo camino dejándola muchos siglos atrás.

EN consecuencia, y atendiendo a que no es a ella a quien hay que culpar de su incapacidad presente para resolver los problemas que se le ofrecen de manera tan perentoria, sino a los prejuicios de las sociedades en que ha vivido *aherrejada*, se hace preciso ayudarla en ellos, principiando, ante todo, por disipar su ignorancia; por instruir la concienzudamente por cuantos medios se hallen a mano: la escuela, la conferencia, el libro, el periódico; ya que, aun aceptando las teorías de los que opinan que su misión es más bien obra de sentimiento que de intelectualidad, es evidente que la *sensibilidad no se ejerce sino sobre aquello que se conoce; que, a cada sentimiento corresponde una idea*, y que siendo ésta, precisamente, la parte más delicada y difícil de la educación, resulta peligrosísimo el abandono en que se la tiene, cuando conviene tanto encauzar cuidadosamente ese vivo y quizá exagerado sentimentalismo de la mujer, causa impulsora de todos sus actos, buenos o malos, si se quiere que el tesoro de ternura que Dios puso en ella no se malogre por la ignorancia y el error, sino que resplandezca en su más sagrado ministerio: el de encender en la mente de sus hijos, ideas grandes y generosas; el de llenar de nobles sentimientos su noble corazón, que den por resultado una generación más buena, más culta, más perfecta que las que le han precedido, puesto que ya se sabe que, las sociedades, como los seres orgánicos con quien anteriormente las comparamos, no pueden permanecer mucho tiempo estacionarias; que no avanzar es retroceder, y como a una planta falta de sol y de ambiente, les sobreviene, por esta causa, el *ahilamiento*, la degeneración y la destrucción total.

Mas reparando en que me falta espacio para ahondar más en estos temas, forzoso me será aplazarlos para otra vez; advirtiéndole de paso a mis distinguidas lectoras, que no piensen por la gravedad del tono que exige su importancia, que pretendo erigirme en su mentora, ni mucho menos regenerar el mundo con mis desaliñados escritos; puesto que sólo aspiró a llevar a la actividad de la prensa ideas que considero no deber de estar ociosas, sino procurando hacer germinar el rico tesoro que de ellas guardan vuestras lindas cabezas, tan fútilmente ocupadas a veces; a levantar algo de *ruido* que, aunque no sepa haceros agradable, podría ser útil si lograra despertar vuestras grandes iniciativas, vuestras preciosas cualidades, a las que, acaso, no falte, más que un poco de buena voluntad.

Por tanto, y para terminar, me atrevo a suplicaros que en los sucesivos temas que someteré a vuestra consideración, me escuchéis algo atentas; no por mí, sino por aquello de que quiero hablaros, sobre nuestros grandes deberes pero discutidos derechos; ya que del intercambio de ideas puede surgir la riqueza intelectual que nos falta.

ESPIRITU DE INDEPENDENCIA

(Continuación de la página 9)

—Pero, Juan, Juan, sollozó Marta,—¿Era o no era legal el casamiento?

—Que era ilegal no hay duda alguna,—replicó Juan—y así me lo indicaba mi tío Gonzalo al comenzar sus primeras gestiones para la anulación del casamiento; después no supe más de él.

—Pero entonces . . . esa mujer. . .

—Escucha, Marta, mi adorada Marta, y no te tormentes: esa mujer se ha presentado, está aquí. . .

—¡Aquí!—prorrumpió la joven dando un grito desgarrador y quedando como muerta.

—Digo aquí, en esta misma población: anoche estubo en el teatro. . . ¡Sólo Dios sabe lo que habrá hecho durante estos años! Su cara no acusa nada bueno. Me esperó a la puerta del teatro y la arrastré hasta el más cercano restaurant: alguien le había dicho que yo estaba casado y me amenazó con perseguirme por abandono ante los tribunales, a menos de llegar a un acuerdo; por el momento necesitaba dos mil pesetas. Me dijo que el casamiento no fué anulado, que mi tío falleció cuando estaba para dictarse la sentencia y los amigos de ella habían aprovechado la ocasión para sobornar a un escribiente del Juzgado y hacer que la causa quedase en el olvido a falta de instigador. . . ¡Y yo no tengo esas dos mil pesetas, tú lo sabes!

Se interrumpió al ver caerse hacia atrás a Marta. La conmoción fué, terrible, cruelísima para el delicado cuerpo de la joven.

—¡Marta, Marta! mi amor, mi vida, mi alma.

El espíritu de independencia que la hizo olvidar el respeto paternal, selló para siempre aquellos labios en flor.

STATEMENT OF THE OWNERSHIP, MANAGEMENT, CIRCULATION, Etc., Required by the Act of Congress, of August 24, 1912, of PICTORIAL REVIEW (Spanish Edition), published monthly at New York, N. Y., for October 1, 1917.

State of New York, County of New York—ss.

Before me, a notary public, in and for the State and county aforesaid, personally appeared William P. Ahnelt, who, having been duly sworn according to law, deposes and says that he is the business manager of the Pictorial Review (Spanish Edition) and that the following is, to the best of his knowledge and belief, a true statement of the ownership and management of the aforesaid publication for the date shown in the above caption, required by the Act of August 24, 1912, embodied in section 443, Postal Laws and Regulations, printed on the reverse of this form, to wit:

1. That the names and addresses of the publisher, editor, managing editor and business managers are:

Name of Publisher, The Pictorial Review Company, 214-226 West 39th St., New York City.
Editor, Romulo M. DeMora,
90 Euclid Ave., Hackensack, N. J.
Managing Editor, none.
Business Manager, William P. Ahnelt, 214-226 West 39th St., New York City.

2. That the owners are: (Give names and addresses of individual owners, or, if a corporation, give its name and the names and addresses of stockholders owning or holding 1 per cent. or more of the total amount of stock.)

The Pictorial Review Company, 214-226 West 39th St., N. Y. City—a corporation.
William P. Ahnelt, 214-226 W. 39th St., N. Y. City
Charles E. Nelson, 155 Riverside Drive, N. Y. City
Everett DeWitt Trumbull, 350 W. 88th St., N. Y. City
Leon Lewin, 600 West 116th St., N. Y. City
Paul Block, 250 Fifth Avenue, N. Y. City
Arthur T. Vance, 214-226 W. 39th St., N. Y. City
B. A. MacKinnon, 214-226 W. 39th St., N. Y. City

3. That the known bondholders, mortgagees, and other security holders owning or holding 1 per cent. or more of total amount of bonds, mortgages, or other securities are: NONE.

4. That the two paragraphs next above, giving the names of the owners, stockholders, and security holders, if any, contain not only the list of stockholders and security holders as they appear upon the books of the company but also, in cases where the stockholder or security holder appears upon the books of the company as trustee or in any other fiduciary relation, the name of the person or corporation for whom such trustee is acting, is given; also that the said two paragraphs contain statements embracing affiant's full knowledge and belief as to the circumstances and conditions under which stockholders and security holders who do not appear upon the books of the company as trustees, hold stock and securities in a capacity other than that of a bona fide owner; and this affiant has no reason to believe that any other person, association, or corporation has any interest direct or indirect in the said stock, bonds, or other securities than as so stated by him.

Wm. P. Ahnelt,
Business Manager.

Sworn to and subscribed before me this 1st day of October, 1917.

[SEAL] J. M. Beattie,
Notary Public, N. Y. Co.
My commission expires March 30, 1918. No. 302

De la vida norteamericana

Sobre las Flores y los Adornos

Cartas a las lectoras

Por Ana María Olmedo

mientras dure la moda, con mi traje sastre de mañana. Otra novedad en los guantes son los broches de cristal,

que se usan de colores, igualando al del guante o al del bordado, y también de los dos tonos en combinación.

Los colores preferidos son el gris y el marrón, que en muchos casos se combinan con blanco. Entre los grises hay diversos tonos, llamados gris francés, gris perla, gris pizarra, gris puritano, gris cuáquero, y gris plata. Y entre los marrón se destaca el color de cobre, de muy bonito efecto.

Se fabrican también en azul marino, y verdes, pero tan oscuros que a primera vista parecen negros y sólo se aprecia su color por el contraste con las costuras y bordados.

En cuestión de bolsos los grandes bazares neoyorkinos siempre nos ofrecen algo nuevo. Y el bolso guarda relación, en todo caso, con el vestido y con la hora del día. El bolso de cuero, que se usa por la mañana, cuando se sale exclusivamente a compras, más de necesidad que de capricho, es reemplazado por la tarde, para las visitas y para el paseo, por otro de brocado, raso o crepé de china bordado; y más tarde, por el de la noche, para el teatro o el *cabaret*, en la elección del cual juega una parte esencialísima el buen gusto de la interesada, ya que para éste no existe modelo determinado, y únicamente debe tenerse presente que haga *pendant* con el vestido.

Los bolsos de metales preciosos son ahora más pequeños que antes; sin duda por el elevado precio que sus componentes alcanzan. Pero hay preciosidades en bolsos de malla de oro muy fino, con irisados matices y con la armadura, algunos de ellos, orlada de piedras preciosas, y constituyendo siempre la cadena un trabajo de exquisita atracción. Son carísimos, pero te aseguro que vale la pena de pagarlos, y que resultan un regalo espléndido para la época de Christmas.

Y aun hay también otros dos bolsos muy en boga. Uno de ellos, el que pudiera llamarse "bolso patriótico", se utiliza para guardar la indispensable labor de *crochet* o de punto de media, ahora que a todas las mujeres nos entró la fiebre de tejer. El que yo tengo (y desde luego que al haberlo comprado es el que me parece más bonito) es de color *khaki*, forrado de azul en la parte de arriba; vuelto el forro, muestra dos carteras azules, y en uno de los lados tiene pintado el escudo de los Estados Unidos.

EL BOLSO patriótico de nuestra amiga Mabel Harvey es también de color *khaki*, con la bandera norteamericana bordada bajo pequeños racimos de frutas, rojas, blancas y azules.

Te reirías de veras si vieses a Mabel cargada a todas horas con el inmenso bolso. Creo que duerme con él. Teje en todas partes; en visita, en los parques, en el tren, en los tranvías, en el automóvil, en las juntas a que asiste, y no sé si se habrá decidido a tejer en el teatro. No sería ella la única: yo he visto a más de una haciendo uso de su bolso en los entreactos. . . Mabel ha hecho en tres meses catorce *sweaters*. Yo le hago burla, en broma, y ella se consuela llamándose holgazana, porque yo en los tres meses no he sido capaz de terminar más que un par de bufandas.

Y queda, por último, otro bolso, también para labor, de cretona o de seda floreada, muy grande, con dos enormes anillas para colgarlo del brazo, que las americanas, prácticas siempre, suelen utilizar asimismo para llevar sus paquetes cuando van de compras.

No quiero concluir mi carta sin hablarte algo de joyas, ya que tan aficionada eres a ellas.

Una de las cosas más extraordinarias que he visto en mi vida es la preciosa pulsera que a Mabel, nuestra amiga, le

(Continúa en la página 34)

QUERIDISIMA Clodo: Si me olvidé de tí, me preguntas, celosa, desde el lejano Buenos

Aires, en la carta que llegó a mis manos apenas hace tres días. ¿Cómo había de olvidarte, si te consta que eres una de mis amigas predilectas? Lo que ocurre, mi gentil portañá, es que estando tan lejos una de la otra, y en distintos hemisferios, me parece un poco extraño hablarte de nieves, de pieles y de frío, cuando te hayas, probablemente, ahogada de calor, preparando tu excursión veraniega al Mar del Plata; o hablarte de tules y de modas de playa, cuando tú te envuelves entre pieles para pasear en automóvil a lo largo de la Avenida de Mayo o de Palermo. . . Todo puedo soportarlo yo menos tu enfado, aunque éste sea ficticio y lo finjas, tal vez, para añadir un encanto más a tu rostro; así es que, para evitarlo, allá te va mi carta, en la que, dejando a un lado la moda del vestido (ya que las de PICTORIAL REVIEW se bastan por sí solas para darte idea de lo más selecto) te hablaré únicamente de detalles que, con algún ligero cambio, puedan aplicarse a las dos más opuestas estaciones del año.

Te preocupas ya—con alguna anticipación cuando me escribías—del arreglo de tu casa para las fiestas de Navidad. No en balde eres madre joven y amantísima, que en todo momento se desvive por embellecer su hogar y hacerlo agradable, no sólo al esposo feliz, sino también a los tres encantadores muñecos que lo alegran. Aun recuerdo, como si fuera ayer, las fiestas de Christmas que pasamos juntas, hace ya dos años, durante tu estancia en Nueva York, y el esmero con que adornaste el saloncito de tu lindo *apartment* en el Waldorf-Astoria. Si aquello hiciste en un hotel extranjero, ¿qué no harás en tu propio hogar? A nadie puede extrañar la adoración que sienten tu esposo y tus hijos hacia tí, que, realmente, posees manos de hada, y pasas por el mundo sembrando de flores el camino de los tuyos.

Y a propósito de flores, a mí sí que me asombra que consultes conmigo el modo de ordenarlas artísticamente, cuando el arte preside todas tus acciones y de nadie necesitas consejos. Pero como al sentarme hoy ante mi escritorio lo hice, desde luego, dispuesta a complacerte en todo, te daré también en esto mi opinión.

Tengo yo una amiga japonesa, muchacha inteligentísima y muy culta, hija de una de las más aristocráticas familias niponas, que vino a los Estados Unidos a perfeccionar su educación, a quien conocí casualmente en una visita que hicimos ambas, en determinado día, a la *Hispanic Society of America*, y a la que después he vuelto a ver con frecuencia en el *apartment* que con su *governess* ocupa en el *Saint Regis*, el suntuoso hotel de la Quinta Avenida. Tú no ignoras que en Norte América, en la cuestión de hacer que las flores formen parte del decorado de la casa, se aprendió no poco de los japoneses. Estas diminutas gentes, de refinadas y artísticas tradiciones, han convertido en un arte real el estudio de la colocación de las flores, y mi exótica amiga, Miss Kateya, que no desmiente su abolengo, tiene convertido en un invernadero su *apartment* del *Saint Regis*. Con ella he pasado ratos deliciosos, escuchando sus explicaciones acerca de las plantas.

—No puede haber un más bello ramo de flores—me dice Miss Kateya—que aquel que se consigue después de haber pasado media hora en un jardín, en un día de verano, por supuesto, cortando flores a granel, que, sin seleccionar ni combinar, se colocan después en un búcaro alto y ancho, cuidando únicamente de que guarden la debida simetría, esencial en todo adorno.

Hay algunas flores—prosigue la interesante japonesa—que están asociadas directamente con algún lejano país, exótico o no, las cuales necesitan ser colocadas en vasos especiales para que pro-

duzcan su efecto. La flor de lis, por ejemplo, es preciso que luzca en un jarrón japonés, si ha de alcanzar su máximo de esplendor; y esto mismo requieren otras muchas, entre las que se cuentan la flor del almendro y la del cerezo. ¿Ha visto usted, por otra parte, algo más delicioso que un ancho tazón conteniendo orquídeas y grandes dalias amarillas, o miosotis combinadas con peonías rojas?

—En mi reciente viaje a Inglaterra—hube yo de contarla una tarde—pude observar algo curioso. Un capricho, muy generalizado, de cubrir por completo de rosas las mesitas del *hall*, colocando aquéllas, de diferentes clases, en tazones muy bajos, que quedan ocultos casi por completo, y como los tallos de las rosas son de distintos tamaños resulta este adorno de un efecto encantador.

—No estará mal—me contestó la nipona—; pero me gustan más esos mismos tazones planos, llenos de agua, sin cubrir por las flores, sino dejando que dos o tres de éstas solamente floten, como nenúfares. En esta forma se pueden hacer combinaciones felicísimas: rosas de cualquier color, en un tazón de cristal; rosas blancas, en un tazón de porcelana negra mate; o rosas muy rojas, en un tazón de porcelana blanca. Para la mesa, sobre el mantel blanco, resulta precioso un tazón muy bajo, con grandes pensamientos morados flotando, y algunas ramitas de azahar. El mismo adorno resulta también muy a propósito para colocarlo en una mesa de laca negra.

CON motivo de un rápido viaje que hice al Canadá el mes pasado, estuve varios días sin ver a mi amiga. A mi regreso me avisó por teléfono una tarde. Fué al *Saint Regis*. Era el cumpleaños de la japonesita, y me esperaba para obsequiarme con riquísimo te y confituras al estilo de su país. Como yo ignoraba el detalle de que era su fiesta, al enterarme envié a buscar con el *bell-boy* un gran ramo de orquídeas, que ella recibió jubilosamente y colocó inmediatamente en un sencillo vaso de cristal de Bohemia. Aquel día Miss Kateya se había excedido a sí misma en la decoración floral de su *apartment*. Dentro de los valiosos jarrones que ella colecciona con afán, había colocado sencillos floreros de cristal o de loza, con profusión de crisantemos, y después, por todas partes, en los más ocultos rincones, entre los objetos artísticos, sobre las mesitas, entre las tanagras y demás bibelots, rosas a granel; rosas de un solo color; rosas colocadas una a una, con tres o cuatro hojitas, en diminutos búcaros de cristal, estrechos como un lápiz y de apenas diez centímetros de altura. Nada más sencillo ni nada tampoco de mejor gusto.

Y basta ya de flores, ¿no te parece, mi querida Clodo?

¿De qué hablarte ahora? ¿De bolsos? ¿De zapatos? ¿De guantes?

Empezaremos por las manos; es lo lógico.

A despecho de la escasez de pieles, las fábricas de guantes nos presentan algunos atrayentes modelos de extraordinaria novedad. En precios han subido de modo alarmante, pero los bordados son tan sugestivos que se paga con gusto la demasía. Entre los nuevos modelos, el bordado a cadeneta se hace en tonos suaves y brillantes, que suelen armonizar con los bordados del vestido, que tan en boga se hallan actualmente. En algunos guantes el bordado a cadeneta se combina con cintas estrechas, del mismo color del bordado.

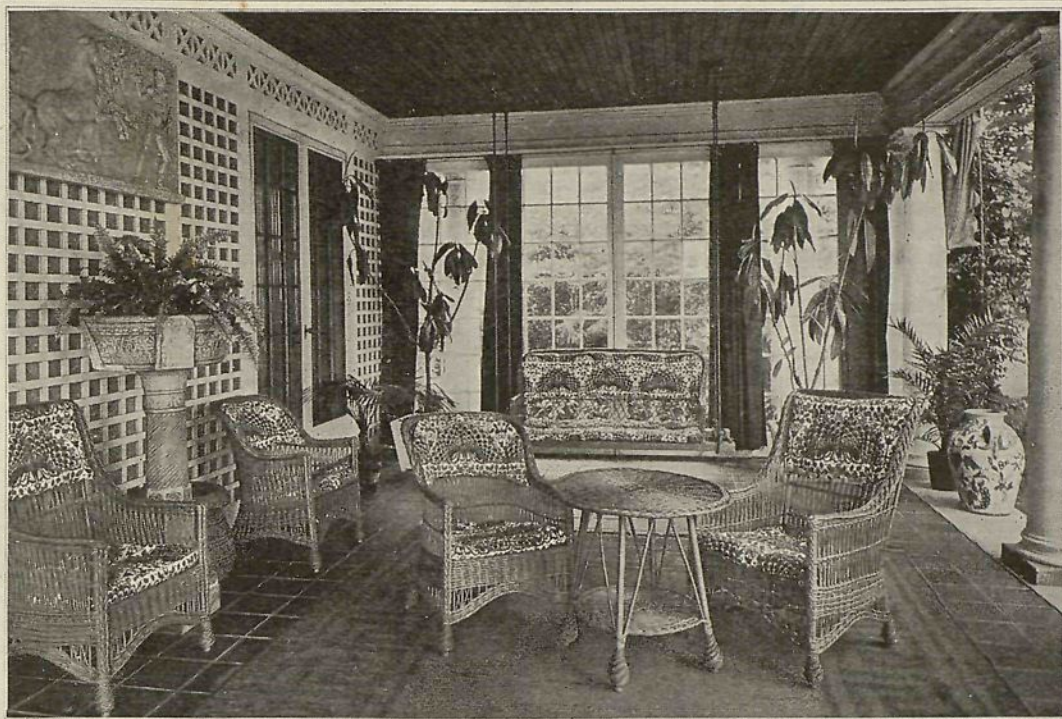
Te citaré tres de los últimos modelos, que son, para mi gusto, los más elegantes.

Dos de ellos son de forma corriente, con caprichosos bordados, formando uno de éstos una lira y otro un lazo. Y el tercer modelo es de estilo militar, muy práctico y cómodo, abrochándose con una trabilla. Yo pienso usar éste

Conveniencia del porche

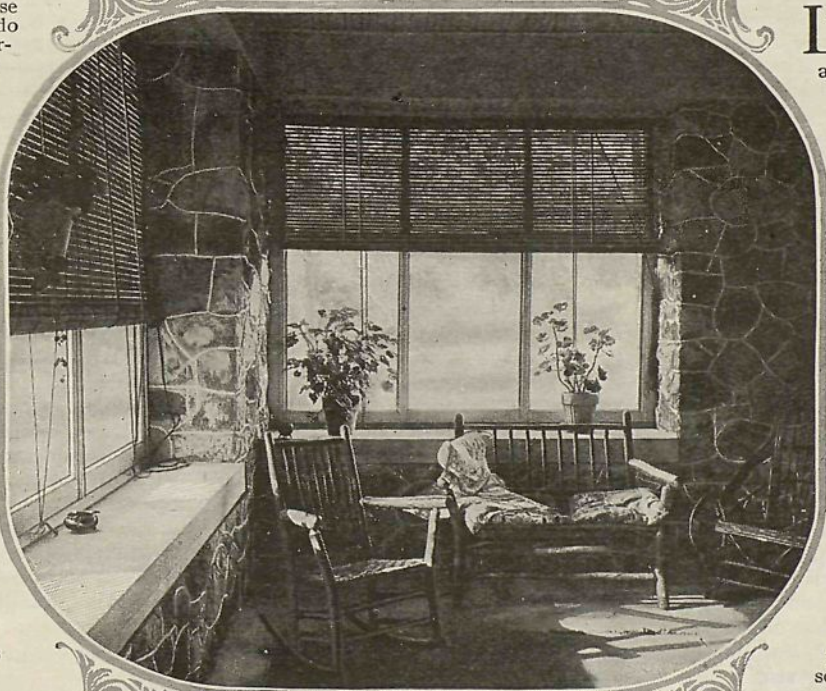
Sugestiones para su arreglo y amueblado

FOTOGRAFÍAS DE PICTORIAL REVIEW



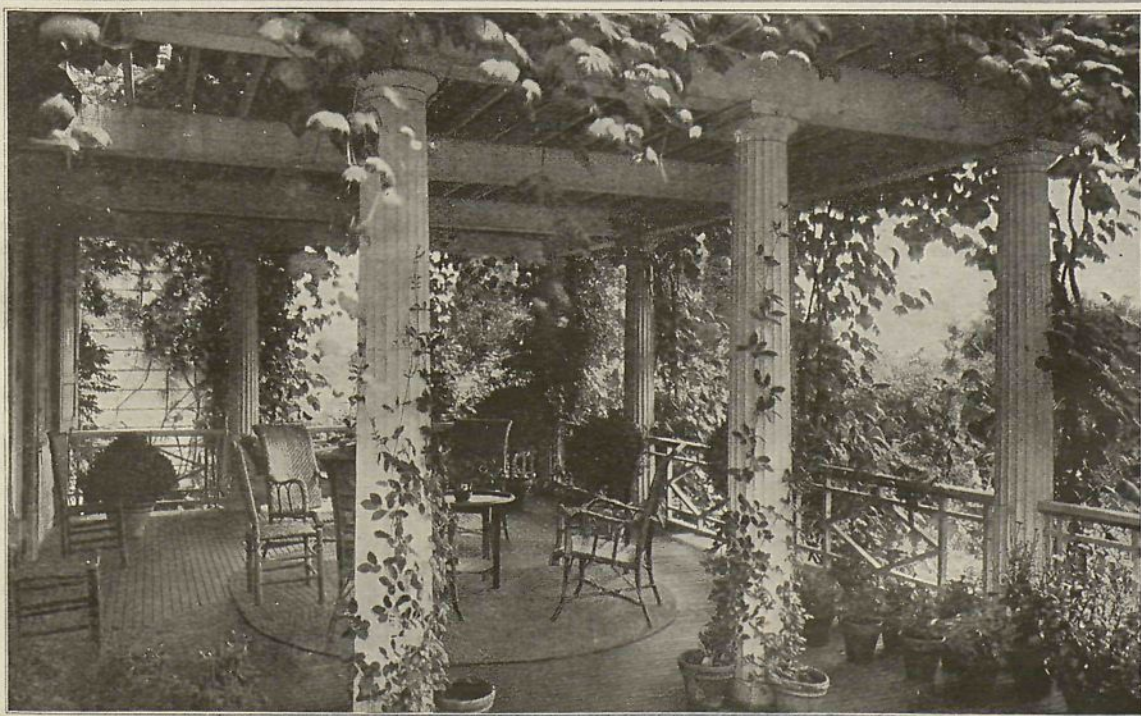
Muebles de mimbre adornados con cretona en diseños de pavo reales

EN LA actualidad se están construyendo tantas casas con porches que la selección y arreglo de los muebles y adornos ocupa preferente atención. Por regla general, estos porches están abiertos y ocupan la parte de delante o de atrás de la casa, aunque en algunos casos se construyen como cuartos corrientes, en cuyas ventanas se colocan persianas que impidan la penetración del sol durante el día y que al levantarlas en la noche permitan a la familia disfrutar del lugar más fresco de la casa en tiempo caluroso. Si se le dota de ventanas de vidrio deslizables y de un sistema de calefacción, el porche puede permanecer abierto aun en invierno, excepto en días sumamente fríos.



Las persianas gradúan el paso de los rayos solares

LA ILUSTRACIÓN superior muestra una buena selección de atrayentes muebles. Todas las variedades de muebles de mimbre son muy apropiadas para el porche. Las sillas ilustradas son bonitas, cómodas y espaciales, y están tapizadas con la nueva cretona de diseños de pavos reales de preciosos colores, lo mismo que el sofá-columpio. La elegancia en la labor de la madera y las varias macetas para las flores aumentan la atracción. En la ilustración del centro, las persianas, corredizas en sentido vertical, sirven para graduar la admisión de los rayos solares. En la ilustración inferior, el enramado de parra se ha utilizado para decorar y proporcionar suficiente sombra al porche.



Las parras y clemátides de este porche abierto forman un perfecto enramado

La Tinta Indeleble de Payson

Para marcar toda clase de ropas, desde la más delicada seda o más fino hilo o más grueso algodón.

La Tinta Indeleble de Payson

Resiste la influencia de todos los climas sin solidificarse ni descomponerse en la botella. Dispuesta siempre para usarse con cualquier clase de pluma corriente.

La Tinta Indeleble de Payson

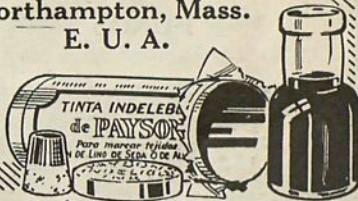
De venta en todas las buenas tiendas, papelerías, librerías y demás comercios de efectos de escritorio.

La Tinta Indeleble de Payson

Si el comerciante donde usted compra no la tiene, exija que se la pida a cualquier casa comisionista de New York, New Orleans, Los Angeles, San Francisco o Boston, Mass.

Exija que sea la legítima de Payson y nosotros respondemos de su seguro éxito.

Payson's Indelible Ink Co.
INCORPORADA
Northampton, Mass.
E. U. A.



¡Adiós Callos!

¿CUÁL es el objeto de estar cojeando y sufriendo las punzadas de los callos? Parece ser la locura más grande del mundo estar soportando estos dolores cuando se pueden quitar fácilmente con el extractor de callos "Gets-It," de sencilla aplicación y acción perfecta.

"GETS-IT"

2 gotas se ponen en 2 segundos

Se podría decir que el tener callos causa un placer sólo por ver como el "Gets-It" los hace encoger y ablandar, quitándose fácilmente con los dedos. El "Gets-It" forma una capa invisible sobre el callo y permanece allí. No hay necesidad de hacer presión sobre el callo o irritar la piel que lo rodea, como tampoco usar cualquier otro tratamiento adicional. Camínese con *comfort* mientras que el callo desaparece usándose "Gets-It".

"GETS-IT" está manufacturado por E. Lawrence & Co., Chicago, Illinois, E. U. A.

En venta en todas partes del mundo por las farmacias y droguerías.

Depositararios Generales:

Mendel y Cia., Buenos Aires; Glossop & Co., Río de Janeiro; Daube & Co., Valparaíso; Geo. W. Cock, Lima; Bankier & Linn, Montevideo; Mendel y Cia., Asunción; Enrique Aponte, Oruro; H. Caldera, Managua, Nicaragua.

(El Libro de la Moda)

THE FASHION BOOK

En él se encuentra una inmensa variedad de estilos que garantizan una perfecta elegancia, y los cuales se pueden reproducir exactamente usando los afamados Patrones Pictorial Review, a más de ahorrar de medio a un metro de tela en cada vestido. Todos los modelos son exclusivos, originales, asegurando la individualidad y refinamiento que toda mujer desea.

ABRIGOS
y
CAPAS
militares
VESTIDOS
combinados
FALDAS
drapeadas

Ultimas
NOVEDADES
en
MANGAS
bolsillos
CUELLOS
y
PUÑOS



LA CUBIERTA DEL NUEVO FASHION BOOK

ACABA DE PUBLICARSE

y está a la venta
en todas las oficinas y agencias de

THE
PICTORIAL REVIEW
COMPANY

Creadora de los
Afamados patrones a la medida
con guía de corte y confección

SE REGALA UN PATRÓN A LA
MEDIDA CON CADA EJEMPLAR

45 centavos oro
EN TODO EL MUNDO
3 pesetas en España

La Fisicultura y el Arte en la Naturaleza

Por
Marcelo Vignali

TODA la naturaleza es una vida de vibraciones que se manifiestan en innumerables y distintas maneras, todas ellas resumidas en dos manifestaciones: *Sonido y Movimiento*.

Cada una de dichas vibraciones acciona en relación a la otra, guardando entre sí un orden perfecto: *Ritmo*.

El Ritmo lleva por sí mismo al orden del conjunto: *Armonía*.

Lo que llamamos *plástica y posa* es un acorde de movimientos que expresa o puede expresar una idea o un pensamiento como un gesto, como una palabra, como una frase.

El sentido visual del observador recibe la idea o el pensamiento expresado por un gesto o movimiento del observado: *Mímica y Danza*.

Del mismo modo que el sentido auditivo recibe la idea o el pensamiento expresado por el sonido: *Música y Poesía*.

La fisonomía o expresión del semblante, y la *posa* pueden manifestar, con el gesto, el estado de ánimo con tanta o más intensidad que con el recurso de la palabra. Luego, una danza, ejecutada por una *artista*, puede ser un poema tan sublime como un poema escrito, y una melodía puede decir tanto o más que un poema *recitado*.

Los músicos y los coreógrafos son *poetas* que manifiestan sus ideas por medio de las vibraciones rítmicas de sonidos y movimientos, armonizándolas con las ondulaciones del conjunto.

II

LA PROSA tiene su orden natural con la ayuda de letras, sílabas, palabras, frases, etc., que son los medios físicos para exteriorizar los pensamientos.

La poesía, a más de tales recursos, tiene otros artificios que son la métrica y la estructura del verso. Ambas se valen del sonido de la palabra o de la escritura para expresar las ideas y los sentimientos.

La poesía, sin embargo, puede prescindir de este orden artificial acogiéndose al otro orden o ritmo natural, que es el de la prosa poética.

La música y la danza, en cambio, como hemos dicho, expresan el sentimiento: la una con las vibraciones armónicas de los sonidos sensibles al oído; la otra por vibraciones ondulatorias que producen el movimiento transmitiéndolo al sentido de la vista.

La pintura y la escultura rigen las mismas leyes generales valiéndose de otros recursos complementarios de luz y de colores.

Las obras de los grandes escultores y pintores tienen por primer y esencial mérito, de expresar la idea del autor, la transmiten fácilmente al observador y lo impresionan.

En la inmovilidad de una estatua, o figura artística, existen movimientos sensitivos y continuos, casi psíquicos o desmaterializados: son vibraciones que el autor le transmitió y que se unen por fenómeno psíquico a los nuestros.

Lo propio sucede con los grandes *mímicos*, con los grandes danzantes, con los grandes músicos, quienes, prescindiendo del medio de la palabra, consiguen sus resultados ayudados por los recursos de la escuela y de la técnica que constituyen el *Arte*.

Artista, pues, es sólo y exclusivamente el que posee genio por naturaleza, y escuela por estudio y trabajo prolongado, constante y observador. Sin esto no puede haber artista en el verdadero sentido de la palabra.

Existe el artista de pensamiento, que medita, concibe y produce: el *Autor*.

Existe el artista de acción, que estudia, concibe también e interpreta el pensamiento del otro: *Actor*.

El primero es la idea; el segundo, la acción: ambos tienen el genio que se unifica en el orden de los acordes uni-

versales sometidos a la disciplina de la técnica exigida por el Arte, que, como dijimos, es la escuela que enseña a ordenar las vibraciones ondulatorias del conjunto: *Sonido y Movimiento*, ajustándolo a los sentidos auditivos y visuales.

Grave error, pues, es aquello de llamarse artista por el hecho de copiar una posa o reproducir una melodía sin los estudios concienzudos y de larga labor...; es lo mismo que los niños que calcan, que los yeseros que moldean, que los instrumentos automáticos que reproducen.

El verdadero genio necesita el estudio del Arte, lo busca inconscientemente porque sin él no puede manifestar lo que siente (autor); y para manifestar lo que se siente al contemplar, la obra de un grande, se necesita la misma escuela, el mismo arte, porque se debe experimentar y luego expresar la misma impresión (actor).

III

LA COREOGRAFÍA (completamente desconocida en su sentido técnico) entre nosotros, tiene críticos, admiradores y adversarios, pero todos profanos. Algunos de ellos han aplicado, como un *sinapismo inoportuno*, la palabra *clasicismo* en ciertas ocasiones, invocando los nombres de Chopin, Duncan, etc...; el sacrilegio ha sido tan grande que francamente no hallo genio tan maléfico que pueda castigarlo, y... ¡quede impune! pues, será otro de los mil homenajes a la Ignorancia.

Un coreógrafo cultiva las artes de la vida; su obra puede encerrar una infinidad de obras escultóricas. El debe conocer desde lo más elemental de la figura griega en sus líneas, hasta lo más alto de sus expresiones, para exhibir la idea de un poema antiguo; como debe conocer los secretos más recónditos de las ondulaciones provocadas por una idea, para exhibir un *idilio* o una *tragedia* por medio de los movimientos y las *apariencias*. Debe conocer los demás recursos auxiliares de la luz, de los colores, de las *proporciones de los elementos* de su *composición*, para que el ritmo de cada uno concorra a la *formación armónica del conjunto*.

Decálogo infantil

DICEN los higienistas que la mayoría de las enfermedades y muertes de los niños pueden evitarse siguiendo al pie de la letra el siguiente decálogo:

Primero. Críese a los niños con el pecho materno, el alimento único que la naturaleza prepara y destina a ese objeto.

Segundo. Désele el pecho con regularidad, nunca con menos de tres horas de diferencia, para que la digestión sea buena.

Tercero. Las ventanas de la habitación donde duerma el niño deben estar siempre abiertas, para que el cambio de atmósfera sea constante.

Cuarto. Hágase que el niño duerma sus siestas al aire libre, para que respire el aire más puro posible.

Quinto. Evítese que las moscas y mosquitos se posen en las carncitas de los niños, cubriéndole con un mosquitero cuando esté en su cunita o cochecito.

Sexto. Báñesele todos los días, y en la época del calor varias veces al día, para que siempre esté limpio y fresco.

Séptimo. No se preñe a los niños con banditas y ropas ajustadas, sino con la holgura necesaria y lo más suave posible, para que puedan ejercitar sus extremidades y estar cómodos.

Octavo. No se haga cosquillas a los niños, ni se les agite en el aire, ni se les monte a caballo en las rodillas, evitando con eso muchos trastornos nerviosos.

Noveno. Acuéstense a los niños temprano, para que duerman bastante.

Décimo. No se les den especíacos, jarabes calmantes u otras drogas sin la aprobación del médico, para evitarles envenenamientos y muerte prematura.

Una bailarina clásica necesita muchos años de estudio constante y empeñoso, y, si su talento no es de *músico y poeta nato*, resultará una máquina sin expresión.

Un compositor puede ser célebre sin profundizarse en las teorías coreográficas; un coreógrafo o una ejecutante no puede ser artista si no conoce mucha música en su estructura técnica para interpretar la expresión del autor.

IV

EL ELEMENTO esencial para la exteriorización del pensamiento es la mujer, por temperamento peculiar y por las líneas de sus formas.

El hombre estableció desde la antigüedad que las artes, las pasiones, etc., fuesen representadas por figuras de mujer. Luego, escultores y pintores, le fijaron límites en sus líneas y en sus formas, según los gustos cultivados y educados en la escuela creada, tal vez por sí misma, entre los *buscadores* y los cultores de lo que llamaron *bello*, cuando hallaron el resultado de sus observaciones.

Aquellas reglas y aquellos límites de formas y figuras han sido, y son, perfectas en absoluto, porque aun hoy día se admiran, se estudian y se les corona con nuevos laureles; la belleza hallada en toda su expansión según el sentido visual, es la ausencia completa de defectos.

Deteneos, por ejemplo, a examinar una a una las impresiones de una cinta cinematográfica de una *artista clásica* y en cada una de ellas hallaréis la fotografía de una obra de arte clásico.

Los antiguos confiaban a la danza los secretos más pasionales de sus sentimientos, y con la danza los manifestaban.

Ni una pasión, ni una idea, ni un sentimiento tan bien expresado como en una *posa plástica*, o en un movimiento rítmico.

Por eso es que desde los tiempos más remotos se conoce el culto ferviente a *Terpsícore*...

Este arte por ser tan elevado, es azás difícil; tiene exigencias que ningún otro tiene: físicamente, la danzante debe ser perfecta en las formas y la belleza; *constitución sana* y susceptible al cultivo del ejercicio; intelectualmente perspicaz; muy inteligente y música, y poeta por temperamento. Así como Duncan, una *Karsawina*, una *Boni*, una *Verbits*.

V

PERO el arte, en general, no puede ni debe ser patrimonio exclusivo de los artistas privilegiados por la naturaleza y la fortuna: debe ser y es patrimonio de todos los que en sí mismos sienten vibrar el sentimiento artístico. Debe ser de todos, y todos están obligados a cultivarlo y fomentarlo. Para la niñez es un factor de fuerza y de salud, de refinamiento, de sentimiento y de educación. Este es el punto a que quisimos llegar.

Desde 22 años de residencia en Uruguay, tan querido como una segunda patria, tratamos *siempre y sin descanso* de divulgar la gimnástica rítmica y artística, natural y educativa, insistiendo en *fundarla única y exclusivamente* en estas bases: aire libre, vegetación, agua, luz, diversión y arte.

Fuimos los fundadores de los primeros centros deportivos de juegos, paseos campestres, etc.; divulgamos y propagamos la natación y el remo con todos los medios (muy escasos por cierto) a nuestro alcance. Proyectamos *cuadros* de gimnasia rítmica y danzas griegas al aire libre, y tan sólo algunas pocas veces pudimos, con muy penosa tarea, ofrecer algún *espectáculo* artístico, el último de los cuales fué una fantasía coreográfica griega, en el hermoso parque del poeta Raúl Mendilarsu: un verdadero olimpo con sus grandes bosques de

(Continúa en la página 34)

Salud y Belleza

Por Flora Pemié

MUY frecuentemente recibimos cartas preguntando si conocemos algún medio para engruesar sin perjuicio de la salud y con las menores molestias posibles. Y ya sea por medio de estas columnas, o ya en cartas privadas, siempre les hemos contestado que sí, que puede engruesarse, pero a costa de pacientes y concienzudos esfuerzos.

Está muy arraigada la creencia sobre que las personas delgadas lo son por razones de su natural constitución, y que es extremadamente difícil, si no del todo imposible, el aumentar en peso.

Es cierto que bastantes personas se mantienen en las mismas carnes año tras año, sin ganar ni perder más de un kilo; como también es cierto que muchos de nuestros esfuerzos para engruesar resultan inútiles.

Pero las personas delgadas no tienen porqué descorazonarse y cerrarse en la creencia de la imposibilidad. La fe hace milagros o contribuye a ellos; no se olvide.

A nadie se le ocultará que los primeros pasos que deben darse por el camino de la gordura, tienen que ir acompañados del aumento, en cantidades alimenticias, sobre lo que se esté tomando al empezar la reforma. Ni tampoco es difícil comprender que el peso de una persona, sostenido año tras años sin aumento ni disminución notable por una determinada cantidad de alimento, no puede aumentar a menos que se aumente la cantidad o la cualidad de esos alimentos. No se crea por esto que el aumento de peso es consecuencia imprescindible del aumento de combustibles en nuestro estómago, pues tenemos que contar con muchos otros factores del problema.

Es muy probable, casi universalmente admitido, el que comemos muchas cosas todos los días que son de poquísimo o ningún valor alimenticio: nuestro estómago está a menudo cargado de más o menos alimentos innecesarios, en vez de aquellos indispensables para la salud y buena marcha de la máquina de nuestro cuerpo. Consecuencia de esto es la falta de nutrición precisa para cubrir, con las debidas carnes y grasas, el almacén de nuestro organismo.

El factor más importante para ganar en peso una persona es la clase de nutritivos que toma. Por ejemplo: el pan, la carne, los cereales, las sopas, los postres, las galletas, los pasteles y muchos de los vegetales son de escasa importancia para aumentar de peso.

En cambio, los purés espesos de chícharos—guisantes—, y de habichuelas secas—judías—, el arroz, el queso, los huevos crudos, el chocolate, la leche y las cremas son grandes favorecedores del aumento de carnes.

Pocas serán las personas que desconozcan el valor alimenticio de la leche y lo fácil y rápido que es ganar unas cuantas libras de gordura con sólo beber la mayor cantidad posible de ella todos los días. Pero no se olvide que la carne así ganada, es decir, por la anormal cantidad de leche que se tome, es lo más probable que se pierda con igual facilidad y rapidez; siendo, además, la opinión de muchos médicos prominentes que el exceso de leche produce severos y contraproducentes efectos en los riñones.

Sí, el peso que se gane con una dieta de leche es de muy dudoso valor, pero la carne ganada por comidas, ricas en alimentos nutritivos, es permanente y saludable.

Adelantándose a quienes sostengan que están comiendo cuanto les pide sus apetitos, puedo indicarles que uno de los medios de aumentar el apetito es alargar la distancia entre las comidas. Fijémonos en aquellos días que por razones poderosas no pudimos comer a las horas acostumbradas, y recordemos que al sentarnos a la mesa tuvimos más apetito que de ordinario y, consecuentemente, comimos más. Si esta experiencia la aplicamos a todas horas para nuestra alimentación, veremos palpable que estamos capacitados para comer una considerable mayor cantidad de la ordinaria todos los días.

Para llegar también al mismo resultado, hay que levantarse más temprano de lo usual y dejar un mayor intervalo de tiempo entre el desayuno y el almuerzo del que teníamos por costumbre y, sin duda alguna, se comerá del diez al quince por ciento más que los días anteriores. Pospóngase la comida o cena una hora después de la corriente y se repetirá el caso de comer considerablemente más que antes.

Debo advertir que a medida que pasan los años por nosotros, se retardan los procesos digestivos, hasta el punto de que una persona de cuarenta y cinco años necesita como de una hora más para digerir el mismo alimento que otra persona de veinte años.

Podrá argüírseme que aquellos que llevan una vida sedentaria no tienen el poder digestivo bastante para permitirse ese aumento de comidas: en ese caso hay que atender a otros procedimientos para digerir y asimilar lo necesario a nuestros propósitos; hay que hacer ejercicios al aire libre, aspirar de éste la mayor cantidad que puedan recoger nuestros pulmones para que la sangre se oxigene y queme las impurezas y materias sobrantes.

El otro factor principal para ganar en peso es, pues, sentarnos a la mesa con más apetito que antes; comer solamente lo que contenga mayor valor nutritivo; y cuando se sienta satisfecha, echar mano del queso y olvidarse de lo comido, terminando con uno o dos vasos de leche. Si tras esa comida se siente el estómago demasiado cargado, tómese un poco de ácido clorhídrico, que es el principal agente digestivo del estómago. Al mismo tiempo puede estimularse las otras secreciones gástricas con un poco de nuez vómica.

La levadura de cerveza y el aceite de hígado de bacalao son admirables productores de gordura: una cucharada de cualquiera de ellos en un vaso de leche, constituye una bebida muy buena.

Aun existe otro recurso, el más científico de todos, el de mejores resultados prácticos si lo acompaña una fe ciega y una constancia a toda prueba: aprender a masticar bien, para que el organismo recoja con facilidad la mayor cantidad posible de sustancias nutritivas; en la inteligencia de que cuanto más productores de grasa sean esos alimentos, más garantías de éxito ofrecerán. Y todo esto acompañado de las leyes de la higiene, de mucho descanso, de ninguna inquietud.

SECRETOS DE SALUD Y DE BELLEZA

YA TENÍAMOS pensado recurrir de nuevo al reputado especialista de belleza DR. M. E. APLIOFFE, para que siguiera la brillante campaña iniciada años atrás en esta misma revista, en favor de la fisicultura femenina, cuando un buen número de suscriptoras nos lo piden calurosamente.

No ha sido muy fácil vencer a tan distinguido escritor para que comparta de nuevo con nosotros la responsabilidad de agradar a las bellas lectoras de

PICTORIAL REVIEW Pero lo hemos conseguido y desde el número de enero próximo, comenzarán sus bellísimos artículos sobre

SECRETOS DE SALUD y de BELLEZA a honrar nuestras páginas, y sus recomendaciones y recetas a favorecer las legítimas y justas aspiraciones de la mujer moderna, virtuosa e inteligente.

Siempre tenga

Sapolio -esto es cuestión de salud— pues toda habitación debe estar limpia para asegurar una casa saludable.

Microbios no pueden existir donde se usa Sapolio regularmente.

Protéjase de las imitaciones, pues no hay nada "tan bueno" como Sapolio, el jabón de limpiar.



SAPOLIO

De venta en las droguerías, almacenes de abarrotes y ferreterías.

El genuino está marcado **ENOCH MORGAN'S SONS CO., New York**

Escríbase pidiendo el muy interesante juego "CUBOS SAPOLIO" que enviamos GRATIS



Portada del nuevo Catálogo de Bordados No. 17

CATALOGO DE BORDADOS No. 17

Acaba de ponerse a la venta el nuevo Catálogo de Bordados No. 17, en el que se pueden encontrar las últimas novedades en diseños.

Este Catálogo de Bordados No. 17, puede obtenerse en cualquiera de las agencias que The Pictorial Review Company tiene establecidas en todas partes del mundo. Pídale en la agencia más cercana a su localidad, o directamente a

THE PICTORIAL REVIEW CO.
214-226 West 39th Street
Nueva York, E. U. A.

VIVAUDOU'S MAVIS

Paris - Nueva York

LOS EXTRACTOS VIVAUDOU han sido llamados "SINFONIA DE LAS FLORES", porque la Sinfonía de su fragancia floral nunca emite una nota desagradable. Parece muy lejos de toda esperanza que un perfume pudiera sugerir la delicada cadencia del sonido, hasta que el genio maravilloso de Vivaudou creó una fragancia, cuya alma representa una melodía.



EL TALCO "MAVIS" DE VIVAUDOU, es de tanta distinción como el envase en el cual va contenido. El polvo es refrescante cuando se usa después del baño, y deja el cuerpo limpio y saludable.

LOS POLVOS DE CARA "MAVIS" DE VIVAUDOU son tan refinados como se les podría desear. Van contenidos en envases de color rojo romano, de suma atracción para el mundo femenino.

EL EXTRACTO "MAVIS" DE VIVAUDOU, es una deliciosa y exquisita esencia, que ha sido llamada la "SINFONIA DE LAS FLORES". Se encuentra en todos los tocadores de las señoras más distinguidas.

EL AGUA DE TOCADOR "MAVIS" DE VIVAUDOU es delicadamente refrescante, siendo muy solicitada por las personas refinadas que saben apreciar las cualidades de una perfumería excelente.

TIMES BLDG. "VIVAUDOU" NEW YORK

Por todo el tiempo que dure la guerra europea, las Oficinas Principales de la casa V. Vivaudou han sido trasladadas de París a Nueva York, y con este motivo todas las comunicaciones deberán dirigirse a este último lugar.

Rogamos encarecidamente a los comerciantes, que se sirvan escribirnos pidiéndonos la detallada información que suministramos con respecto a las condiciones ventajosas de venta de estas preparaciones.

La economía en la cocina

Platos que ahorran combustible, tiempo, dinero y trabajo al ama de casa

Por
ENRIQUETA LACERDA

FOTOGRAFÍAS DE
PICTORIAL REVIEW



En los días sin carne hágase un estofado de verduras como sustituto

Estofado de vaca

2 libras de carne de res
1 huevo
¾ de taza de caldo o
agua
2 cucharadas de harina
1 cucharada de mante-
quilla o grasa
1 taza de miga de pan
½ cucharadita de pimienta

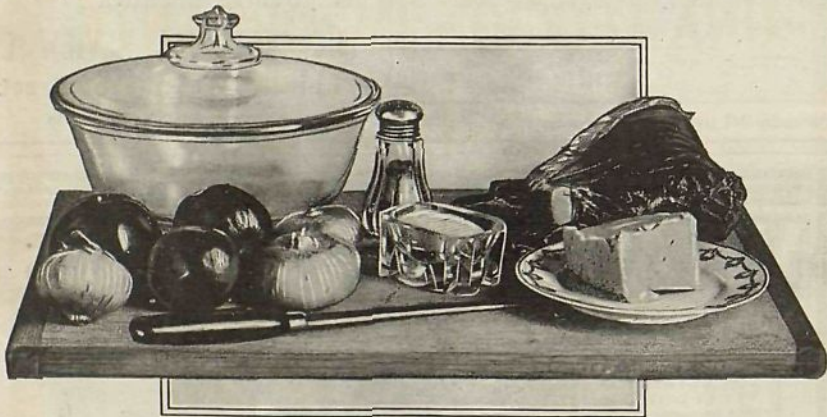
1 taza de tocino frío y
picado, jamón o
lengua
3 tomates grandes, sin
la cáscara
2 cebollas
1 taza de frijoles verdes
1 cucharadita de sal

Estofado de verduras

5 cucharadas de mante-
quilla, o grasa
3 cebollas
3 zanahorias
1 tallo de apio
1 cucharadita de sa.
2 cuartillos de ejotes
½ cucharadita de pi-
menta
1 libra de papas
1 ramito de perejil
¾ de cuartillo de agua
o caldo
6 cucharadas de harina

LOS frijoles se dejan en agua fría desde la noche anterior y se hierven hasta que estén casi cocidos. Se mezclan la miga del pan, tocino y una cucharada de cebolla picada con las especias y el huevo; se extiende sobre la carne, la que se corta en pedazos de 10 cm. y se enrolla. Se engrasa una olla, se le pone una capa de frijoles y rebanadas de cebolla, se llena con los rollitos de carne y más rebanadas de cebolla y de tomate.

SE derrite la mantequilla, o grasa, en una olla, se ponen allí las verduras, cortadas en rebanadas, y se frien hasta que estén de un color café claro. Se sacan las verduras y se pone, allí mismo, la harina y se fríe hasta que este café, luego se agrega la sal, pimienta, caldo o agua y se deja dar un hervor, luego se ponen las verduras y se cocinan por dos horas. Una rebanada de tocino o de carne de puerco colocada en el centro de este cocido aumentará el buen sabor.



El estofado de res contenido en una fuente de vidrio satisface la vista y el paladar

Estofado escocés

2 libras de pescuezo de
carnero
½ taza de cebada perla
2 zanahorias
2 nabos
2 cebollas
3 tallos de apio
1 cucharada de perejil
picado
1 cucharadita de sal
½ cucharadita de pi-
menta
½ paquete de maca-
rrones

Estofado de pollo

1 pollo grande
¾ de libra de jamón
3 libras de papas
2 cebollas grandes
2 tazas de caldo, o agua
2 cucharadas de mante-
quilla o grasa
1 cucharada de perejil
picado
1 cucharadita de sal
½ cucharadita de paprika

SE lava la cebada y se pone en una vasija de barro con las cebollas rebanadas, los nabos y las zanahorias ralladas y el apio en cuadritos. Se cubre con agua hirviendo y se cocina a fuego lento hasta que la cebada esté suave. Luego se llena una olla con capas alternativas del carnero cortado en pedazos, las verduras, cebada, perejil y especias; luego póngase suficiente del líquido donde hirvió la cebada y cocínese en el horno. Mientras está en el horno se cocen los macarrones hasta que estén suaves y después se cuecen.

PÉLENSE las papas y hiérvanse por diez minutos en agua con sal; y córtense en rebanadas de 2 cm de ancho. Se pelan y se rebanan en ruedas las cebollas; se corta el pollo en pedazos medianos y el jamón en cuadritos. Llénese una olla con tapas de pollo, jamón, papas, cebollas, perejil y especias, dejando una capa de papas hasta arriba. Se pone allí dentro el agua, o caldo, con pedacitos de mantequilla, o grasa, se tapa y se hornea a fuego manso por 3 horas. Mientras se está cocinando se le agrega más caldo, si lo necesita.



El antiguo Estofado Escocés es una deliciosa combinación de carnero y verduras; y no necesita ser uno escocés para apreciar su buen sabor

Confidencias de amor

ENTRE el Por Cupido Moderno iniciado que equi-
buen número vocó el camino al
de cartas re- mezclarse con jó-

cibidas sobresalen los ruegos de la juventud, y de muchas madres, instigándome a que dedique la atención y llame al orden a los solteros, considerando inútiles mis recomendaciones a las jóvenes si no van unidas al mejor medio práctico y a la facilidad para ejercitarlo.

Entiende la mayoría de mis sinceras e inteligentes lectoras que la mujer nace enseñada en materias de amor—su intuición es maravillosa, sin duda alguna, en esas lides—y que son a los hombres a quienes hay que ilustrar y convencer.

No discuto el caso, sino que me alisto a la bandera de la mayoría y acometo, en favor de la idea, llevando en ristre un arma poderosa, uno de los más bellos, más sabios y más lógicos pensamientos del gran Voltaire: "Cuantos más hombres casados hayan en el mundo menos crímenes se cometerán."

Por supuesto, yo solo no podré ganar la batalla; necesito la cooperación del ejército femenino, su táctica inteligente y luminosa, su ayuda energética y decidida para vencer al enemigo de sí mismo, al hombre que se aferra en apartarse del camino que Dios le trazó al traerle al mundo; camino de satisfacciones complejas, dulces o amargas, pero armónicas, camino del hogar propio. Para ello han de comenzar mis lectoras por convencer a los descarriados para que lean este articulo, donde sólo verdades en favor de ellos he de consignar.

Entiendan primeramente que la vida del soltero no es vida completa. Hombre y mujer fueron creados para vivir unidos, no pudiendo vivir apartados y ser felices, en toda la esencia de la palabra. Amor, felicidad y desarrollo sólo pueden venir por el contacto y la asociación de los sexos opuestos: de aquí el que todos los signos, todas las experiencias, todos los atentados para contrarrestar la naturaleza prueban que el hombre y la mujer fueron destinados por la sabiduría del Todopoderoso para la vida de casados.

Fijándonos un momento en la realidad de las cosas, veremos que un soltero es como una barquichuela que solo disponga de un remo o como un pájaro que no tenga más de un ala. ¿Puede esperarse cosa buena de tal estado de imperfección?

Bajo otro punto de vista, recordemos las palabras de un eminente pensador: "El matrimonio hace más sabio al hombre; él cambia su corriente sentimental, dándole un centro a sus pensamientos, a sus actos y a sus sentidos; el hogar, que le evita millares de tentaciones e infinito número de peligros; puede afirmarse rotundamente que el matrimonio es el mejor amigo de la sociedad y de la patria."

La lógica aspiración de todo cerebro equilibrado nace en la juventud y tiende a consolidar la esperanza de que llegue el día en que ha de contar con un hogar propio y con una dulce compañera que lo presida. Todo joven que vuelva la espalda a ese mandato de la razón, ni puede estar equilibrado ni merecerá confianza alguna; algo de su naturaleza nos repugna.

Yo hubiera querido tener delante de mí a todos los recalcitrantes, jóvenes y solterones, que difaman, se burlan y desprecian a la mujer, en la reunión de solteros a que fui invitado años atrás. Llegada que fué la ocasión de levantar las copas del champaña discursé uno de los comensales sobre el tema obligado de la mujer, dejándola muy mal parada entre rasgos de incierto ingenio y tramas de muy cierto mal gusto, que arrancaron sonoras risas y estúpidos comentarios, en medio de los cuales me levanté calmoso, arengándoles con estas o parecidas palabras: "Creo interpretar el sentimiento de la mayoría, incluyendo al orador, al decir que sus ingeniosos adjetivos y calificativos iban dirigidos a su madre y a sus hermanas, no a las nuestras." El efecto fué tan espontáneo y aplastante para el discursero como para los reunidos, y bien a las claras lo manifestó el rojo vergüenza que tomó su cara y la rápida salida del solón: era su recién-

venes, ligeros sí, pero de sentimientos nobles y honrados en el fondo de sus corazones, cerebros equilibrados que a la menor llamada de atención se pusieron de parte del deber que corresponde a todo buen nacido, a todo buen caballero.

No olviden los jóvenes que la principal felicidad de sus vidas depende de la fe íntima que guarden para las mujeres: ninguna sabiduría mundana, ninguna filosofía misántropa, ninguna generalización puede cubrir o debilitar esta verdad fundamental.

Una de las excusas más frecuentes en donde el hombre apoya su soltería, aprendida de tarabilla, la encuentran los ineptos, los pobres de espíritu y los holgazanes en que la vida es demasiado cara para poderse soportar las exigencias de un hogar. Sin apartarme de la más estricta verdad, confieso que hay muchas jóvenes, erróneamente educadas en la vida de las comodidades y del lujo, que las hacen inapropiadas para el hogar de un pobre; pero no deja de ser menos cierto que el mundo es anchísimo y abundan las de costumbres modestas, las laboriosas, las inteligentes, buenas y honradas que, tras no ser una carga, son la base del enriquecimiento del hogar que la tenga por reina y señora: esta clase de jóvenes, de las que hay legiones, la inmensa mayoría, están educadas en la intimidad de las familias cristianas, bajo un principio de economía bien entendida, siendo más deseables y más aseguradoras de la felicidad conyugal que aquellas otras que solo conocen la vida por sus centros sociales, impregnados de mentiras y falsos principios. La excusa es, pues, de las más pobres y engañosas, pudiendo asegurar que tiene su raíz en egoísmos personales, rémora de toda perfección humana, de toda virtud cristiana y de toda felicidad personal.

Entiéndanlo bien los jóvenes y, en general, todos los solteros, por ser el fruto de la experiencia que llevo adquirida durante luengos años de viajes, estudios, reflexiones y prácticas: un hombre de sanos principios, deseoso de labrarse su propio porvenir, de abrirse campo en la lucha por la existencia, lo más honrado y digno a que puede aspirarse, será doblemente fuerte, duplicará sus energías teniendo a su lado una buena compañera que le aliente y estimule. Y es que una bendición, sea de la clase que fuere, es la mayor ganga que podemos conseguir en esta vida.

Antes de cerrar este articulo he de referirme a la nueva carta de la simpaticísima e inteligente NAUSICAA, de Costa Rica, donde me interesa nuevas contestaciones a espinosas preguntas. Las dos primeras: ¿qué hacer para que después del matrimonio el marido no se aburra? y ¿cómo conseguir que siempre continúe la misma solicitud y amabilidad después del matrimonio? serán contestadas por mi apreciable compañero F. M. González, en su artículo de fondo "DEL HOGAR Y LA FAMILIA".

Respecto a si "¿puede vivirse siempre en el idealismo?" y a la "definición del amor", permítame la diga que son misterios humanos donde no faltan claros y oscuros, reglas y excepciones. Santa Teresa de Jesús nos dió el mejor ejemplo de idealismo y de amor en toda su vida humana.

La otra pregunta ¿podrá trocarse en amor una amistad sostenida por carta? no encierra menos reflexiones ni menos ejemplos: se han dado muchos casos, pero nada puede afirmarse en concreto.

Una amistad por cartas entre dos personas inteligentes da lugar al más verdadero conocimiento mutuo; a la compenetración de ideas y sentimientos o a la disparidad absoluta. En ambos casos las partes obran sin ninguna clase de prejuicios, al no existir la atracción de la proximidad ni la fuerza del compromiso que tantos matrimonios produce. Entre personas de diversas educaciones es bastante más difícil la compenetración, pero tampoco es imposible. ¡Está tan unido el amor al misterio de la vida!

Consejos prácticos

Aprender a ser madre

NO pretendo haber descubierto ningún secreto al afirmar que

Por
Madame Festoyer

hijos, la del sostenimiento y perfección de la raza, hoy que va siendo axiomático

todas las madres desean tener hijos fuertes y saludables. Pero tampoco es un secreto, desgraciadamente, que son pocas las madres que se esfuerzan a poner los medios para conseguirlo, fuera de las rutinarias prácticas que aprendieron en sus casas. No quiero que se me culpe de increpar injustamente a la mujer: el abandono al mejoramiento de la raza humana pesa sobre la sociedad en general, que ha puesto su atención en los animales y en las cosas, viciada por la ambición mal entendida, con preferencia a su propia especie.

Entre las diferentes fuentes de progreso que el despertar de la mujer está abriendo a la humanidad, figura el particular estudio que las madres están dedicando a sus hijos y los medios que emplean, en los países más adelantados, para dar a conocer sus experiencias a otras madres menos favorecidas por la suerte o por las circunstancias para dedicar su atención a tan importantísimo cuidado. Yo quisiera ver constituida una formidable asociación de madres españolas e hispano-americanas entre todas las lectoras de PICTORIAL REVIEW, donde se cambiaran impresiones y experiencias, se consultasen puntos vitales, se estudiaran procedimientos nuevos, se discutan y dicten las generalidades que deben conocer las futuras madres para estar preparadas desde un principio a esa sacratísima responsabilidad que Dios las tiene encomendada. Yo quisiera contribuir al mejoramiento de la raza humana, no sólo con los frutos de mi experiencia, sino con los de todas las experiencias reunidas, y no para mi propio orgullo y satisfacción, sino para el enaltecimiento de la mujer, para su mayor y más segura felicidad, para la felicidad que radica en el deber inteligentemente cumplido, cuyo fruto recoge en la salud, la energía, la dicha y el bienestar de sus hijos.

Nacen las criaturas para cumplir el expreso designio divino de repoblar la tierra. Si no viven para cumplir ese designio será nuestra la culpa, por ignorancia o indiferencia. Me atrevo a decir que es más fácil consolarnos con "ha sido un castigo del cielo, que me arranque un ángel de los brazos", en vez de admitir que la fatal enfermedad fué debida a la ignorancia de los padres.

RECURRO, pues, a todas las madres, a todas las lectoras que me leen, pidiéndolas su concurso, su apoyo moral y material para alentarme a cumplir este deber que me impuso PICTORIAL REVIEW de ser útil a todas, de hacer por cada una de vosotras lo que vosotras queréis hacer por vuestros hijos, comunicándome vuestras impresiones, vuestras experiencias, vuestras dudas, vuestros deseos. Seguid el ejemplo de la suscritora que se oculta tras el seudónimo "Una uruguaya" al decirnos: "Apresúrome a dirigirles estas líneas para hacerles presente que el objeto de enviarles mi modesta opinión jamás fué con la idea de obtener premio ni pago alguno, sino guiada únicamente del deseo de hacer conocer a las madres el plan puesto en práctica en mi hogar para educar a mis hijos, habiéndome dado excelentes resultados y deseando a las madres la misma dicha y felicidad que yo he conseguido."

No parece creíble que la humanidad ha ya descuidado tanto la educación de la mujer, en quien tantas y tan graves responsabilidades recaen, como son las de la salud de la familia, la del desarrollo y educación de los

el que Dios nos trae al mundo sin preferencias distintivas sobre nuestros hermanos: Su espíritu de justicia infinita Se lo prohíbe. La ciencia nos dice que todos los niños nacen con iguales facultades para ser genios, estando en los padres el que lleguen a serlos, en las madres principalmente. ¿Es, pues, de importancia saber ser madre? ¿Y cómo llegar a conseguirlo? No será siguiendo las ajenas prácticas, las trilladas rutinas que trazó la ignorancia o la indiferencia de los hombres.

CON el resurgir moderno de la mujer —pues no siempre fué esclava sino que tuvo su período de dominio sobre el hombre— han venido a esclarecerse muchos misterios, y a ella sola se le debe el interés tan grande por la infancia. El hombre se ocupó de mejorar la raza caballar, la lanar, la de cerda; se preocupó de dar al mundo mejores cosechas de granos y cereales; estudió la ciencia de curarse sus propias dolencias, de resolver problemas intrincados para satisfacer su orgullo o su ambición: de todo se ocupó menos de su descendencia. Si la mujer le decía que el niño estaba enfermo, creía cumplir todos sus deberes llamando al médico. Para nada se preocupó de si aquella naturaleza era tratada como correspondía, constándole que la madre no estudió higiene, fisicultura, química aplicada a la alimentación, anatomía, . . .

Escaló la mujer las gradas de las universidades en los países progresistas, más por propio impulso que por la voluntad masculina, y su rápido cerebro recogió miles de impresiones, germinando solo dos de aquellas: la independencia de la mujer y el desarrollo de la infancia. La primera está casi asegurada en todo el mundo; la segunda está siendo objeto de grandes estudios y atenciones. Ya van escaseando las jóvenes que se contentan con esperar impasibles la llegada del primer hijo para que las comadres, amigas y vecinas las informen de cuanto tienen que hacer; ya no se confía en dejar que la naturaleza obre por sí sola y saque niños robustos o enclenques; hoy se sabe que la ciencia descubrió, de acuerdo con las palabras de Dios "Ayúdame y te ayudaré," que los niños no traen prejuicios al mundo, sino que los padres se los inculcan, como no traen males, sino que los padres se los acarrearán. Hoy se sabe que las jóvenes tienen que mirar al futuro y estar pensando en sus hijos antes de tenerlos, estudiar las influencias prenatales, la higiene del sexo, atender a la alimentación, cultivar la inteligencia; porque cuanto mejor educadas estén las madres en perspectivas en los cuidados prenatales, menores serán las fatalidades y los sufrimientos y mayor número de niños robustos vendrán al mundo para alegría de sus hogares, en vez de lágrimas y llantos, lamentos y malos ratos.

EN el próximo número me ocuparé de las aspiraciones de todas las madres, con la extensión necesaria para que resulte un verdadero consultor de la mujer casada, y en donde se encierran las experiencias del estudio y de la práctica, bien sean de los más avanzados científicos, bien sean el fruto de mis trabajos, o bien partan de otras madres estudiosas y cuidadosas del mejor desarrollo de sus hijos para verlos saludables, inteligentes, verdaderas promesas para su vejez, para sus familias y para sus patrias.

Importante

Nota de la redacción

A partir del número de ENERO próximo, y con carácter permanente, las apreciadísimas colaboradoras de PICTORIAL REVIEW, Madame Festoyer y Flora Pemie, que tanta estima han alcanzado por sus interesantes artículos en favor de la mujer y de la infancia, se ocuparán exclusivamente de las

Aspiraciones de las madres

la primera, y de

La alimentación

la segunda, dejando a las nuevas colaboradoras, cuyas fotografías publicamos en este número, los temas eminentemente feministas que interesen, en general, a los amantes del hogar hispano.

Entendemos que con esa especialización quedan garantizados los justos deseos de nuestras bondadosas y simpáticas lectoras.



UNA LECCION IMPORTANTE

El cuidado de la dentadura es una de las bases más indispensables para gozar de buena salud. No solamente se hace imperante la necesidad de enseñar al niño a que cuide sus dientes, sino que es importantísima también la selección de un buen dentífrico que los conserve en buen estado, impida las caries y los limpie perfectamente. Por más de 64 años el

SOZODONT

ha estado a la cabeza de todos los dentífricos, sin haberse presentado otro que lo haya podido ni siquiera igualar. El Sozodont ha obtenido medallas de oro en las Exposiciones de Londres, París y otras ciudades importantes del mundo, siendo altamente recomendado por los Dentistas más famosos.

Comience hoy mismo a usar el Sozodont y haga que su familia lo use también. Nunca es tarde; pero tenga cuidado con las imitaciones, debiendo exigir el verdadero dentífrico. El Sozodont se fabrica en pasta, polvos y líquido.

Escríbase solicitando completa información.

HALL & RUCKEL

215 Washington Street

Nueva York, E. U. de A.

PAQUETES DE COMBINACION CONTENIENDO

1 Frasco grande de Líquido

1 caja de Polvos

También

Paquetes individuales con

Pasta,

Polvos o Líquido.

Agente directo en
España

Max Gold
San Francisco, No. 22
Santander



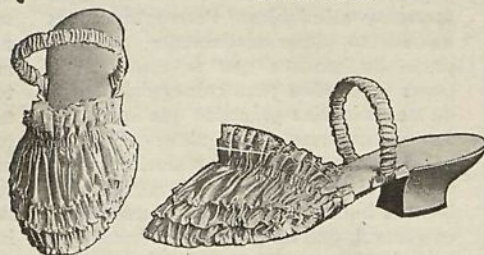
La elegancia en el bordado de prendas íntimas

Hecho sobre batista, nansú,
crepé de la China o
raso lavable

Preciosas chinelas de raso
azul pálido, con adornos
de cintas de raso



Otro estilo de chinelas de
raso, con tacón, hechas
de raso rosado



Dos elegantes estilos de chinelas se ilustran en esta página. Las de arriba pueden hacerse de raso de delicado color rosa, azul o lila, en juego con el peinador que se use. Su confección no es difícil; sólo se requiere gusto y afición a estas labores para que resulten preciosas. Las rosas de chifón rosado y cintas del mismo color realzan la elegancia de estas chinelas. Están fruncidas en la parte superior.

Este es otro elegante par de chinelas, con tacón, que se fruncen para amoldarse al empeine. Se hacen de raso rosado. Abajo se muestran tres atrayentes pañuelos, descritos en la parte opuesta de la página. Los números de los monogramas son:

Monograma FB—Estilo 525

Inicial B, en la guirnalda—Estilo 526

Monograma EBL, en el romboide—Estilo 527

Monograma EBL, en el círculo—Estilo 548

Inicial B (de abajo)—Estilo 550

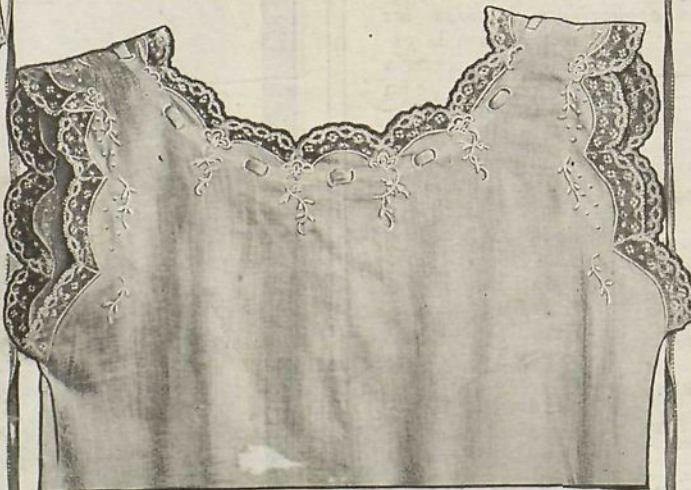
No. 12384

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12384—Vale 20 ctvs. oro. Este patrón contiene el diseño del bordado para bordar la combinación No. 6895, la cual tiene patrones en cinco tamaños: 86 a 102 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro.



No. 12383

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12383, conteniendo el diseño del bordado para la parte superior de la camisa de dormir No. 7422, vale 20 ctvs. oro. La camisa tiene patrones de 86 a 112 cm. de busto y vale 20 ctvs. oro. cada uno.



No. 12383. Esta ilustración muestra la parte de atrás de la camisa de dormir No. 7244, que hace juego con la combinación No. 6895

No. 12386

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12386 conteniendo doce duplicados de cada uno de cuatro motivos pequeños y seis de dos grandes, vale 20 ctvs. oro.



No. 12385

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12385, consistiendo de 2.75 m. del dibujo ilustrado arriba, de 20 cm. de ancho, vale 25 ctvs. oro. No hay nada tan bonito como bordar este diseño en tul fuerte lavable y después aplicarlo al volante de las enaguas. El diseño indica cintas y rosas. Una vez que se ha aplicado a las enaguas se corta la tela por debajo para darle el efecto transparente. El volante puede llevar un vuelillo de encaje o de bordado fino bajo el festón, aunque es preferible el encaje para que armonice con el tul de la aplicación. El borde exterior de los pétalos de rosa se borda con punto de realce; el festón, con puntada de ojal; y las hojas, con punto grueso. Este dibujo puede aplicarse en enaguas de nansú o batista, o en raso lavable o crepé de la China de color carne o blanco.

No. 12386

Cualquiera de estos monogramas, en tres letras diferentes, se puede obtener por 35 ctvs. oro cada uno. Un patrón perforado se hace para cada diferente estilo. Si se desean monogramas más grandes, se pueden adquirir desde 40 centavos.



No. 12291

Patrón Transferible Pictorial Review No. 12291—Vale 20 ctvs. oro. Este bonito bordado se adapta especialmente a camisolas de raso lavable, crepé de la China de color carne o blanco, con la labor en colores blanco, rosa débil o azul. La cinta que recoge la camisola se pasa a través de una jareta formada por dos hileras de dobladillo a vainica, 1 1/4 cm. aparte. Para la hechura de la camisola es muy apropiado el patrón No. 6810, que vale 20 ctvs. oro. Se hace de dos piezas y se coloca por la cabeza. Existe en la actualidad un furor por emplear la combinación de colores azul y rosa pálidos, y la cual podría muy bien aplicarse a esta camisola, usando raso color carne para ella y azul débil para el dobladillo y la cinta.

SECCION DE MODAS

SEÑORITA EDITH HALLOR

Primera actriz de uno de los famosos teatros de Nueva York

Luciendo los más elegantes y atraentes modelos de la temporada



LA boga exagerada por pieles se muestra en todo su esplendor en el lujoso abrigo arriba ilustrado, en el cual casi toda la sección inferior, el cuello y los puños se confeccionaron de este material.

AUN con el drapeado, este precioso vestido de terciopelo no se aparta de las líneas rectas. La falda cae en suaves y graciosos pliegues; el jubón se arregla alrededor de la cintura, formando el cinturón, cuyas extremidades terminan en dos bonitos borlones en el frente.

EL nuevo cuello de este encantador vestido se confeccionó de piel de castor, haciendo juego con los paños interiores del chaqué, de los cuales, los dos anteriores, forman bolsillos bastante anchos.

EN este sencillo y elegante modelo la señorita Hallor se luce con marcada distinción. Los paños tableados del chaqué ligeramente ceñido y la falda angosta son las principales características de todas las nuevas modas que rigen en la actualidad.



PARA ser elegante el vestido de corte sastre debe ser sencillo y de líneas rectas. Si se usan paños tableados, deben plancharse para conservar dichas líneas. El paño ancho, suelto desde la cintura y formado por los tableados angostos, es muy atraente.

ESTE es uno de los vestidos de drapeado suave originado en las modas actuales. Las mangas son de chiñón y están adornadas con abalorio.

LA señorita Hallor aparece aquí como una preciosa deidad de los antiguos tiempos romanos. El modelo se confeccionó de terciopelo y chiñón en un precioso contraste de blanco y negro. La forma de abrochar los nuevos vestidos de etiqueta es una de las más intrincadas, siendo difícil imaginar como se ha efectuado en el que se ilustra.

RIQUÍSIMA salida de teatro, de brocado de metal, con preciosos dibujos florales. El único adorno lo forma el cuello de pieles.

Novísimos vestidos de calle para las señoras elegantes

7522—Vestido para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.50 m. de sarga de 1.12 m. con 25 cm. de paño fino de 1.37 m. para el cuello. Este es un vestido muy apropiado para uso diario y se confecciona de sarga color topo. Puede llevar escote y cuello altos, o escote cuadrado o de pico, con cuello grande en punta. Los paños de delante y atrás están cortados en una pieza.

7531—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.10 m. de sarga a cuadros de 1.37 m., con 45 cm. de raso de 91 cm. para el cuello, puños y cinturón. El cuello drapeado es de última moda, y puede usarse tal como se ilustra o con los delanteros doblados hacia atrás formando solapas.

7517—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 3.40 m. Este vestido se muestra en la página bajo dos diferentes desarrollos. El tamaño 91, tal como se ve en el extremo izquierdo de la página, requiere: 3.65 m. de terciopelo de 91 cm. para el redingote; 1.50 m. de paño fino de 1.37 m. para la falda; 35 cm. de raso de 68 cm. para el cuello y ribetes; y 80 cm. de forro para el corpiño. En el otro vestido requiere: 4.10 m. de tela a listas cruzadas de 1.12 m.; 45 cm. de paño fino para el cuello, cinturón y adornos y 1.85 m. de forro de 91 cm. para el corpiño y parte superior de la falda. A este bonito vestido de cierre atrás se le da el efecto de redingote combinando la blusa sin mangas con la túnica; ésta puede estar abierta o cerrada en los costados y tener el borde inferior recto o en punta, cuyas dos formas aparecen ilustradas. La blusa va sobre un corpiño con mangas, y la túnica sobra la falda. El corpiño se cierra atrás y tiene escote de pico, perforado para cuadrado. Las mangas son de una costura.

Vestido 7531

Vestido 7522

Vestido 7517 con túnica recta

Vestido 7524

Vestido 7517 con túnica en puntas

Vestido 7538

7524—Vestido para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.35 m. de gabardina de 1.37 m. con 45 cm. de banda de pieles para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.15 m. Este elegante modelo puede confeccionarse de gabardina o tela Jersey de lana en colores azul oscuro, lana o borgoña. Se abrocha a la izquierda del centro delantero y muestra el escote y cuello altos de última moda, pero puede hacerse con escote bajo cuadrado o de pico y cuello grande. Un paño tableado se forma en la parte de delante y atrás del vestido, mientras que en los costados muestra el elegante efecto drapeado.

7538—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 4.35 m. de sarga de 1.12 m.; 1.40 m. de raso de 91 cm. para las mangas, secciones laterales de la blusa y adornos; 35 cm. de raso blanco de 91 cm. para el cuello; 3.65 m. de trencilla; y 80 cm. de forro para el corpiño. La falda tiene un vuelo de 1.85 m. Para la confección de este vestido se ha tomado la combinación de sarga y raso. La blusa sin mangas, que se cierra en el hombro izquierdo, es en efecto de paño tableado. Las mangas se cosen al corpiño. La falda está fruncida y se cierra en el costado izquierdo.



Recientes creaciones de marcado gusto y distinción

7511—Vestido para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, vale 30 centavos oro. El tamaño 91 requiere 5.50 m. de tafetán a cuadros de 91 cm. de ancho y 55 cm. de tafetán blanco de 68 cm. para el cuello y puños. Esta cantidad de tela comprende el vestido con las alforzas, pero si desea hacer sin ellas habrá que emplear solamente 4.80 m. de tafetán a cuadros. La falda tiene un vuelo de 1.85 m. La mayor parte de los vuelillos y farfalás se han eliminado en la confección de los vestidos para esta estación, como se puede notar por el vestido ilustrado. Este sencillo modelo de tafetán a cuadros lleva un atrayente cuello de picos, que puede hacerse de raso o tafetán blanco. La blusa se abrocha en el centro delantero, pudiendo hacerse con escote y cuello altos, o con escote cuadrado o de pico, con un cuello grande. La blusa está unida a la falda fruncida, la cual se cierra en la costura del costado izquierdo. En lugar de los bolsillos superpuestos que aparecen ilustrados se puede usar otros salientes, dándole a la falda el nuevo efecto de moda. Las mangas son de una costura, y llevan puños vueltos. La falda tiene un largo de 1.00 m. medido en el centro delantero desde la cintura hasta la base.

7521—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, vale 25 centavos oro. El tamaño 91 requiere 1.85 m. de popelina de seda de 1.12 m. de ancho, 45 cm. de crepé Georgette para el chaleco cruzado y cuello, y 1.40 m. de encaje angosto para los adornos. No. 7466—Falda para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, vale 25 centavos oro. El tamaño 66 requiere 3.75 m. de popelina de seda de 1.12 m. Tiene un vuelo de 2.30 m. Bajo el escote ovalado de este elegante vestido va un chaleco cruzado de crepé Georgette, cuyo borde está adornado con encaje fino. Las secciones de delante y atrás del peto son de última novedad y muy atrayentes, pero se pueden omitir si así se prefiere. Las mangas fruncidas, con puños anchos, que se ilustran, pueden reemplazarse por otras sencillas. La falda lleva un ancho paño tableado delante y atrás, y bolsillos salientes que le dan un efecto drapeado; se abrocha a la izquierda del costado delantero, bajo un pliegue.

7537—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, vale 30 centavos oro. El tamaño 91 requiere: 4.10 m. de terciopelo de 91 cm. para la blusa y túnica; 45 cm. de paño fino de 1.37 m. para el volante; 25 cm. de crepé Georgette blanco para el cuello y chaleco; 1.40 m. de encaje; y 2.05 m. de forro de 91 cm. para el corpiño y parte superior de la falda. El patrón transferible del bordado, No. 11939, vale 20 ctvs. oro.



Blusa 7521
Falda 7466

Vestido 7537

7453—Abrigo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, vale 30 centavos oro. El tamaño 91 requiere 4.00 m. de pana de terciopelo de 1.37 m. y 45 cm. de paño de pieles del mismo ancho. Tiene un largo de 1.25 m. medido en el centro de atrás. Las mangas raglán y el nuevo cuello dan elegancia a este abrigo de pana de terciopelo color topo. El frente está plegado en efecto de paño tableado. El cuello puede volverse hacia abajo en forma de esclavina. Las mangas raglán llevan puños de paño de pieles, con botones grandes.

Abrigo 7453

Vestido 7511

Vestido 7522

Vestido 7379

7522—Vestido para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, vale 30 centavos oro. El tamaño 91 requiere 3.90 m. de gabardina de 1.37 m. y 35 cm. de raso blanco de 91 cm. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.85 m. El patrón transferible del bordado de trencilla, No. 12376, vale 25 centavos oro. Un escote alto puede reemplazar al abierto con cuello grande que se ilustra. Los paños de delante y de atrás de la falda se cortan en una sola pieza con el delantero y espalda de la blusa respectivamente. Entre los paños se insertan paños tableados; en los costados lleva bolsillos salientes.

7379—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, vale 30 centavos oro. El tamaño 91 requiere: 5.95 m. de estambre a cuadros de 1.12 m.; 55 cm. de paño fino blanco para el cuello, chaleco y adornos; 2.50 m. de trencilla soutache; y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño. La falda tiene un vuelo de 2.85 m. La elegante blusa cruzada se ilustra atrayentemente en este modelo, que se corta en escote ovalado para lucir el bonito chaleco de paño fino blanco que va sobre un corpiño de cierre delantero. La falda tiene un paño tableado delante y atrás.



Todos estos modelos son fáciles de confeccionar comprando los patrones perfeccionados y a la medida, que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW. Estos patrones van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.

Preciosos vestidos para bailes, teatros y reuniones



Blusa 7510



Vestido 7439



Blusa 7520

Falda drapeada 7230



Blusa de etiqueta 7490
Falda con túnica 6378

Blusa de etiqueta 7393
Falda con túnica 7382

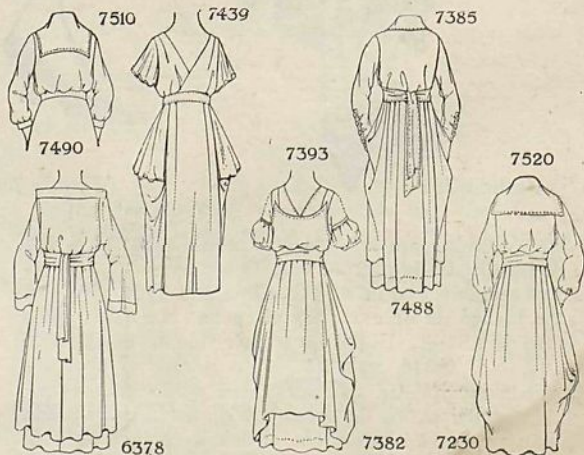
7510—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.50 m. de crepé Georgette color lana, de 1.00 m.; 55 cm. de azul marino para las solapas.

7490—Blusa de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 6378—Falda con túnica para señoras.—Siete tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.85 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 4.60 m. de raso francés de 91 cm. para el jubón, falda, y banda de la manga; 2.30 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para la túnica y 1.40 m. para las mangas y banda del corpiño.

7439—Vestido de etiqueta para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, vale 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 5.10 m. de raso brocado de plata de 91 cm.; 1.25 m. de encaje de 48 cm. para el chaleco y mangas cortas; 80 cm. de tul para el corpiño. La falda tiene un vuelo de 2.05 m. El paño de atrás de este vestido se puede alargar para formar una cola larga. La sección del chaleco se extiende, en el centro delantero, hacia la cintura, formando una punta. De las sisas del corpiño nacen mangas cortas de encaje, pero si se desea usar como vestido de tarde se pueden reemplazar por otras largas. La blusa se cruza atrás en forma de sobrepelliz, y se abrocha a la izquierda del costado delantero, mientras que el corpiño se cierra en el centro. La falda está drapeada en los costados.

7385—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7488—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.95 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 4.80 m. de tela cruzada de 1.12 m.; 1.05 m. de terciopelo brocado de 50 cm. para el chaleco y vistas de los bolsillos; 55 cm. de banda de pieles angosta y 1.05 m. de ancha. Este es un atrayente vestido de calle que muestra la nueva blusa en forma de fajas cruzadas. Los paños laterales de la falda pueden ocupar todo el largo de ella, o acortarse para formar efecto de túnica, tales como se ilustran. Se abrocha a la izquierda del costado delantero, bajo los pliegues, y tiene un largo de 1.00 m. medido en el centro delantero.

7520—Blusa para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7230—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.40 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 6.15 m. de terciopelo de 91 cm.; 45 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para el cuello, chaleco y puños. El patrón del bordado, No. 12272, vale 25 ctvs. oro.



7393—Blusa de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. No. 7382—Falda con túnica para señoras.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. Cada uno de estos dos patrones, vale 25 ctvs. oro. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 4.00 m. de chifón de raso de 91 cm. para el jubón drapeado, túnica y adornos; 3.40 m. de tul bordado de 91 cm. para la manga y blusa; 1.60 m. de banda ancha de jergón y 6.05 m. de angosta. El patrón del diseño de abalorio es el número 11506, que vale 20 ctvs. oro. La túnica está drapeada en los costados.

7490—Blusa de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 6378—Falda con túnica para señoras.—Siete tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.85 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 4.60 m. de raso francés de 91 cm. para el jubón, falda, y banda de la manga; 2.30 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para la túnica y 1.40 m. para las mangas y banda del corpiño.

Atrayentes estilos para las señoras gruesas y de edad

6925—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 6.40 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas; 35 cm. de color blanco para el cuello; y 80 cm. de forro para la parte superior de la falda. Tiene un vuelo de 2.40 m. Este modelo, en estilo de redingote, es de líneas sencillas y rectas, como lo son todos los nuevos modelos para la temporada. El redingote está abierto en el frente para mostrar la parte delantera de la blusa y falda, la cual forma un paño tableado en todo su largo.



Vestido 6925

Blusa 7520
Falda con túnica 7527

7520—Blusa para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7527—Falda con túnica para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.05 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 6.40 m. de charmeuse de 91 cm.; 35 cm. de crepé Georgette blanco para el cuello; y 2.30 m. de banda de pieles. Este es un vestido sumamente apropiado para las señoras gruesas. La blusa puede hacerse con escote alto, cuadrado o de pico, y va sobre un corpiño sin mangas. La falda está fruncida en los costados.



6925

7520
7527

7375
7144

7511

7515



Blusa de
etiqueta 7375
Falda fruncida 7144

7375—Blusa de etiqueta para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7144—Falda fruncida para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.95 m. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 5.75 m. de chifón de terciopelo de 91 cm.; 1.70 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas y corpiño; 1.15 m. de encaje para el forro exterior del corpiño; y 1.05 m. de banda de encaje para el adorno de las mangas. A las señoras gruesas les sienta muy bien la blusa cruzada de este bonito vestido de terciopelo negro, crepé Georgette y encaje. Esta blusa se abrocha en el brazo izquierdo, y va sobre un corpiño de cierre al frente, de cuyas sisas nacen mangas acampanadas de crepé Georgette, adornadas con encaje.

7511—Vestido para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.00 m. de tela a cuadros de 1.12 m. con 90 cm. de raso de 91 cm. para el cuello. La falda tiene un vuelo de 1.85 m. La señora que desee economizar en sus vestidos no podría escoger otro estilo tan sencillo como el que se ilustra, confeccionándolo de estambre a cuadros blancos y negros, con un toque de elegancia en el raso negro del cuello, puños y cinturón. La blusa puede hacerse con escote y cuello altos, o con escote cuadrado llevando un cuello grande. Las mangas son de una costura. La falda puede hacerse con o sin alforzas, y está fruncida en la parte superior; se abrocha en la costura del costado izquierdo. Se pueden insertar bolsillos en las costuras del costado, y llevar piezas de adorno para darle el efecto saliente de moda.

Blusa 7212



7212—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 1.40 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para la blusa; 1.15 m. de tul de 91 cm. para el corpiño y chaleco fruncido; 45 cm. de raso de 91 cm. para las vistas de las solapas y puños; y 35 cm. de crepé Georgette blanco para la vista del chaleco y cuello.



Vestido 7511

Abrigo 7515

7515—Abrigo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.90 m. de felpilla de foca de 1.37 m. de ancho. Un rasgo característico de los nuevos abrigos es el cuello cambiante, que puede abrocharse alto, o bajo, con los delanteros doblados hacia atrás en forma de solapas. Esta clase de cuello se muestra en el abrigo ilustrado, el cual sienta muy bien a las personas gruesas como a las delgadas. Este abrigo se hace en dos secciones que se unen en la cintura y de las cuales, la inferior, consiste de cinco paños. Los nuevos bolsillos de los costados le dan el efecto ligeramente drapeado de las modas actuales.

Aun cuando la popularidad de los

Patrones Pictorial Review

es cada día mayor, en aquellos países donde todavía no fueron importados se suscitan frecuentemente dudas sobre

¿Qué son los Patrones Pictorial Review?

Respondiendo a esta pregunta nos permitimos ofrecer las siguientes y concretas observaciones:

Los Patrones Pictorial Review

son moldes perfectos, cortados por los más expertos modistos, en papel de seda, y los diferentes trozos de éste no hay más que colocarlos sobre la tela previamente elegida, en igual forma a la indicada en el mismo sobre de dichos patrones, donde aparecen, con toda claridad dibujados sus diversos componentes; y acto seguido, seguir las concretas y sencillas instrucciones, en castellano que a cada patrón acompañan para cortar y coser la prenda que se desee, desde la más sencilla camisa al más elegante vestido de soiree.

Es una creencia errónea la de que sólo pueden vestir con verdadera elegancia las damas que reciben sus trajes de París o de Londres, de Buenos Aires o de Nueva York, pues los patrones PICTORIAL REVIEW facilitan la suprema distinción, y así, gracias a estos moldes, únicos en su género, puede confeccionarse un vestido en la casa, tan original, tan atractivo y tan de última moda como si se hubiese comprado al más exquisito modisto parisiense, pues la obra de un patrón es el selecto resultado de la experiencia de muchos artistas, maestros de corte, confeccionadores, y demás personal habilísimo y de suma competencia.

Por eso es de extrema importancia para toda familia, y aun para todo taller de modista la adquisición de nuestros

Patrones Perfeccionados Pictorial Review

Pídanse en cualquiera de las agencias que THE PICTORIAL REVIEW CO. tiene establecidas en todas las partes del mundo, o en su defecto, escríbase directamente a la Oficina Central: 214-226 West 39th Street, Nueva York, E. U. A.

Selección de modelos de última moda para señoritas



Vestido 7397



Vestido 7492



Vestido 7495



Vestido 7535



Abrigo 7514



Vestido 7498



Vestido 7526

7397—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 3.55 m. de tela cruzada de 1.37 m.; 55 cm. de paño para el cuello y la faja; y 2.30 m. de banda de pieles.

7492—Vestido de etiqueta para señoritas.—Tres tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 6.05 m. de tul de 91 cm. para la falda, blusa y mangas; 1.25 m. de raso chifón de 91 cm.; y 35 cm. de banda de encaje, para adornos.

7495—Vestido de etiqueta para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 4.00 m. de tafetán de 91 cm.; 1.85 m. de encaje de 50 cm.; 2.30 m. de tul de 91 cm.; 4.25 m. de banda de pieles; y 1.70 m. de forro.

7535—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.80 m. de raso de 91 cm. con 55 cm. de tafetán sencillo de 91 cm.

7514—Abrigo para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón 25 ctvs. oro:

7397 7492 7495



7397 7492 7495 7535 7514 7498 7526

7498—Vestido.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs.). El tamaño 16 requiere: 2.40 m. de estambre a cuadros de 1.12 m.; 1.85 m. de raso de 91 cm.; 1.70 m. de forro y 35 cm. de raso blanco.

7526—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs.). El tamaño 16 requiere: 4.45 m. de raso de 91 cm.; 45 cm. de crepé Georgette para el cuello; y 10.90 m. de trencilla.

Todos estos modelos son fáciles de confeccionar comprando los patrones que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW. Van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.

Lo más "fashionable" para tarde, calle y paseo



7532—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 5.25 m. de crepé de la China de 91 cm. y 1.95 m. de banda de pieles.

7498—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 2.30 m. de sarga de 1.12 m., 1.85 m. de raso de 91 cm. y 35 cm. de 68 cm.; 11.45 m. de trencilla de seda; y 1.70 m. de forro de 91 cm.

7455—Chaqué para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). No. 7400—Falda.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El vestido requiere, en tamaño 16, 2.15 m. de tela de 1.37 m. y 2.40 m. a listas cruzadas de 1.12 m.

6978—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El 16 requiere 3.30 m. de tela de 1.37 m.

7523—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro).



7525—Vestido.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 3.65 m. de paño fino de 1.37 m.; 11.70 m. de trencilla; 45 cm. de pie. ancha.

7535—Vestido.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro). El tamaño 16 requiere 3.20 m. de sarga de 1.12 m. y 45 cm. de raso de 91 cm. para el cuello, puños y chaleco.

Innumerables y bonitos modelos de trajes se muestran en las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA) que se vende al precio de 45 ctvs. oro en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW.



TÓNICO "CACTICO" PARA EL CABELLO

*Nunca falta
a dar resultados
satisfactorios*

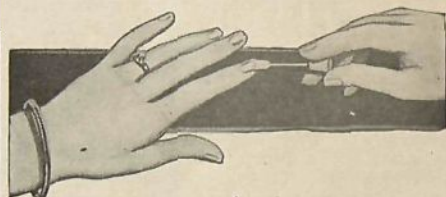
Otros productos de la Sra. Graham, que han conquistado fama mundial, son los POLVOS "KOSMEO," la crema "KOSMEO," y el jabón "KOSMEO," inmejorables para conservar la tez en perfectas condiciones y protegerla contra los efectos del sol y del viento.

Permítanos le enviemos gratis nuestro folleto "Confidencias del Espejo" en el cual se describen todas nuestras preparaciones para la cultura de la belleza y el modo de emplearlas con éxito seguro.

ULTIMA NOVEDAD
ESMALTE GRAHAM

PARA LAS UÑAS

Instantáneo A Prueba de Agua



Instrucciones para el uso:—Simplemente aplique el Esmalte con el pincel, a la superficie de las uñas y deje secarlo durante uno o dos minutos. Esto es todo lo que se requiere para obtener el resultado deseado. No es necesario el pulimento. El lustre no será afectado por el agua o jabón.

Todas las preparaciones "Graham" se venden en las droguerías más acreditadas, o pueden ser enviadas por correo con porte pagado.

Agencias Principales:

Argentina:
S. B. Lederer, Calle Piedras, Buenos Aires
Chile:
Daube & Co., Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta
Ecuador:
J. José Solá, Guayaquil
Porto Rico:
Porto Rico Drug Co., San Juan-Ponce
Colombia:
Acosta Madiedo, Barranquilla
Bolivia:
Enrique Aponte C., Oruro
Guatemala:
Renato Tixe, 6 A. S. No. 19, Guatemala
República Dominicana:
F. Mieses Carbonel, Sto. Domingo
Perú:
Geo. W. Cock, Lima

Cia. Sra. Gervaise Graham

25 W. Illinois Street

CHICAGO E. U. A.

Se solicitan agentes en todos los países que aun no están representados.

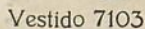
(Continuación de la página 20)

ANA MARÍA.

(Continuación de la página 22)

El trabajo, como ejercicio físico, que se precisa para dicha danza, fué diez veces superior al de cualquier ejercicio. Se ensayaba a veces una hora sin descanso, y los niños, deleitados por la variedad de movimientos rítmicos y por el ambiente sano y lleno de luz y vegetación, no sentían el cansancio, y, aunque reñidos, reían y jugaban deseando más y más ensayos.

Para quitar las manchas de tinta de los artículos blancos, se cubren aquéllas con cebo o parafina; se le deja allí por algunos minutos y después se lava con una buena calidad de jabón. Se repite la operación hasta que la mancha desaparezca. Póngase al sol después de cada lavado.



7428

Vestido
7519

Vestido
7536

5550

7481

 Vestido
7428

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones.

En las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA) encontrarán las señoras infinidad de bonitos modelos de trajes infantiles de fácil confección en la casa. Se vende al precio de 45 ctvs. oro en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW.



Vestido
7481

7300



6779



7103



s
.

il